



se

**La sombra  
de la araña 4**

**AMAYA FELT**

Lectulandia

Mi nombre es Victoria. Era una estudiante más de tercero de la ESO hasta que me dieron una beca para un internado en el Pirineo y me tocó compartir cuarto con la alumna más odiosa y rica de mi instituto. Pero ni ella, ni sus amigas, ni el chico que parece empeñado en sacarme de mis casillas son nada comparado con mi primer examen: desde la planta más alta, salir del edificio. Algo que sería sencillo si no fuera porque intentan matarnos por el camino.

El internado esconde un secreto. Algo oscuro. Algo que parece buscar devorarnos a todas.

En esta cuarta parte, Víctor va a intentar impedir que Victoria consiga el báculo de la Diosa, mientras que Gabriel va a ayudarla. Eloísa se enfrenta a una guerra y no solo con los samuae. Aquellos que acabaron con los dioses están cerca y solo una reina podrá detenerlos.

**Lectulandia**

Amaya Felices

# **La sombra de la araña 4**

**La sombra de la araña-4**

ePub r1.0

fenikz 15.09.16

Amaya Felices, 2011

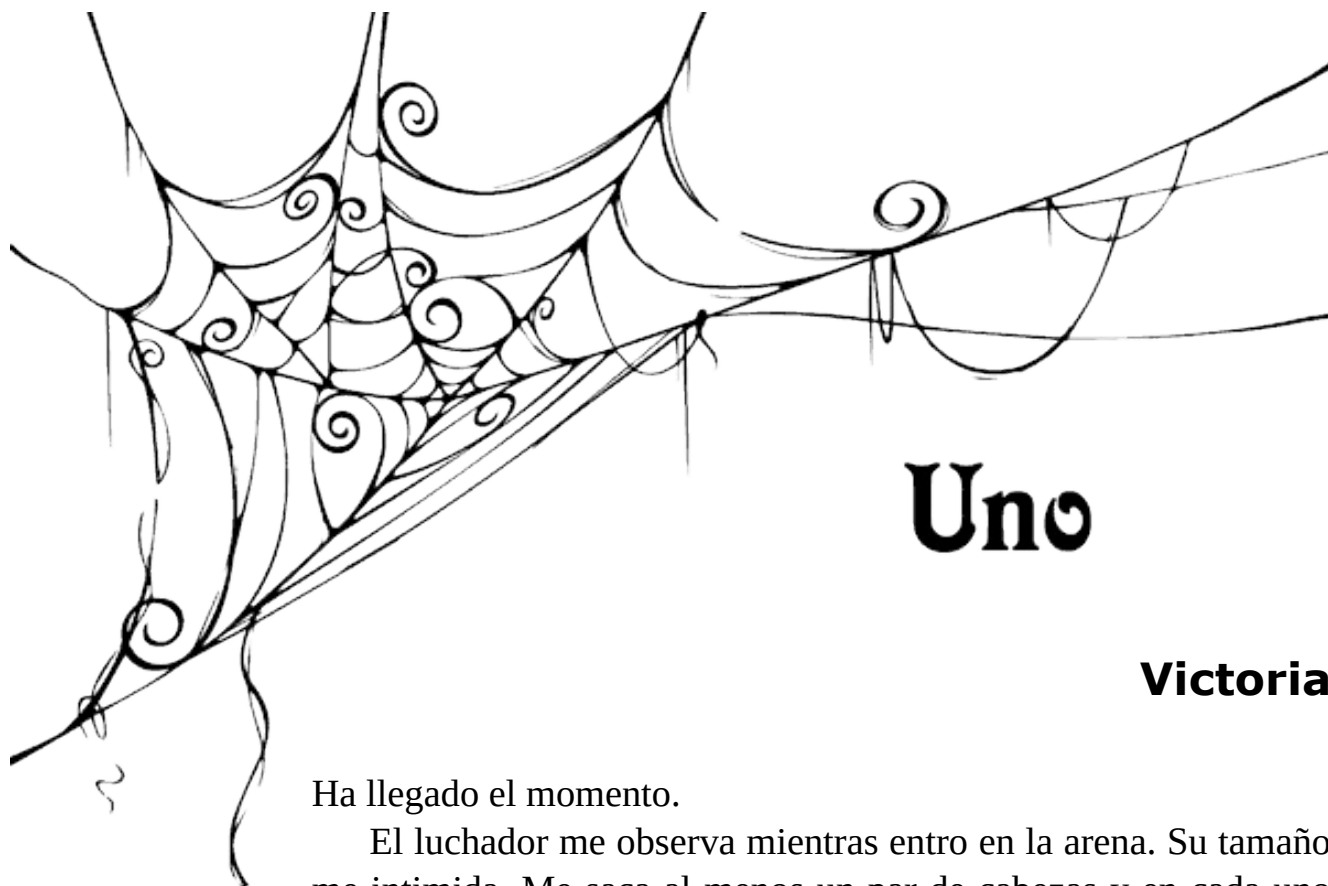
Editor digital: fenikz  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedicado a todos aquellos que luchan por sus sueños.



# Uno

## Victoria

Ha llegado el momento.

El luchador me observa mientras entro en la arena. Su tamaño me intimida. Me saca al menos un par de cabezas y en cada uno de sus brazos y piernas cabrían sin duda cuatro de los míos. El moakak, cuya traducción más aproximada en nuestro idioma sería árbitro, comienza la cuenta atrás. Escucho los gritos de aprobación de la multitud que me rodea, todos dirigidos a mi oponente. Para mí solo ha habido abucheos.

Pero me da igual. Me ha costado mucho llegar hasta aquí, la final del torneo de mei ruk, como llaman a las peleas a muerte sin armas. Una final que se disputa ante la reina de la isla en la que me encuentro, la misma que tiene mi aoma.

Le dirijo una mirada fugaz justo cuando la cuenta atrás llega a su fin y el moakak golpea el enorme gong que tiene a su derecha. La reina es enorme, más incluso que mi adversario y sin duda tan fea como él. Los habitantes que mandan en este plano se parecen a los seres humanos pero tan solo como un ogro de las películas del Señor de los anillos se puede parecer a un elfo. Sí, yo que para nada poseo la constitución esbelta y delicada de los elfos sería uno de ellos si reina o el luchador que está comenzando a correr hacia mí fueran el ogro. Solo que un poco más brutos. Desde luego, miedo dan: tienen el cuerpo cubierto por una piel tan dura y gruesa que parece más bien una coraza, carecen de pelo incluso en la cabeza y sus dientes acaban en punta. En el pecho desnudo de la reina (la ropa parece ser para ellos un invento extraño quitando la especie de faldas largas que llevan todos), donde los atributos femeninos de mi especie brillan por su ausencia, está mi aoma. Las hembras son las únicas que llevan collares y en medio de un montón de cadenas de cobre, el metal que por aquí más abunda, destaca como una delicada pieza de joyería en medio de burdas imitaciones. Aunque no puedo dedicar más que un instante a mirarla porque mi

oponente ya casi está encima de mí.

La arena de combate es precisamente eso, un círculo de arena en la playa delimitado por antorchas y estacas puntiagudas impregnadas en veneno. Es de noche. Este mundo no parece tener lunas pero sí estrellas y es su luz la que, junto con la de las antorchas y la de las llamas de las múltiples hogueras que hay esparcidas por la zona, nos ilumina.

De hecho, llevo algo más de dos meses en este plano y su sol es tan poco brillante y lejano que apenas siento que caliente. Los seres de aquí tienen una temperatura corporal más baja que la mía, acorde con los escasos diez grados que imagino debe de haber. Cuando llegué, pasé frío hasta que logré coserme un abrigo. Pero no es el momento para recordarlo, ya que el bruto carga sobre mí para darme una serie de puñetazos. Por su masa corporal, su fuerza y falta de agilidad, apenas usan las piernas en las peleas. Se limitan a encajar los golpes del rival e intentar derribarlo con sus poderosos puños. Si uno de estos me alcanzara, seguramente estaría muerta. Pero no lo van a hacer, igual que no lo han hecho en todos los combates que he librado hasta ahora. Un muro de aire, mucho más débil de los que convocaba cuando tenía el aoma, me rodea y para sus golpes. No dudará mucho, lo sé, por eso me apresuro. Corro y voy hacia la izquierda, dejando mi muro de aire donde está y rodeando a mi oponente. Este tarda en reaccionar (como todos los demás, por eso los llamo brutos). Para cuando se gira e intenta golpearme yo ya he llegado a su costado derecho y colocado allí mi mano. A los ojos de los que nos ven le he dado una palmada, un golpe tan suave para sus cánones que no debería ni notarlo. Pero en realidad uso la magia. Saetas de fuego salen de cada uno de mis cinco dedos y queman su dura piel, agrietándola. Me aparto corriendo para esquivar su golpe. Ahora tan solo tengo que volver a tocarlo en el mismo punto y mi oponente caerá derrotado. He apuntado a la coraza que recubre uno de sus dos corazones, el de mayor tamaño. Destrozarlo no lo matará pero sí lo hará derrumbarse. Más tarde, vivirá; aunque con limitaciones. Estos combates son a muerte pero hasta ahora he tenido suerte y no me han ordenado rematar a los que así derroté. No albergo dudas de que, en el caso contrario, la orden sería diferente pues mi vida extranjera nada vale para ellos.

El bruto suelta un único gruñido de dolor y se gira para golpearme. Es lento. Yo soy más rápida y ya he levantado otro escudo. Le dejo aporreando mi muro mientras repito la jugada y coloco mis dedos donde antes, quemando la carne blanda que hay más allá de su coraza agrietada, penetrándola con mis flechas ígneas hasta su órgano vital. Entonces se cae al suelo en redondo, como los otros. Es tan sencillo que me esperaría una trampa si no fuera porque así ha sido las demás veces. Son muy básicos, no conocen la magia, creen que soy yo la que aguanta y encaja sus golpes como si nada y aunque ven las heridas quemadas no imaginan cómo lo he conseguido. Respetan a los fuertes y por eso he logrado estar aquí hoy, combatiendo. Pero son tan limitados que no han cambiado su modo de combate para intentar derrotarme. Este mismo luchador me vio pelear la semana pasada en las arenas y le

he vencido igual que a todos los demás.

Básicos.

Doy las gracias a la Diosa por ese regalo y miro a la reina. Es la anfitriona de este combate, la final del torneo de mei ruk. Ella debe decidir si vive o muere. Desde su asiento elevado, una especie de trono de madera entre dos hogueras, me mira. No sé leer la expresión de su rostro pues estos seres apenas muestran variaciones entre lo que yo llamo mueca de disgusto y ceño pensativo. Así que me limito a imaginar que está decepcionada por que su gran campeón no ha logrado vencerme a mí, una extranjera. Por un momento, me temo que va a ordenarme que lo mate, pero no lo hace. Para ellos, caer fulminado y seguir vivo es una vergüenza. Vivir así es peor que morir en combate. Imagino que por eso le permite continuar con vida.

Es entonces cuando suena otra vez el gong y el combate se declara finalizado. Alzo los brazos sobre la cabeza como vencedora y comienzan a llover los abucheos. No soy de los suyos, no les gusto. No pretendía otra cosa. Es entonces cuando derribo las estacas con un fuerte golpe de viento y corro sobre ellas hacia la reina. Quiero mi aoma.

Todos los guardias van a por mí. Lo esperaba.

Les saludo con una lluvia de fuego. Eso les desconcierta pero no les frena. Siguen viniendo a por mí. Ilusos. Llevo tiempo preparándome para este momento. He estado atesorando la poca energía que logro recargar cada día y acumulándola mediante un ritual en el hechizo del pergamino que acabo de sacar de uno de mis bolsillos. Lo leo y vuelo. Sobre ellos. Directa hacia la reina.

Lo que no veo hasta que es demasiado tarde, algo con lo que no contaba porque estos brutos no tienen armas, es que los cuatro guardaespaldas de la reina, aquellos que no han abandonado los laterales de su trono, agarran unas lanzas que yo no había visto al estar apoyadas contra el respaldo de madera y me las arrojan.

Soy una estudiante. Poderosa y que ha leído libros avanzados, de acuerdo, pero tan solo una estudiante de primer año. En el internado logré tener activos dos hechizos a la vez, pero eran sencillos, nada que ver con uno de vuelo. Aquí, si fueran sencillos también sería capaz si tuviera la energía suficiente. No es el caso. Apenas me queda y volar necesita toda mi atención. Lo cierto es que he estado economizando mi magia. Cuando antes lanzaba las saetas el escudo se disolvía. Pese a ello, ahora apenas me queda poder. Si lo gasto en crear un muro de energía para protegerme dejaré de poder controlar el hechizo de vuelo. Si caigo, lo haré sobre los otros guardias, alguno de los cuales están ardiendo y dudo mucho que la energía que me quedaría tras usar el escudo me sirviera para defenderme de todos ellos. Intento pues, en el breve tiempo de un parpadeo que tengo para reaccionar, cambiar mi trayectoria. Es en vano. Son cuatro lanzas. No voy a poder esquivar todas.

Las miro con furia y miedo y me pregunto cuál de ellas será la que acabe conmigo después de haber llegado tan lejos. «Víctor, siento no ser capaz de salvarte», pienso.



Es entonces cuando el encapuchado aparece por primera vez.



Una figura encapuchada, demasiado menuda para los estándares de por aquí, parece salir de las sombras que hay entre hogueras y comienza a correr a velocidad inhumana hacia mí. Antes de que las lanzas me alcancen, salta. En el aire, echa hacia detrás la capa para dejar libre su brazo derecho, que empuña una espada. Con raudos movimientos golpea las tres lanzas que no puedo esquivar. Las desvía. Tres puntas se separan de las lanzas; los seis fragmentos resultantes adquieren una trayectoria diferente. Solo uno de los trozos romos de madera me golpea, de refilón y en una pierna. Noto el dolor pero sé que no será más que un morado. Antes de que pueda decir nada el encapuchado ya ha aterrizado en el suelo, más allá de los guardias. Su capa ha golpeado la arena instantes después de que lo hicieran sus botas. Su salto ha sido elegante, ha recorrido unos seis metros y durado varios segundos. Nada que haya visto hacer a los habitantes de este plano. Con el reflejo de las llamas he intentado ver dentro de las sombras de su capucha. No he distinguido mucho, tan solo un brillo en uno de sus ojos. Juraría que era de un color claro. Mi corazón palpita al recordar unos ojos azules cálidos como el deshielo de un lago al llegar el verano.

Aquí todos tienen los ojos negros. Por completo. Es como si no tuvieran iris, tan solo el blanco de la córnea y una pupila oscura que la ocupa casi por completo.

Ese color claro, junto con sus increíbles habilidades físicas y un tamaño que podría ser humano, me hace pensar que, como yo, sea un viajero, alguien que no pertenece a este mundo.

Y ese dominio de la espada remueve emociones en mi pecho. Lo he visto antes.

—¡Víctor! —grito.

Mi concentración en el vuelo se pierde y comienzo a descender. Me asusto y miro a la reina.

El encapuchado se ha girado hacia mí, lo sé, pero ahora no puedo mirarle, no puedo intentar hablar con él y ver si es Víctor. La reina, por su parte, se ha puesto en pie y me espera en posición de combate. Es incluso más enorme que el guerrero al que acabo de vencer en la arena: sus brazos y piernas son más gruesos y quizás sea medio palmo más alta. Por suerte no quiero pelear con ella. No me queda suficiente magia para vencerla. Me dirijo rauda hacia la mujer y en el último momento desvío mi trayectoria. Su puño atraviesa el espacio donde yo estaría si no hubiera cambiado de manera súbita mi vuelo. Aprovecho y alargo mi mano diestra para agarrar el aoma. Entonces ella me golpea con su otro brazo. A duras penas mis instintos de supervivencia levantan un escudo que impide que me rompa algo. Salgo despedida hacia detrás.

Sé que yo no debería estar haciendo esto. Que las hechiceras no pelean cuerpo a

cuerpo ya que para eso tienen a sus esposos y guerreros. Una pena que no me quede otra si quiero salvar al mío.

Me incorporo antes de que ella llegue hasta mí. Por suerte, como todos los suyos, es muy fuerte pero también lenta: esa piel acorazada es pesada y les resta velocidad. Noto que solo me queda energía para un hechizo. Me preparo.

Por detrás de mí escucho a sus guardias que vienen a por mí. También ruidos de combate. Si es Víctor defendiéndome, por favor que no muera.

Por delante, tanto ella como sus cuatro guardaespaldas se me acercan. Si no fuera por estos últimos, intentaría correr, esquivarla y volver a intentar convocar a mi aoma. No entiendo por qué cada vez que lo he intentado he fracasado pero esta vez lo tengo delante, estoy viéndolo.

Frunzo el ceño. Lo tengo complicado. Son cinco y eso suponiendo que el encapuchado pueda salvarme de los demás. Pero no tengo mucho tiempo para pensar. Actúo. Llamo a la arena que hay debajo de la reina y sus guardaespaldas. Mucha, toda la que puedo convocar con la energía que me queda. La saco de sus pies y la hago aparecer encima de ellos. Caen hacia abajo y la arena sobre sus cabezas les entierra.

Grito eufórica.

¡Lo he conseguido!

Miro hacia detrás. El encapuchado está venciéndolos. Por increíble que parezca pues es uno solo contra casi veinte, puede con ellos. Es fuerte, rápido y eficaz. Más que pelear parece volar, dando saltos imposibles y blandiendo su espada a como si estuviera practicando algún tipo de danza consagrada al dios de la muerte.

Me estremezco.

Cuadraría con lo poco que sé de los Astaquin.

Entonces noto movimiento a mis espaldas. Unos brazos están emergiendo de la arena. Veo uno de los trozos largos de la lanza cortada y no me lo pienso: lo agarro con ambas manos y me preparo. En cuanto la cabeza de la reina sale escupiendo arena a la superficie, la acerco y apoyo contra su garganta.

(Bueno, no exactamente su garganta pero hago lo que puedo, buscando la articulación que hay entre su cabeza y el tronco, ya que no parecen tener cuello).

—Rendíos. Diles que se paren —le ordeno todo lo amenazadora que puedo, intentando imitar el frío y seguro tono de la directora.

Debe de funcionar. O quizás sea que no se esperaban que la propia tierra les tragase.

La reina asiente, grita la orden y se queda quieta.

Todos se detienen.

Utilizo la lanza para enganchar la cadena y tirar de ella. Sale despedida al suelo. Vuelvo a apoyar el palo, amenazante, en lo que sería su cuello. Sin dejar de mirarla, me agacho y la recojo.

El aoma es mío.

Nada más tocarla siento su poder, la energía que lo llena. Como si estuviera muriendo de sed y de repente me acercaran agua, dejo atrás toda medida y bebo de ella. Pasan unos segundos. Cuando me giro el encapuchado ha desaparecido.

—¿Víctor? —le llamo.

Nada.

Encaro a la reina.

—Bastón con poder, ¿dónde? —le pregunto.

Me encantaría ser más concreta, poder describírselo y preguntarle si sabe dónde se encuentra, pues yo solo he logrado averiguar que no es en esta isla. Sin embargo, mi dominio del idioma nativo es bastante burdo, así que me conformo con mi pregunta.

De su respuesta solo entiendo el sentido general, que me pide más datos.

—Gran gema blanca, bastón, tesoro.

Por el cambio de la mueca de su rostro, juraría que me está sonriendo. Me contesta con una parrafada de la cual, aparte de «tesoro», me quedan claras tres palabras:

«Xltcñter c'ant taros». Tu blanco es destino, tu destino es blanco. No me aclaro cuál de las dos es el sujeto y a cuál aplicar el posesivo que va marcado en el verbo... Me suena mejor «tu destino es (el) blanco», pero ninguna de las dos posibilidades tiene mucho sentido. Eso sí, xltcñter se refiere al color, no a un objetivo o a una presa. Hmm... quizás sea eso: que la reina esté intentando distraerme mientras llegan refuerzos. Así que utilizo el poder del viento para levantar una tormenta de arena que cubre la zona, que golpea a todos menos a mí, y me voy caminando.

Al fin y al cabo ya tengo lo que quería.

Ahora a robar un barco que me saque de esta isla.



## Dos

**Gabriel**

Dos meses atrás

Gabriel no puede ir al plano donde está Victoria para ayudarla y detener a Víctor. Los suyos no pueden abrir portales, pero entre los poderes de la Diosa está el de viajar entre planos de manera instantánea, como si fuera una teleportación. Por supuesto, harían falta muchos de los suyos y un largo ritual, pero podría hacerse, podrían mandarlo allí si no fuera porque la última reina ashlae lo selló, haciendo imposible la entrada de cualquier samuae. A él le encantaría ir a por ella, como si fuera un caballero de la antigüedad que llegara con su brillante y blanca armadura para rescatar a la damisela en apuros. Porque Victoria, por muy poderosa que sea, está en apuros; sobre todo si la directora manda a su hijo para impedirle hacerse con el báculo de la Diosa.

Una pena.

Así que a Gabriel solo le queda una opción: colarse en el internado y secuestrar a Víctor. Acabar el trabajo empezado y matarlo le suena mucho mejor. Pero si lo captura vivo tendrán una baza contra Eloísa en el caso de que esta se decida a pedir su cabeza por el intento de asesinato. Su padre está enfadado con él con motivo, ya que fue torpe: no lo consiguió, le pillaron y tienen pruebas. Por lo visto esa hechicera lo tiene todo grabado. Quién iba a pensar que teniendo modos mágicos de seguridad iba a mapear el edificio con cámaras humanas...

En fin, el mal es retorcido así que los cazadores, a veces, también tienen que serlo.

Por lo que los suyos han podido averiguar, Víctor todavía está muy débil por el veneno. Lógico, ya que fue potenciado por la magia de dos aomas. Por lo visto, está en su habitación y no sale de ella. De vez en cuando va a verle su madre ya que como matrona es la hechicera más poderosa de su casa y, aunque no esté especializada en

magia curativa, ese poder hace que sea la que mejor puede sanarle. También le traen comida de forma periódica.

Bien, pues si está enfermo y débil más fácil será para él secuestrarlo antes de que se recupere y vaya al plano prohibido a por Victoria.

Gabriel, pese a llevar horas rezando en una postura incómoda, sonrío.

La victoria, sin duda, está cercana.



## Tres

**Victoria**

Cuando llegué a este plano lo hice en medio del mar. Por suerte, el agua no me cubría más allá de la cintura. Cada vez que lo recuerdo no puedo evitar recordar lo aterrada que me sentí en esos momentos pues no soy muy buena nadadora y el mar siempre me ha dado respeto. Imagino que he visto demasiadas películas de tiburones.

En todo caso, allí estaba yo. Con frío, pues mi vestido de novia no era apropiado para la temperatura de este plano, mucho menos si se mojaba. Agotada y vacía tras haber logrado abrir un portal. Desorientada y asustada. Y, sobre todo, con el pecho lleno de emociones que aún hoy me cuesta abarcar: El descubrimiento de que amo a Víctor; la pena de que no sea a Gabriel, de no corresponderle. De verdad que me gustaría, pues él es muy noble, me está ayudando a salvarle y, además, no ha nacido en el seno de una familia de asesinos. También el intentar suicidarme. (En ningún momento quise morir, lo juro, no soy como Paula. Solo fue algo puntual, el darme cuenta de que no podía matar a Víctor). Moviada por todos esos sentimientos, junto con el miedo a una posible persecución de Eloísa y con la sensación embriagadora y plena que sentí al abrir el portal, no es de extrañar que cuando llegara aquí y me viera en medio de lo que parecía una infinita llanura de color verde azulado mi corazón pareciera pararse por un momento y, aterrada, me echara a gritar. Había algo en lo de saltar a lo desconocido y aparecer de repente en medio del océano que encajaba en mis pesadillas del mismo modo que lo habría hecho encontrarme cayendo por un foso infinito y oscuro o el verme rodeada de cientos de miles de arañas, cucarachas y avispas.

No me reprocho el haberme echado a gritar. Ni siquiera el que tuviera que pasar más de un minuto de irracionales alaridos hasta que me diera cuenta de que mis pies tocaban fondo. Me costó un poco más percatarme de que lo que veía en el horizonte

no eran nubes sino islas. Por todo mi alrededor había tierra firme, en la lejanía. Apenas parecía elevarse sobre el nivel del mar y yo la había confundido con prolongaciones de la nubosidad que cubría parte del cielo. Giré sobre mí misma con cuidado, deseando que mis gritos no hubieran atraído a ningún depredador pues con los gusanos de un plano extraño ya había tenido bastante. Me fijé en que las sombras verdes de mi izquierda parecían más cercanas y comencé a andar hacia ellas. Hasta que pensé que pisar el suelo quizás fuera peligroso (la imagen de los gigantes gusanos saliendo de la tierra no me había abandonado) y me puse a nadar. Pero ¿y si eso removía tanto el agua que venía el equivalente de un tiburón? Intenté convocar un escudo de energía mientras andaba y no pude. El portal la había gastado toda, me había dejado vacía y también a mi aoma cuyo tacto era frío contra mi pecho. Asustada, con mi imaginación volando mucho más rápido de lo que yo avanzaba y susurrándome sobre la cantidad de seres que podrían atacarme, fui hacia la isla. Por la luz del sol de este plano, una estrella que parecía mucho más pequeña y lejana que la de la Tierra, imaginé que tendría unas horas más de luz antes de que anocheciera. Eso, junto con sombras oscuras que de vez en cuando pasaban por mi lado y yo apenas podía ver pues las aguas eran poco transparentes, me acicateó para ir todo lo rápido que era capaz. Cuando llegue a la orilla, al anochecer, me dejé caer en la playa de arena que me recibió. Había árboles, pero estaban a un par de metros de distancia, por lo que confié en poder levantarme a tiempo si algún animal venía a por mí. No quería dormir, solo descansar un poco. Sin embargo estaba tan cansada que cerré los párpados y no volví a abrirlos hasta horas después.

Tuve suerte de que no me capturaran. Claro que eso fue después, cuando había recuperado parte de mi energía, intentaba convocar comida y no había manera: tan solo era capaz de traer agua dulce. Más tarde comprendí que se debía a que la comida de aquí no se parece en nada a la de la Tierra. Dos días después, cuando tras escapar de los extraños seres que aquí habitaban acabé cayendo desfallecida por el hambre, desperté prisionera en una jaula y sin mi aoma.

Me costó más de un mes averiguar que era la reina de esta isla quien tenía mi joya. En realidad, la palabra que ellos le dan no es reina e imagino que la traducción sería más bien la de cacique local de esta isla; pero yo comencé llamándola reina en mi fuero interno y así es como pienso en ella. También fue ese el tiempo que tardé en aprender los rudimentos básicos de su idioma: palabras, verbos y expresiones frecuentes. O a convocar su comida para tomar algo más que la poca que me daban y, sobre todo, a recopilar la suficiente información como para trazar un plan. Es sorprendente lo que una esclava destinada a tareas básicas de limpieza de pescado (nada que ver con el de nuestros mares, ni en apariencia ni en sabor) podía aprender. Por eso tardé treinta y cuatro días en fugarme. Una vez libre, como disfrazarme sería inútil dada la diferencia de tamaño y apariencia de los nativos conmigo, me escondí hasta que estuve lista. Eso fue en la siguiente pelea del torneo, en la arena, donde usé la magia para entrar en un combate y acabar con ambos rivales. Entonces, pedí ser

una luchadora. Dado el respeto que muestran estos pescadores por su afición a las arenas de lucha, debieron decidir que peleé bien y me lo permitieron aun sabiendo que era una esclava fugada. Cerca de otro mes fue lo que me costó llegar a la final y pelear ante la reina.

Por eso ahora, dos días después de recuperar mi aoma y de robar una pequeña embarcación cuya única vela yo misma lleno de aire y empujo gracias al poco poder que la joya va absorbiendo (parece que le cuesta recargarse tanto como a mí), aún me pregunto si hice bien al preguntarle a la reina por el báculo.

«Xltcinter c'ant taros». «Tu destino es el blanco», fueron sus palabras.

Sé que adoran a un dios al que llaman el señor de la muerte. A veces se refieren a su cielo como el palacio blanco, donde él mora. Por eso, al principio llegué a pensar si ella se habría referido a que ese báculo solo puedes encontrarlo cuando te mueres si vas al cielo. Después, que me estaba sentenciando a muerte. Pero no pegaba con la extraña sonrisa que ella me había dirigido. Por eso, les pregunté a unos niños que me encontré cerca de una aldea. Parece ser que en su religión su dios vive entre ellos en una isla al suroeste. Sabía que el báculo no estaba en la isla en la que me encontraba y, puestos a buscarlo, el suroeste era una dirección tan buena como cualquier otra. Así pues, aquí estoy, navegando. No sé si busco a un dios, a un rey de verdad o a una leyenda. Solo espero que no pase demasiado tiempo antes de que encuentre el palacio blanco o donde sea que se halle el báculo de mi Diosa. Los más de dos meses que llevo en este lugar frío, tan similar a la Tierra y al mismo tiempo tan extraño, me parecen más que suficiente.



De algún modo, es demasiado sencillo. Pero claro, ya tengo el aoma el cual, aunque tan despacio como yo, regenera su energía y gracias a ello dispongo de dos fuentes de poder. Eso, sumado a que estos seres no conocen la magia, hace que sea sencillo avanzar por el mar hasta la siguiente isla. Cuando estoy tan lejos de la playa de la que he partido que apenas la distingo en el horizonte más que como una forma verdeazulada que se difumina borrosa, dejo de impulsar la vela con viento y aguardo a que mi embarcación aminore su avance antes de echar el ancla. El pequeño barco se mueve un poco más antes de que esta logre agarrarse al suelo marino. Por la cantidad de cuerda sumergida, no puede cubrir mucho. Siento curiosidad por saber cuánto. ¿Y si me baño? Sigue haciendo frío, pero aunque el agua del río de la isla donde he vivido estos meses estaba helada (no de modo literal), el mar no. Debe de tener, así a ojo, unos seis o siete grados más que la temperatura ambiente. Me quito el abrigo que me hice con trozos de tela, así como lo que queda de mi vestido de novia. Sigo llevando el corpiño, pero le saqué las ballenas al resultarme demasiado incómodas. En cuanto a su falda, la acorté y rajé por delante y por los lados para poder moverme



y pelear sin problemas. Tuve que quitarle un montón de tela, la cual me arrollé en torno de brazos y piernas como si fueran tiras de venda. El motivo, aparte de improvisarme unas mangas y unos pantalones, era protegerme de posibles cortes o arañazos con la maleza de la isla pero, una vez me aceptaron como luchadora en las arenas, me vinieron genial. También me las quito, claro está, igual que la ropa interior. Estas aguas están llena de vida pero aún no me he encontrado con ningún pez peligroso y, si viniera, puedo defenderme. Eso no quita para que me siga dando miedo un agua que no me deja ver lo que oculta salvo como raudas sombras que la cruzan. Me la quedo mirando, en el borde de mi embarcación que me recuerda a un kayak humano pero con una vela además de dos remos y unas cuatro veces más grande. Al no estar en la orilla, cerca del refugio de la arena, me cuesta tomar el valor para lanzarme. Es como una vez que mis padres me llevaron de niña a un gran parque de atracciones acuático y subí al tobogán más alto... uf... me costó lo mío reunir la voluntad suficiente como para tirarme. Curioso. Pues eso no fue valor. Tirarme aquí al mar tampoco. Lo hago. Valor fue elegir clavar el puñal en mi pecho en vez de en el de Víctor. No... tampoco: eso fue estupidez como me demostró después Gabriel al clavárselo a una paloma. Imagino entonces que valor es seguir luchando, peleando por lo que quiero (salvarle) aun teniendo todo en contra y ninguna amiga a mi lado. Mi cuerpo recibe con agrado la temperatura más cálida del mar y nado un poco, sin alejarme apenas del barco, más bien rodeándolo. Mi curiosidad inicial se queda saciada cuando compruebo que el agua me llega tan solo unos dedos más arriba del ombligo.

Por un momento me relajo, olvido mis miedos sobre tiburones y demás animales marinos que solo he visto en la Tierra y en la tele. Estoy en un plano que es como un paraíso para los amantes de las playas (si obviamos el detallito del puñetero frío) y yo no me he permitido ni un momento de paz en todo este tiempo. Agarro un lateral de la barca con una mano y me tumbo bocarriba, cubierta por el agua casi por completo. Cierro los ojos, siento el balanceo que me provoca el débil oleaje de esta zona e incluso la leve caricia del lejano sol sobre mi rostro.

Víctor...

No puedo evitar recordar sus besos, la presión de sus brazos, su olor y sus caricias de aquella noche. Han pasado poco más de dos meses pero han sido tan duros, luchando por sobrevivir y recuperar mi aoma, que parecen siglos.

«Mi Víctor... ¿de verdad me acosté contigo?».

Me ruborizo al recordarlo pero el calor en mis mejillas es fugaz pues también intenté matarlo. Además, sé lo que es su madre (una asesina) y, sobre todo, no estoy lista para rememorar esa noche con todo lujo de detalles, para recordarla y recrearme en ella, porque las emociones de amor, traición y muerte que he sepultado en mi memoria son demasiado fuertes. No es el momento. Y si no espabilo y consigo el báculo de la Diosa tal vez no lo sea nunca. Meto de súbito mi cabeza en el agua en un gesto que tiene más de determinación que otra cosa y flexiono el brazo que me sujeta

a la embarcación. Me agarro con ambos y me impulso hacia arriba. El movimiento no es tan elegante y limpio como me gustaría pero, gracias a que en el último mes he estado entrenando físicamente para las peleas, tampoco es el «me agarro, me resbalo, subo una pierna, parezco un pato mareado o un pez varado en la orilla, me hago daño en la rodilla, subo la otra... aterrizo con mi culo dentro de la barca» que debería haber sido. Algo es algo. Quito el ancla, convoco al viento y no paro hasta llegar a la isla. Por el camino robo también un poco de esa carne extraña que comen por aquí, casi quemada a la brasa, como les gusta, y con el interior todavía jugoso. Una vez que sabes qué pinta tiene la comida de este plano, es sencillo conseguirla. Eso sí, lo siento por aquel a quien se la haya quitado. Por aquí hay pobreza pero este tipo de carne solo lo comen los más ricos, así que al menos sé que no es a alguien que la necesita más que yo.

El sol ha caído y la noche sin luna (como todas las de aquí) está avanzada cuando llego a la isla. He evitado la playa que veía iluminada por hogueras (un pueblo costero, imagino) ya que no tengo muy claro cómo puede haberse corrido la voz de mi pelea con la reina de la isla de la que vengo. Así pues, he rodeado la isla buscando otra playa, una menos concurrida. Decididamente, controlar el viento es un recurso de lo más útil para manejar la barca. Sin embargo, no hay más playas: el resto de la costa está plagada de rocas y de árboles y otra vegetación que con la marea alta bordean el agua. En este plano la marea sube y baja cada pocas horas y la diferencia de altura no es mucha, no creo que llegue ni a un par de palmos. Pero considerando la poca profundidad del fondo marino, equivale a extensas zonas que se quedan sin agua periódicamente. Por suerte para mí, me he acercado con la marea alta, lo cual me da el ánimo necesario para acercarme a la costa. Convoco un poco de fuego; lo robo de esas hogueras que ya no veo pues, aunque sienta afinidad por el elemento, siempre es más sencillo un robo que una aparición. Con las palabras y los gestos adecuados, hago que la pequeña esfera de llamas se acerque al mar por delante de mí, sin tocarlo para no apagarse. Apenas hay oleaje. Otro aspecto de este plano que me viene muy bien ya que, si no, estoy segura de que ahora mismo estaría mareadísima (una vez mis padres me llevaron en un barco mucho más grande que este y acabé vomitando). Controlo tanto la llama como el viento (gracias al colgante) y esquivo las pocas rocas que creo que podrían dañar o encallar mi embarcación. Cuando llego casi a la orilla la marea ha comenzado a bajar. Me arremango la falda de mi vestido y me resigno a mojarme las sandalias de cuero locales que llevo puestas. Me descalzaría, pero no me fío de las rocas del suelo. Uso la luz para asegurarme de que no piso ninguna afilada y, agarrando mi embarcación con una mano, salto al agua. Esta me llega un poco por debajo de los muslos. Avanzo con cuidado buscando zonas de arena y arrastro mi barco hasta donde crece la vegetación, para asegurarme de que no se lo llevará la marea alta. Pesa, me duelen los músculos al tirar de su extremo como si fuera un kayak, pero lo consigo eso que es casi una docena de metros. El esfuerzo físico, por extraño que me habría parecido antes de venir aquí, me hace sentirme bien. Entrenar

para las peleas, correr, llevar carga como sirvienta... reconozco que mi cuerpo parece estar encantado con esta vida más activa, nada que ver con todas las horas que pasaba antes sentada y estudiando.

Sonrío, me quito las sandalias y acerco un poco la llama para que las seque. Al viento ya lo he desconvocado hace un rato.

Estas aguas sin apenas desnivel, la arena rebosante de vida animal y vegetal cuando baja la marea... Si no fuera porque las islas son planas, sin apenas relieve, sin montañas, este lugar me recordaría a las fotos que he visto por internet de Tailandia.



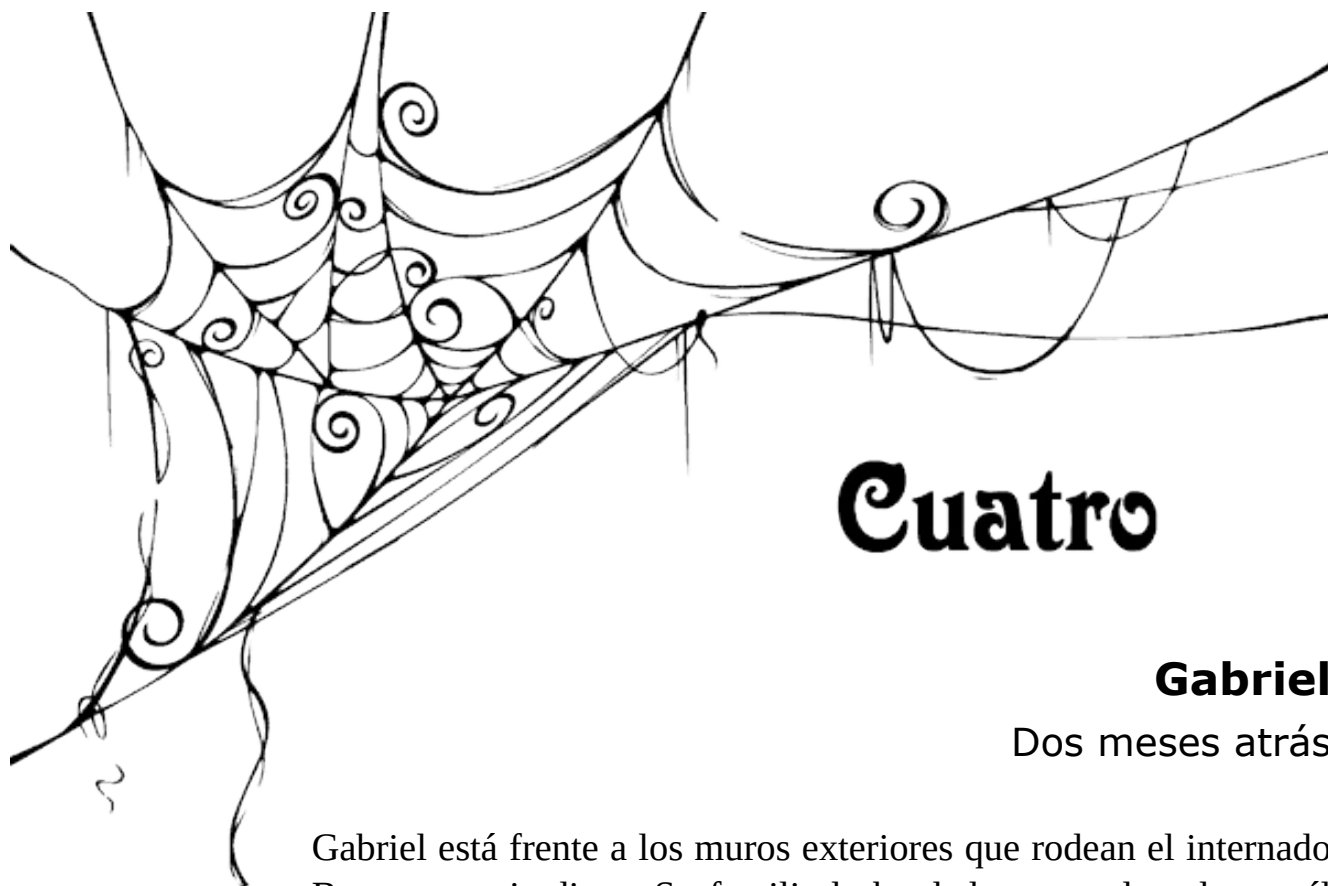
Aprovecho que no parece haber nadie por aquí para hacerme un ovillo e intentar dormir algo. He escondido la embarcación entre la vegetación y me he subido a uno de los árboles, anudándome con una cuerda a una de las ramas más anchas y gruesas. No sé si la fauna de esta isla será peligrosa y, además, no deseo que ningún nativo me encuentre. No tardo demasiado en quedarme dormida y cuando lo hago vuelve ese sueño. El recurrente.

Es Gabriel. Está sobre la almohada de su cama, durmiendo. Sus labios están tensos y su frente fruncida como si estuviera preocupado. Es la misma expresión con la que lo he visto otras veces, ninguna en la vida real. Me lo quedó mirando un rato, intento tocarle pero no puedo: es como si yo misma no pudiera moverme. Cuando imagino que como siempre voy a despertar, que me voy a quedar con esa sensación de impotente inmovilidad, entonces, él abre los ojos. De golpe. Me mira y veo que me reconoce. Sigue tenso, con esas arrugas marcadas en su frente. Abre la boca para decirme algo y entonces sí que me despierto. No tengo muy claro por qué llevó meses soñando con él, más o menos desde que llevaba una semana en este plano. Lo que sí que sé es que su sueño muy vívido y real. Tanto que a veces pienso si puede ser algún tipo de magia que nos comunique través de los sueños.

En todo caso, me incorporo y paso mis dedos por mi rostro. Convoco un poco de agua dulce y la utilizo para hundir mi cara en ella, un gesto familiar que me recuerda el espejo del cuarto de baño de mi madre y mi rostro dormido mañanero. La añoranza y el frescor (agua de río, helada como ella sola, seguro) ayudan a despejarme. Entonces lo veo. Es una luz en la lejanía, en el mar. La misma que me ha parecido ver antes mientras navegaba de noche. Todavía no ha amanecido, dudo mucho que haya dormido más de media hora o unos pocos minutos. Es de un barco, eso seguro, pues dudo mucho que tengan por aquí animales marinos luminiscentes que se dediquen a seguir a las embarcaciones a distancia. Aunque no parece oscilar como las llamas de una antorcha. Mi mente me dice que me siguen, pues parece dirigirse hacia esta isla. Mi corazón, que solo sabe soñar con Víctor, me grita que tal vez sea aquel encapuchado que me salvó, el cual solo puede ser Víctor, con una linterna o una luz

mágica (hmm... ¿los Astaquin pueden crear una luz mágica? No me suena) y que me está siguiendo. Mi sentido común bufa, le dice que entonces él ya se me habría presentado, que esto no es una telenovela romántica donde él se oculte para salvarme por la Diosa sabrá qué misterioso motivo.

Al latido ilusionado de mi pecho, al dulce dolor que allí siento por tenerle lejos, le da igual. No atiende a razones. Acabo rindiéndome ante lo maravilloso de la idea de que sea él y me recreo en imaginar cómo será volver a verle. En algún momento de mi ensoñación me quedo dormida. Me despierto descansada y con el sol alto, cerca del mediodía.



# Cuatro

**Gabriel**

Dos meses atrás

Gabriel está frente a los muros exteriores que rodean el internado Broto y sus jardines. Su familia le ha dado una orden clara y él piensa cumplirla pese a que todavía recuerda el dolor y el olor de la carne quemada por el látigo de fuego de la directora. Sabe que le va a costar colarse dentro pues considera que Eloísa, después del intento de asesinato de su hijo, sin duda habrá recrudescido las medidas de seguridad, tanto mágicas como tecnológicas. Va a ser bastante complicado entrar sin ser descubierto. Sin embargo, cuenta con la ayuda de los suyos. Ha venido andando, por el bosque. Poco antes de internarse entre los pinos ha leído un pergamino de ocultación preparado por su familia, la cual unió sus rezos a la Diosa en un ritual. No tiene nada claro que vaya a funcionar, pues la directora es una hechicera muy poderosa, pero los suyos han hecho todo lo posible para darle una oportunidad. Por otro lado, lleva también unas runas tatuadas para evitar que le puedan ver las cámaras de seguridad. Él intenta no quedarse dentro de su rango de visión, por supuesto, pero sabe que la matrona solo utiliza la mejor tecnología y que, por ello, las cámaras van a ser pequeñas y difíciles de localizar.

Consigue saltar el muro y no parece que le hayan visto. Una de las profesoras está haciendo una ronda por el perímetro exterior, algo que no había sido necesario cuando él estaba estudiando dentro. Por suerte, es fácil de esquivar. Sin hacer ruido, se dirige a la entrada principal. Hacer magia para atravesar uno de los muros es demasiado arriesgado; algo así seguro que despertaría uno de los chivatos mágicos de Eloísa.

La puerta, como no, está cerrada con llave. Confía en que las cámaras que allí apuntan no lo detecten y saca una ganzúa para abrirla. Una vez dentro, la cierra con cuidado sus espaldas y se dirige hacia la habitación de Víctor. Se cruza por el camino

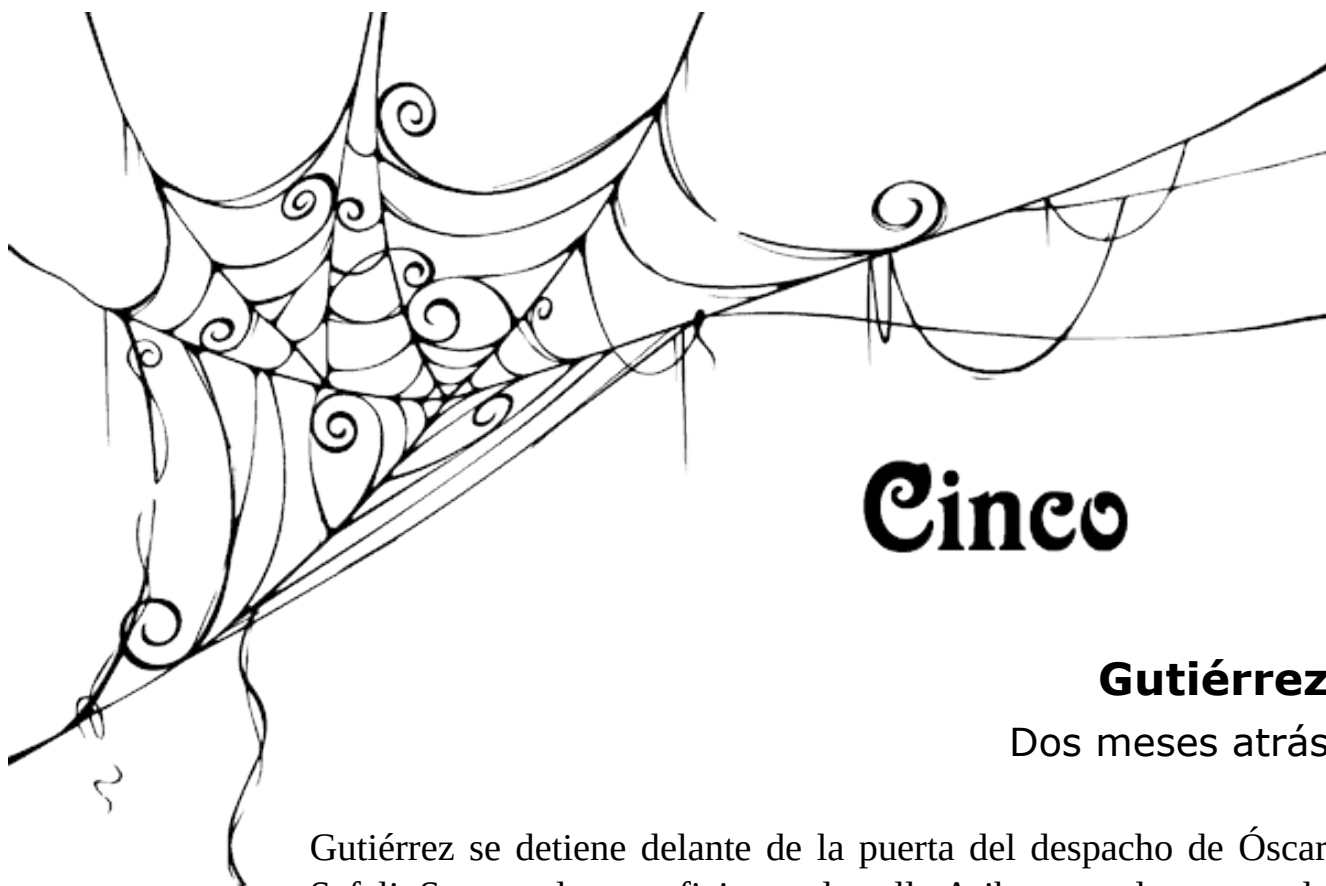
con una profesora que parece que va a la cocina. Consigue apartarse a tiempo y esconderse en el hueco de detrás de una puerta. Ella no le ve. Complacido de sus habilidades como cazador, de estar entrando en la guarida del mal como si nada, sonríe para sí y sube las escaleras. Ante la puerta de la habitación de Víctor, se queda unos instantes considerando sus opciones. Pues, tras todo lo ocurrido, es posible que esta tenga algún hechizo que se active le cuando la toque. Saca el segundo pergamino de los tres que le han dado y lo lee. Sus palabras son un mero susurro, pues no desea despertar a su ocupante. A continuación, alarga la mano para ver si la puerta está cerrada. Conteniendo la respiración, toca el pomo. No ocurre nada, ninguna magia le ataca. Bien por su conjuro. Gira el pomo con cuidado de no hacer ruido y ve que el cuarto no está cerrado con llave. Vuelve a sonreír para sí, ese Víctor es demasiado confiado. Entreabre la puerta y entra. Está todo en penumbra, apenas se cuele algún rayo de luna por las rendijas que quedan entre los huecos de la persiana cerrada. En cuanto sus ojos se acostumbran a la escasa luz, lo ve allí, tumbado su cama y durmiendo.

Se dice que uno de los dones que su Diosa poseía y que no tienen los ashlae es el del teletransporte. No le vendría mal en esos momentos, no. Sin embargo, ese don prácticamente murió con ella, ya que la cantidad de samuae que deberían unir sus rezos para lograrlo hacía que raras veces lo intentaran. Así que Gabriel saca el tercer pergamino, aquel que hará a Víctor invisible a las cámaras y que, al mismo tiempo, provocará que continúe sumido en un sueño profundo. Se necesitaron a todos los suyos para el ritual que lo hizo, así que confía en que funcione. Necesita que funcione. Tras leerlo, agarra a su rival y lo carga a sus hombros; después, comienza a deshacer sus pasos rumbo hacia la salida del internado. No le cuesta demasiado esfuerzo gracias a sus músculos potenciados con magia. Desde que su padre le dio la misión, ha estado cinco días rezando, suplicando a la Diosa y acumulando el poder que Ella le ha otorgado.

Una vez fuera de los modernos muros del internado, se relaja un poco. Tras atravesar el bosque, sabe que lo ha conseguido. Cuando ve su coche aparcado se siente vivo como nunca. Mete a Víctor en el maletero, entra el mismo en el asiento del conductor y pone rumbo a la casa de los suyos. Enciende la música, a tope. Ha cumplido y ese capullo que es el hijo de Eloísa, pronto pagará por sus crímenes.

¡Sí!

De lo que no tiene ni idea es de que Eloísa ha estado vigilando sus movimientos desde que su coche pasó por Oto. Y que es perfectamente consciente de que se ha llevado a Víctor.



# Cinco

**Gutiérrez**

Dos meses atrás

Gutiérrez se detiene delante de la puerta del despacho de Óscar Sefeli. Se trata de una oficina en la calle Aribau, en plena zona de negocios de Barcelona. El padre del chico que le pidió ayuda desde una ventana del internado, Gabriel Sefeli, ocupa un alto cargo directivo en la sucursal española de una farmacéutica multinacional. Como ya no es policía, Gutiérrez no las tuvo todas consigo cuando llamó por teléfono para concertar una cita. Sin embargo, tras unos minutos en los cuales la secretaria lo mantuvo a la espera, le citaron para el martes a las 10,50 de la mañana.

Curioso.

No pudo evitar preguntarse si tendrían algo que desearan contarle, algo extraoficial, que no pudieran decirle a la policía.

En todo caso, el empleado que le ha acompañado hasta el despacho de Óscar le abre la puerta e indica que pase. Se trata de una estancia amplia, con la pared del fondo llena de ventanales y decorada con lo que parecen muebles de madera maciza y sillas tapizadas en cuero. Nada que ver con el mobiliario de las oficinas de la comisaría en la que él ya no trabaja. El señor Sefeli, vestido con un traje de impecable corte, se levanta de su silla para saludarle.

—Buenos días, Francisco —le dice al tiempo que le estrecha la mano—. Tome asiento, por favor.

—Buenos días, gracias.

—Bueno, pues usted dirá —le indica Sefeli una vez están acomodados a ambos lados de la extensa mesa del escritorio del directivo.

—Verá, como le comenté a su secretaria, me gustaría saber más sobre lo ocurrido en el internado Broto el día en que su hijo mayor me pidió ayuda desde la ventana.

Óscar tiene dos vástagos varones y una chica. Gabriel es el mediano, seguido por Sara y con su hermano Lorenzo como el de mayor edad. Aunque ya no sea policía, Gutiérrez ha hecho los deberes e investigado a la familia de Gabriel. Salvo que mueven mucho dinero, no ha encontrado nada destacable. De hecho, no solo los ha investigado a ellos sino que también ha continuado con sus indagaciones sobre el internado y la directora, sin averiguar nada nuevo. Sus antiguos compañeros de trabajo le han pedido que lo deje. El inspector jefe no quería saber nada del tema y, seguramente, tras despedirle no querrá enterarse de que continúa figando donde no debe. Pero no puede evitarlo. Él mismo no tiene apenas familia (soltero, con solo una hermana y sus padres fallecidos años atrás) y siempre se ha tomado su trabajo en el cuerpo como algo demasiado personal. Los asesinatos de las chicas, así como el lavado de cerebro a sus superiores y a las familias, no son algo que pueda dejar pasar. Por algún motivo que no entiende él es de los pocos que parecen ser inmunes a ese inusitado poder de persuasión de Eloísa Niven y siente que tiene la responsabilidad de solucionarlo. Cuando aún vivía, su madre siempre le decía que los males del mundo no eran culpa suya y que no tenía que arreglarlo todo. Pero tanto ella como su padre trabajaban en un hospital (médico y enfermera) y se tomaban muy en serio su labor, tanto que llegaban a culparse si perdían a algún paciente pese a haber hecho todo lo humanamente posible. Así pues, Gutiérrez no puede hacer caso de ese consejo materno cuando los mismos actos de ella le han inculcado lo contrario. No es de extrañar que con vidas en juego y un cuerpo de policía que parece estar misteriosamente convencido de que no pasa nada, él se tome muy en serio evitar que se vuelva a asesinar. (Lo de esa persuasión rechina contra la lógica, pero él conoce bien a sus compañeros y a algunos de sus jefes. Son honrados. No se dejarían ni sobornar ni chantajear). Por eso está allí, pocos días después de los acontecimientos en el internado, para averiguar qué puede contarle el señor Sefeli.

—Bueno, lo cierto es que no hay mucho que contar. Más bien he querido hablar con usted para disculparme personalmente por los problemas que mi hijo haya podido ocasionarle en su carrera profesional. Verá, Gabriel es joven y le gustaba la misma chica que al hijo de la directora. Se acaloraron cruzando palabras y acabaron peleándose. La chica se fue corriendo a su habitación y Gabriel intentó seguirla. La directora, alertada por la profesora de guardia, intentó llevarlo a la enfermería y al destalentado de mi hijo no se le ocurrió más que asomarse a la ventana y pedir ayuda. Gabriel tiene demasiados pájaros en la cabeza, debería estar en la universidad pero él quiso tomarse un año sabático para aclarar sus ideas.

Gutiérrez asiente. Sabe que Gabriel ha acabado el bachillerato el año anterior en un colegio privado. No le costó demasiado averiguar que no había sido precisamente un estudiante modelo y que por lo visto eso era algo que decepcionaba bastante a su padre, quien esperaba tenerlo pronto a su lado en la empresa. Sin embargo, pese a que la versión del señor Sefeli cuadra con lo que Gabriel ha declarado, no puede evitar sentirse decepcionado. Ha acudido allí esperando y desando una confesión, algo que



la prestigiosa familia Sefeli no pudiera contarle a la policía pero sí a él. Por lo visto no es el caso. No deja que su cara, neutra, deje entrever sus emociones.

—Entiendo. ¿No vio su hijo nada extraño en el tiempo que estuvo en el internado?

—¿Extraño? Verá, sé que hubo un desafortunado incidente en pleno invierno y que unas cuantas alumnas se perdieron y murieron por el frío. Pero ni mi hijo las conocía ni hay nada raro en ello. ¿Quiere un consejo? Déjelo —continúa sin que su interlocutor haya dicho que sí—. Ya le han echado del cuerpo por movilizar a la policía en un caso de asesinatos y ritos satánicos que solo están en su cabeza. Sé que es difícil, que está obsesionado, pero déjelo. Mi hijo ha estado allí dentro durante semanas y le aseguro que no ha visto nada fuera de lo normal.

Gutiérrez recibe con estoicismo lo que no tiene claro si es un consejo paternal o una amenaza encubierta. Se pone en pie.

—Muchas gracias por su consejo, lo tendré en cuenta. No quiero ocupar más su tiempo —comienza a despedirse.

Minutos después, camino del parking donde está su vehículo, deja salir su enfado en forma de pasos mucho más enérgicos de lo habitual en él.

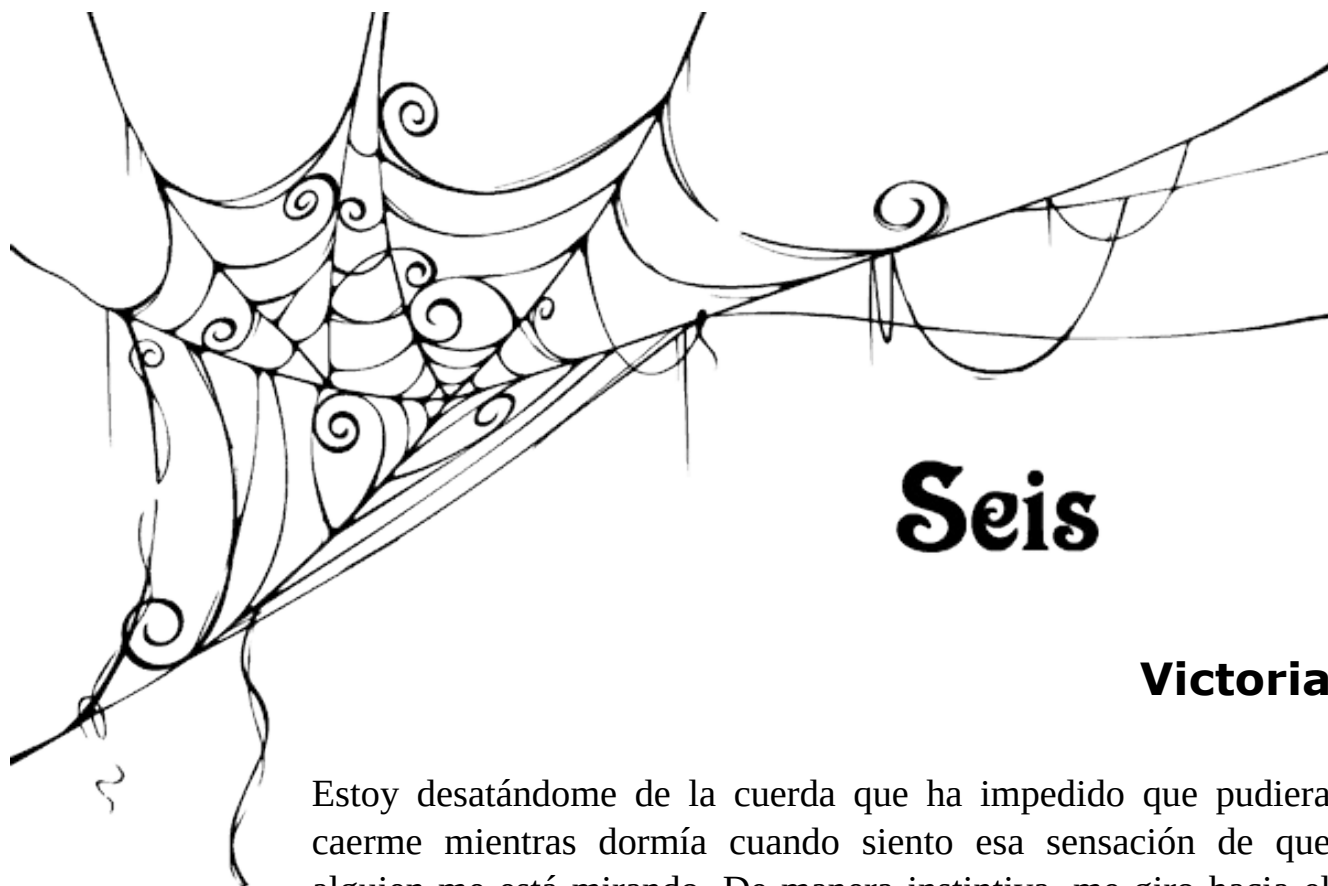
Que lo deje...

Allí pasa algo, algo grande, y posiblemente los Sefeli estén implicados.

En su mente, una teoría sobre dos familias rivales comienza a tomar forma.



Lo que no puede saber Gutiérrez es que mientras él hablaba con Sefeli la directora Niven estaba investigándole. Tras haber fallado su magia con él, quiere saber por qué. O, lo que es lo mismo, quién es el antiguo agente de policía. Porque tanto los ashlae como los samuae tienen algún tipo de afinidad mágica. En el caso de la mujer de su hijo, es el fuego. Otros poseen una especie de fortaleza para los escudos antimagia y sospecha que Gutiérrez puede descender de algún samuae con esa habilidad. Así pues, rastrea sus antepasados hasta dar con uno que tenían clasificado como cazador. Por lo visto, había tenido un par de hijos fuera del matrimonio y no fue consciente de ello. Es de allí de donde viene Gutiérrez. Eloísa sonrío pues siempre es inteligente conocer a tus enemigos. Y si este ha sido tan ingenuo como para ir a hablar con los Sefeli tras ser despedido, bueno... entonces su vida corre peligro y quizás pueda serle útil a la directora. Al fin y al cabo, cuando la matrona teje su tela le gusta controlar todos los hilos.



## Seis

**Victoria**

Estoy desatándome de la cuerda que ha impedido que pudiera caerme mientras dormía cuando siento esa sensación de que alguien me está mirando. De manera instintiva, me giro hacia el mar, hacia esa luz que brillaba por la noche. Ya no está, claro, y tampoco veo ninguna embarcación ya sea del encapuchado o de los nativos. Así pues, comienzo a mirar a mi alrededor, tanto al agua que llega justo hasta la línea de vegetación (estamos otra vez en marea alta), como a ese verdor salvaje que crece rebosante de vida y donde cada planta parece pelear para buscar un hueco que le dé algo de la luz del sol. Es entre los árboles, en uno de ellos a mi derecha y muy cerca de mí, donde localizo al niño el cual, encaramado a una rama como yo, me está mirando desde arriba. Su rama está un par de metros por encima de la mía.

Los nativos adultos tienen la piel dura y acorazada; por su aspecto me recuerda a un caparazón de cangrejo. Los bebés, pues he visto a mujeres con ellos, parecen más frágiles y más similares a los seres humanos ya que su piel es firme y rígida pero para nada se asemeja a la de un crustáceo. Conforme van creciendo, la piel lo hace con ellos, aumentando en grosor y resistencia. Por ello, imagino que el chico que me mira tendrá unos seis años. Su presencia me viene genial para preguntar a alguien si en esta isla está el báculo. Y, aunque me encantaría conocer más palabras de su idioma para no parecer idiota cuando hablo, las pocas que sé tendrán que bastarme.

Le sonrío cordial.

—Hola —le digo.

—Hola. No te conozco —me responde.

Doy gracias de que hable de manera sencilla y pueda entenderle. Al menos por ahora.

—No soy de aquí. ¿Qué haces solo?

—Vivo cerca. Mamá me deja salir.

Me encantaría aprovecharme de su inocencia para preguntarle un montón de datos de la isla, pero no sé cómo hacerlo. Estoy convencida de que por más que gesticule para explicarme mejor, no me va a entender. Me siento frustrada.

—¿Hay alguna casa muy muy muy grande cerca?

Quiero preguntarle por el palacio de su supuesto dios, pero no sé cómo.

—Mi casa es grande. Está cerca. ¿Quieres \*\*\*\*\* \*\*?

No consigo entender el final de su frase pero imagino que me estará invitando. Ir no es seguro, su madre podría saber lo de la otra isla y dar la voz de alarma o intentar reducirme.

—No, gracias. Tengo que ir a la casa muy muy muy grande.

—¿Skaul'gar? —me pregunta.

—¿Qué es skaul'gar?

—Skaul'gar, casa muy muy grande.

Baja del árbol deslizándose hacia abajo con facilidad, hasta llegar a una rama que está a la altura de la mía. Yo me habría lastimado las caras internas de brazos y piernas por algo así, pero él parece estar bien. Imagino que por su piel más dura. Todavía no tiene el aspecto de caparazón de los adultos pero presenta el mismo color oscuro que estos. Tampoco es tan grueso de torso, brazos y piernas como ellos. Más bien parece un chico humano un poco gordito al que hubieran cubierto con una capa de cuero curtido.

Ensimismada como estoy teorizando sobre él, me sobresalto cuando de repente se planta a mi lado de un salto con un palo en la mano. Si no fuera un niño, yo ya habría reaccionado convocando un viento que lo alejara de mí. En este caso, me obligo a quedarme quieta. Cuando era prisionera nunca me atacó nadie, mucho menos un jovencito. Pueden ser brutales en las peleas, pero no parecen una raza que disfrute de la crueldad. El chico, ignorante de mis miedos y pensamientos, me sonrío y señala hacia el suelo con el palo, hacia unas rocas que están cerca de la orilla del mar.

—Ven —me dice y se desliza hacia el suelo.

Esbozo una mueca de dolor. Ni de broma voy a bajar yo así, comiéndome ramitas y raspándome con el tronco. Más bien bajo como he subido: acercándome a un punto de mi rama donde no hay nada de maleza por debajo y levitando con suavidad.

El chico no me ha visto. Pues he aprovechado para hacerlo mientras él se abría paso por la vegetación hasta llegar a esa zona pedregosa en la linde del mar. Una vez estoy a su lado, pasa el palo por la fina capa de arena que hay sobre la parte más cóncava de la amplia roca sobre la que estamos. Dibuja algo. Parece una casa enorme rodeada de otras mucho más pequeñas. Podría ser un castillo o el palacio que busco.

—Muy muy grande —me dice.

Después, borra las pequeñas redistribuyendo la arena con la mano y vuelve a dibujar, esta vez un círculo alrededor del edificio solitario. ¿Una muralla? Imagino que sí.

—Skaul'gar —me dice, señalando la casa.

—Sí, allí quiero ir —asiento.

A partir ahora lo voy a traducir como palacio.

—Mamá sabe \*\*\*\*\* \*\*.

Otra vez mi maravilloso dominio de su idioma...

—¿Tu mamá sabe ir al palacio?

—Sí.

—¿Hay tesoros en el palacio?

—Sí. Muy grandes: \*\*\* \*\*\*\*\* \*\*\*\*\* \*\*\*\*\*.

Genial... imagino que me los está enumerando. Es un encanto, le sonrío. Además, si allí hay tesoros es muy probable que sea donde guarden el báculo de la Diosa. ¿Quizás es el palacio de aquel al que llaman dios? ¿Un rey de todo, del estilo de los faraones egipcios?

—¿Qué color es el palacio?

—Blanco.

Perfecto. Cuadra con las palabras de la reina y también con lo que me contaron los niños de la otra isla. Decido arriesgarme a ir a ver a su madre.

—¿Me llevas con tú mamá?

—Claro, ven.

Me hace un gesto con la mano y vuelve a subirse a un árbol. Uno que tiene un par de ramas que se extienden sobre la roca en la que estamos, ramas de las que cuelgan una especie de lianas que parece que deseen besar al mar.

Bueno... si pretende que le siga...

Desde luego yo no voy a agarrarme a lo que más que lianas parecen endebles hilos de lana colgantes. Y el par de ramas está demasiado lejos como para intentar agarrarme y ponerme a horcajadas sobre una de ellas. Claro que él tampoco lo ha hecho, más bien se ha metido de lleno en la maleza de delante, ignorando los pichos de uno de los tipos de plantas, y ha trepado por el tronco.

Genial. Esa vegetación parece impenetrable: llena de ramas y sin ningún sendero. Ya he tenido que usar levitación y un escudo hace un momento, para llegar a la roca. No quiero volver a hacerlo pues eso me dejaría casi vacía de energía. Pero el chico me llama desde lo alto del árbol y me hace señas de impaciencia. Me resigno. Esto me va a costar muy caro, espero no estar cometiendo un error pues no voy a poder defenderme si ocurre algún imprevisto. Encima esta vez me está mirando, con lo que voy a tener que simular que trepo como él. En fin, vamos allá.

Me escudo para acercarme a la base del tronco y susurro las palabras de un hechizo de levitación. Ascendo en línea recta, no muy rápido, y hago como que agarro la rugosa corteza con las manos para que mi guía no se piense que estoy volando. Cuando llego a la altura de la rama en la que está, la más baja de la copa, me mira raro pero lo acepta. Dejo escapar el aire que había estado conteniendo. O no se ha dado cuenta o no le da importancia. Doy gracias tanto por la penumbra causada

por la exuberante vegetación como porque este árbol tenga un tronco que no tiene ni una rama hasta pasados un par de metros de altura. Si no, no sé cómo lo hubiera hecho porque la levitación es ascender o descender en línea recta, nada de desplazarme en horizontal para evitar obstáculos.

Pero no sé qué hago pensando tanto porque el chico acaba de saltar a otra rama cercana y de esa a otro árbol. Diosa, cómo me encantaría tener ahora una de esas runas que se ponen los chicos para potenciar su agilidad u otras cualidades físicas. No creo que la Diosa pueda velar por ti excepto cuando le rezas y te da su energía; algo de lo que no tengo tiempo. Pero, en todo caso, le dedico un pensamiento, en plan rápido.

«Diosa, si me ayudas a llegar abajo a salvo te prometo que te rezaré más».

Me encomiendo a ella y salto. Avanzo despacio por la siguiente rama, agarrándome a las de arriba y vuelvo a saltar. Y otra y otra y otra vez más. Hasta que pasamos la estrecha zona de jungla y el chico vuelve a bajar por un tronco hacia abajo. Como este no es tan alto como el otro y yo ya no tengo tanta energía como para levitar, me resigno y le sigo. Me hago daño en brazos y piernas al caer abrazada a una corteza que no es tan lisa como me gustaría. Se me escapan unos cuantos gritos de dolor.

—Torpe —me dice el chico entre risas.

Es la primera vez que veo reír a uno de ellos. Es agradable.

—No, ha dolido —le explico.

Entonces, muy mono, se me acerca y me da un besito en el brazo, donde tengo un raspazo con algo de sangre. Me recuerda a los niños de la Tierra con su «cura, cura sana, si no curas hoy curarás mañana» y me entra otra vez la nostalgia.

Por mis amigas, por María, Ana y Noelia. Por mis padres. Por Gabriel. Sobre todo por Víctor. Porque me sentí tan segura y apreciada y única aquella última noche en sus brazos que me di cuenta de que le amaba. De que lo necesito para ser yo misma, que no podría vivir sin él o hasta respirar sería una agonía. Víctor... pronto te curaré y volveremos a estar juntos.

La idea calma mi morriña y le sonrío al pequeño, que me está mirando con unos ojos tan enormes como los de todos los niños. Me da la mano, la cojo. Me reconforta pese a que está fría. Su temperatura corporal debe de ser similar a la ambiente, bastantes grados menor que la nuestra.

—¿Tienes \*\*\*\*\*?, ¿estás malita? —me pregunta.

—No, estoy bien. No pasa nada, gracias.

—¿Seguro?

—Sí, vamos. —Le sonrío.

Asiente y comienza a andar por un sendero. Le sigo. La vegetación nos rodea pero es menos densa, como si la podaran. Su casa aparece al poco, tras girar una suave curva. Tenía razón: estaba muy cerca.



# Siete

**Eloísa**

Un mes y tres semanas atrás

—¿Óscar Sefeli? —pregunta Eloísa a través de la línea telefónica.

Le ha costado conseguir ese número de móvil y quiere asegurarse de que es correcto. Desde luego, le encantaría poder localizar la llamada y averiguar dónde se oculta ese nido de cazadores. Pero ya ha averiguado que se trata de un número de prepago que tan solo ha sido utilizado en dos ocasiones. Seguramente para llamar a otros dos de esos móviles que los cazadores suelen comprar y desechar con facilidad. Así pues, imagina que tampoco podrá rastrear la localización de Sefeli.

—Sí. ¿Con quién hablo? —le contesta este.

—Con Eloísa Niven.

Durante unos segundos, se hace el silencio.

—¿Y el motivo? —le pregunta no demasiado sorprendido, pues es la llamada que lleva unos días temiendo que llegue.

Al fin y al cabo, solo era cuestión de tiempo que ella le localizara y le pidiera la cabeza de su hijo.

—Lo sabes.

—No, creo que no.

—Tu hijo Gabriel Sefeli intentó matar al mío. Lo tengo grabado en video. Exijo su entrega inmediata para ajusticiarlo.

—Exiges...

—¿Vas a cumplir la ley que vosotros mismos dictasteis o prefieres declarar una guerra abierta, cazador? Porque por fin tengo pruebas de uno de vuestros asesinatos.

—No ha sido un asesinato como tal.

—¿De verdad quieres alargar tanto la llamada? —Sonríe Eloísa.

Si puede localizarla, por ella perfecto.

—No, muy bien, te lo entregaré. Solo necesito unos días para despedirme de él y eso no es negociable.

Óscar cuelga antes de que ella pueda averiguar su localización. Aunque tampoco es que a la mujer ese dato le importe mucho. No ahora que tiene un modo mucho más interesante de conseguirlo.

Eleva la vista y la clava en la jefa de estudios, que está con ella en su despacho del internado.

—Comencemos pues —le indica.

La aludida teclea algo en el ipad que sujeta entre sus manos.

—Tres —inicia la cuenta atrás.

—Dos —continúa Eloísa en un susurro complacido—. Uno. ¡Boom! —parodia moviendo sus labios como si estuviera lanzando un beso al aire.

Aparte de la jefa de estudios, hay tres profesoras más con ella, sentadas en sillas que han traído para la ocasión. En el momento en el cual la cuenta atrás llega a su fin, comienzan a teclear en sus portátiles. Una de ellas lo apoya en la mesa de la directora, las otras en sus rodillas. Eloísa piensa que es una pena no haberle puesto un localizador a Víctor, uno bien escondido dentro del hueso. Seguro que allí esos cazadores no habrían mirado pero no había querido arriesgarse para que no lo encontraran y no se hicieran preguntas. No deseaba que descubrieran su pequeña trampa.

La directora misma está tecleando en su ordenador. Como las demás, está buscando en las cámaras térmicas que tienen instaladas en una zona bastante extensa, justo donde lleva tiempo sospechando que esa célula de cazadores tiene su cuartel general. Pasan unos minutos sin que ninguna encuentre nada. Entonces suena el teléfono del despacho. Eloísa sonríe con anticipación y descuelga.

—Mi señora, aquí el helicóptero 06, lo tenemos.

¿No es maravilloso? Una explosión en el nido de esos cazadores y gracias a las cámaras térmicas de sus helicópteros ya sabe dónde se encuentra. Una pena que haya tenido que ser discreta y no haber podido poner tanto explosivo como le hubiera gustado. La tecnología humana es, sin duda, un delicioso tipo de magia. Sobre todo, cuando tu rival está acostumbrado a que no la utilices. Se pregunta cuántos escáneres mágicos le habrán realizado a Víctor. Seguro que muchos y exhaustivos. Y ninguno el correcto. Tendrían que haberse esforzado igual buscando bombas. Pero claro, ¿cómo iban a esperar que Eloísa le hiciera algo así a su propio hijo?

Porque a diferencia de Óscar Sefeli, ella sí ama y protege a los suyos.



Al mismo tiempo que Eloísa decía «boom», una explosión sacudió el interior del

cuartel general de la familia Sefeli. Unos minutos antes, Víctor, o más bien la criatura de otro plano que Eloísa se había traído, comenzó a farfullar palabras sin sentido. Desde que lo habían raptado, había estado sumido en delirios y fiebre, por lo que no habían podido interrogarle. En esos momentos, se removió en la cama y comenzó a hablar. Lo que decía, como otras veces, no tenía mucho sentido pero, poco a poco, comenzó a hilar frases coherentes. Entonces, el cazador que lo cuidaba llamó a Lorenzo. Este, al ver que estaba dando datos sobre Eloísa, llamó a su padre, el cual acudió junto con dos cazadores más. La matrona Niven había sido astuta eligiendo el tipo de criatura que había hecho pasar por su hijo. Sospechaba que los samuae podrían intentar raptarlo, además de haberlo visto como un futuro probable en una visión inducida. Como los cazadores no sabían abrir portales a otros planos, no conocían a los seres que allí moraban. Había un lugar en concreto cuya raza dominante copiaba las formas de los demás animales para así cazarlos con facilidad. Con ayuda de un poco de magia, la matrona logró que adoptara la forma de su hijo. Imaginó que cuando los samuaes detectaran la magia la confundirían con la propia de los tatuajes de un Astarquin, pues así la había camuflado ella y, sobre todo, el enemigo no tenía ningún motivo para imaginar que una criatura así existiese. Después, lo condicionó para que la obedeciera y con drogas y venenos simuló la enfermedad de Víctor, la que este habría sufrido si Victoria hubiera usado de verdad el aoma de Eloísa. Por supuesto, le había dado los explosivos para que los absorbiera dentro de su cuerpo, protegidos dentro del cráneo. Y cuando Lorenzo se inclinó sobre el falso Víctor fue el momento perfecto: le ordenó a la jefa de estudios que detonara la bomba. El hermano de Gabriel murió en el acto, quedando totalmente destrozado. No había puesto demasiado explosivo, lo justo para matar a quienes estuvieran cerca. Las paredes se quedaron dañadas pero la estructura del edificio aguantó. La onda sónica destruyó todos los cristales que encontró a su paso. Trozos del cuerpo del habitante de otro plano, junto con los de Lorenzo y parte de la cama, impactaron a gran velocidad contra el resto de los ocupantes del cuarto. Eso, junto con el calor, acabó matando tanto al cazador encargado de la vigilancia como a uno de los dos que acompañaron a Óscar. El otro, junto con el señor Sefeli, perdió el conocimiento y golpeó con fuerza las paredes. El cazador murió antes de que llegara la ayuda. Óscar tuvo suerte y llegaron a tiempo de poder salvarle. Les costaría muchos rezos, mucha magia curativa suplicada a su diosa. Sería lento. Pero le curarían.

Cuando Óscar Sefeli recobrara el conocimiento dos días más tarde, con el cuerpo vendado, sus huesos rotos todavía soldándose y con nueva carne intentando regenerarse en las quemaduras, querría vengarse. Pero no podría emprender una acción legal ya que eran ellos quienes habían raptado al hijo de la directora, quienes habían colocado la bomba en su propia casa. Tendría que reconocer que, sacrificando a Víctor, Eloísa había realizado una jugada maestra. Y eso, el que hubiera sido ella y no él a quien se le hubiera ocurrido hacer algo así, aún lo pondría más furioso.





# Ocho

## Sara y Gabriel

Un mes y tres semanas atrás

—No quiero que te entreguen —le dice Sara a su hermano con vehemencia.

Han pasado cinco días desde la explosión y la muerte de Lorenzo. Sara lo idolatraba, está muy triste por su pérdida. Durante esos días, Gabriel ha sido muy bueno con ella, consolándola y ayudándola a levantarse cada vez que se derrumba.

—Yo tampoco, por eso padre está dándole largas a la directora, diciéndole que desea investigar lo que pasó, haciéndose el sorprendido cuando ella le dice que tiene pruebas...

—Pero no va a poder alargarlo mucho más. Gabriel, no quiero que esos monstruos te hagan daño.

La chica, de doce años, lo mira con los ojos húmedos, como a punto de echarse a llorar. Están en la habitación de Gabriel, a donde su hermana menor ha acudido a verlo después de cenar.

—Shh, tranquila —la consuela él al tiempo que le da un abrazo—. No pasa nada.

—Sí que pasa. No me trates como a una niña pequeña. —Sara se siente un poco ofendida pero no se separa—. Lorenzo ya no está y he tenido que ayudar a curar a padre. No quiero que te ocurra nada y si te entregan a ese monstruo, te torturará y te matará.

Los brazos de Gabriel se crispan. Ella se separa, llorosa.

—No hace falta que me lo recuerdes, hermanita. Hagamos un trato: yo no vuelvo a intentar edulcorarte la realidad y tú no me la nombras más.

Ella, dándose cuenta de lo asustado que tiene que estar Gabriel aunque no lo demuestre, se siente culpable y acepta.

—Lo siento —le dice.

—No pasa nada. —Le revuelve él el pelo como cuando la chica era una pequeñaja.

Ya no lo es pero le sienta igual de mal. Amaga un puñetazo hacia el pecho de su hermano. Este le sonrío.

—Además, hay cosas mejores de las que hablar. Me dicen que cada vez llevas mejor lo de curar heridas de verdad.

Lo cierto es que, hasta lo de su padre, ella tan solo había practicado con animalitos con patas rotas, resfriados y poco más. Ver auténticas heridas ha sido duro para ella y estuvo a punto de desmayarse un par de veces. Pero lo va superando aunque le cuesta. Le gusta curar y ayudar; pero la sangre, la carne quemada... son visiones demasiado crudas para su estómago.

—Gracias, hermano.

Se quedan en silencio unos minutos, cada cual pensando en sus cosas. Antes de que Gabriel pueda decidir que ya es hora de que Sara se vuelva a su cuarto, esta lo sorprende con una pregunta que denota lo bien que le conoce:

—Ella te gusta, ¿verdad?

No hace falta aclarar que se refiere a Tory.

—¿Tanto se nota? —Frunce el ceño.

—Vamos, no te hagas el duro. Ya sabía yo que te gustaba. ¿Te has enamorado?

Su hermano la mira, molesto, y no le contesta.

—Yo creo que sí, que no lo estás fingiendo como te ordenaron para que pudieras utilizarla con más facilidad.

Gabriel endurece sus rasgos y le contesta con desdén.

—De verdad, hermanita, qué ingenua eres a veces. Victoria me gusta. Sería insensible si no lo hiciera, pues es guapa, inteligente y poderosa. Pero de allí a amarla... ¿Tú crees que si la quisiera la habría mandado a morir cuando consiga el báculo? Soy más egoísta que todo eso. Además, no seas inocente, Sara. Resucitar a la Diosa es más importante que un tonto encaprichamiento mío por una ashlae. Porque eso es ella. Ha probado la magia negra, está corrupta. Yo nunca podría amar a alguien así.

A Sara le parecen muy duras las palabras de su hermano. Pero ciertas. Ella querría creer que la ama y que su amor la redimirá del mal ya que Tory va a por el báculo de la Diosa. No hay mayor honor, o redención en su caso, que dar la vida por la Diosa. Pero Gabriel niega que la hubiera mandado por eso.

—¿De verdad no la mandarías si la amaras? Sería lo más bonito que podrías hacer por ella.

—Pues no, mandarías a Gema o a una de las otras. Sara, tú vives en tu mundo de cuentos de hadas. —Intenta suavizar el tono al darse cuenta de que está pagando su miedo a morir con ella; pero no puede, tiene demasiada amargura dentro—. Uno donde ser sanador solo implica curar a pajaritos con un ala rota. Bienvenida al real, donde matan a tus hermanos y donde yo nunca sacrificaría a alguien que me importa

si puedo mandar a otro.

—¡Pero morir por la Diosa es un honor! —protesta ella horrorizada ante la blasfemia y cerrando oídos a todo lo otro que le ha dicho su hermano, demasiado duro para aceptarlo.

—Prefiero seguir sirviéndola vivo a ser posible, gracias.

Furioso consigo mismo por todo lo que le ha dicho a su hermana y también por haberse visto obligado a analizar sus sentimientos por Victoria, el chico se va de su propio cuarto dando un portazo. Sara sube los talones hasta apoyarlos en la silla en la que está sentada y se abraza las rodillas.

Llora.

No quiere pensar en todas esas palabras horribles. No quiere pensar en perderlo. No quiere vivir en un mundo donde el mal se encarna en las hechiceras ashlae. Sin embargo, no puede evitarlo y eso la llena de desesperación y miedo.

Cuando su hermano vuelve una hora más tarde, arrepentido, la abraza y acompaña a su cuarto, donde la deja.

Para él tampoco es fácil saber que va a morir y que su padre va a poco menos que lobotomizarle el cerebro para que no pueda contarles ningún secreto a Eloísa y las suyas.



# Nueve

**Victoria**

—Gwelenkta —me dice la madre nada más verme.

El chico me mira con ojos abiertos como platos.

—Gwelenkta —repite las palabras de su progenitora con sorpresa y algo que parece reverencia.

—¿Gwelenkta? —pregunto.

En este idioma no tienen mucho vocabulario pero lo aprovechan bien, utilizándolo para formar muchas palabras compuestas. Así por ejemplo, mka es pelea, skakti es círculo o circular y mkaastakti es luchador: hombre que pelea en los círculos; es decir, sus arenas de lucha. No han usado la palabra weal (hombre o mujer adultos) pero todavía no acabo de pillarle la lógica a sus compuestos; imagino que es porque me faltan ejemplos pues apenas entiendo lo más básico. En mi antiguo instituto no llegué a estudiar latín pero de chicas un par de cursos más avanzadas sé que tienen declinaciones. Aquí no parece haberlas: sus palabras no admiten sufijos ni por casos ni por número o género. Y pese a lo sencillo que parece ser su idioma, al tener que aprenderlo sin ayuda todavía hay muchas cosas que escucho y no entiendo. Pero como gwel es lo que yo he llamado reina, el gobernante de una de las islas, y enkta es victoria en una pelea, imagino que la madre me está llamando algo así como «la que derrotó a la reina».

Menos mal que no la maté, porque asesina es una palabra bastante fea por aquí. Sin embargo, enkta implica un combate honorable. Quizás, como pese a la sorpresa ella pudo defenderse, crean que en nuestra pelea hubo honor y a lo mejor no me están buscando para castigarme.

La idea, como toda esperanza, es dulce. Aunque no tanto como el poder coger el báculo y quitarle la maldición a mi esposo.

(Esposo. De verdad que todavía se me hace rarísimo que estemos casados. Los

ahslaes son extraños pues contraen matrimonio muy jóvenes, pero hasta para ellos nuestra boda fue precipitada. Culpa mía. Me sonrojo. La madre me mira extrañada).

—Sí, gwelenkta —me repite.

Me centro. Estoy en el porche de una casita de madera. No he entrado dentro pues la madre salió afuera cuando le avisó su hijo y se me quedó mirando un rato hasta que me llamó por ese nombre. Y yo no puedo estar pensando en Víctor ahora, no es el momento...

—Así es. Necesito ir al palacio. ¿Puedes ayudarme?

Me contesta con una frase larga y rápida de la que no entiendo casi nada. Como no sé qué decirle su hijo le aclara que hay que hablarme despacio y con palabras sencillas, creo que le dice que como a los bebés. Se expresa de un modo tan mono que me entran ganas de darle un abrazo. Es espontáneo y por sus rasgos exóticos parece una mezcla de niño humano de seis añitos y de cachorrillo juguetero. Un encanto.

Por lo que me contaba Ana, los hermanos pequeños cuando crecen son un coñazo pero yo, como hija única, hasta hace poco aún deseaba tener uno. Me lo solía imaginar así de adorable y simpático.

—Yo ayudo a gwelenkta si gwelenkta me ayuda —me propone la madre, hablándome muy despacio.

Uh, ¿ayudarla?

—¿Cómo? —le pregunto extrañada.

Porque he intentado esconder que tengo magia así que no creo que sea por eso...

—El palacio está en una isla lejana. A diez soles de camino. Te llevaremos si nos ayudas a derrotar a nuestros vecinos.

—¿Aquí en esta isla?

—No. En una isla cercana, en \*\*\*\*\*.

Imagino que la palabra que no entiendo es su nombre o el dónde se encuentra esa isla. El chico me sigue mirando con algo que parece reverencia y también esperanza. La madre simplemente aguarda mi respuesta. Parece ser que el haber vencido a la otra reina hace que sea una guerrera valorada, pues no imagino si no porqué me quieren en una de las guerras que libran entre ellos. Porque... ¿no pretenderá que vaya sola y venza al rey o reina de la otra isla, verdad? Diosa, espero que no.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto.

—Que te unas al ataque como gwelenkta.

—¿Yo sola?

Me mira y se echa a reír.

—Son \*\*\*\*\* muchos. Tú y nuestros guerreros.

Menos mal. Sonrío aliviada.

—¿Y después me llevas al palacio?

—Sí.

—Hecho.

El niño grita emocionado y la madre me tiende el brazo para que se lo agarre a la altura del bíceps en lo que es su modo de cerrar tratos. Como sé que su apretón me va a doler y que si yo me limito a hacer fuerza con la mano voy a quedar en ridículo, gasto la escasa energía que me queda en poner una fina pátina de fuego entre mi mano (que no toca su brazo, solo lo parece) y su piel acorazada. Me mira con aprobación y yo evito que se note lo que me duele la fuerza con la que me aprieta. Confío en que no me haya roto nada pero morado me sale seguro. Menos mal que llevo esas tiras de tela rodeando mis brazos. Ahora me servirán para disimular el daño que me ha hecho.

La madre me suelta y me indica que entre a su casa, cuya puerta está abierta. Le hago caso, con el pequeño siguiéndome de cerca.

La cabaña consta de una única habitación que sirve de dormitorio, despensa y salón. Imagino que, como en la otra isla, cocinarán afuera y tendrán un agujero para hacer de baño. En cuanto al agua, la cogerán de algún río cercano o, si no lo hay, del mar por evaporación y posterior condensación. Tienen también la típica estatua de lo que yo llamo su dios familiar, el cual suelen colocar nada más entrar. Se trata de gigante entre los suyos, de un tamaño que casi duplica a las otras estatuillas que lo rodean. Por las casas que he visto y lo que he preguntado, es un dios común a todos los nativos. Las estatuas de barro más pequeñas son los ancestros que velan por cada familia.

La madre me indica que me sienta en un futón en el suelo y me pregunta si quiero tomar un poco de sopa caliente. Agradecida pues hace bastante desde mi última comida, asiento. Después, una vez estamos los tres sentados y con sendos tazones de barro entre las manos, me cuenta. Por lo visto, llevan décadas guerreando con una isla vecina a causa de un desacuerdo sobre los derechos de pesca en un par de bancos de peces cercanos. Me cuesta mucho enterarme de todo y la mujer se ayuda de una brasa apagada del fuego donde cocina. La utiliza a modo de tiza para hacerme dibujos explicativos, usando el suelo como pizarra. Imagino que, como es de tierra compacta, no le será difícil limpiarlo luego. Así pues, me entero de que hay docenas de islas y que todas están bajo el mando de un emperador. O al menos así es como traduzco yo la palabra, ayudándome con analogías occidentales de la Tierra. Los señores de las islas o reyes tienen dominio total sobre estas, si bien cuando el emperador les pide hombres para su ejército imperial deben dárselos. Desconozco si tienen algún tipo de amenaza externa, ya sea de gente de tierras lejanas o de animales salvajes. Lo que sí sé es que el emperador no media en las redecillas o batallas entre islas. De hecho, en algunos casos un rey o reina gobierna sobre dos o más islas gracias a la conquista; pero como luego las reparte entre sus descendientes, esto no amenaza el poder del emperador. Al mismo tiempo, este es también su líder religioso. La madre parece decirme, señalando la estatua de su dios, que este es el emperador, una idea con la que ya me he encontrado. Imagino que, como en algunas culturas de la Tierra, consideren que su emperador es un dios. Pero en este caso sería un dios único ya que,

aparte de los propios ancestros, no parecen tener ningún otro ser divino en su panteón. Pues bien, la madre del chico es una especie de consejera del rey de esta isla y, por lo visto, tenerme peleando con ellos subiría tanto la moral de las tropas como la gloria que el combate les depararía; además de añadir a sus fuerzas lo que creen que es una guerrera poderosa. Menos mal que no sospechan que no juego limpio, pues no creo que me miraran muy bien si descubrieran que hago magia. Para su manera de ser, yo creo que lo verían como hacer trampas; sin duda, un insulto para su honor. En todo caso, me cuenta que estaban considerando la posibilidad de realizar un ataque a la otra isla pero solo si veían claro que podían ganar. La madre cree que el rey, conmigo a su lado, verá la victoria segura.

Yo, por mi parte, no es que esté ilusionada. Luchar me sigue dando tanto miedo como la primera vez que peleé en este plano o como cuando aquellos demonios de examen de Eloísa. Pero sé que puedo y sacaré valor, como lo hice ante el acoso de Paula. Y, sobre todo, la imagen de Víctor y yo juntos para siempre, sin ninguna maldición que nos separe, hace que me sienta capaz de enfrentarme a mil ejércitos con tal de salvarle. Por eso estoy de acuerdo. Por eso me quedo a dormir con la mujer y su hijo y, mañana, ella irá al pueblo principal para hablar con su líder.

Ya solo me queda aguardar a ver si, como su consejera cree, le parece una buena idea.



Han pasado tres días desde que conocí al pequeño y a su madre. El rey aceptó la sugerencia de su consejera y ahora estoy en un barco de guerra. Bueno, comparado con lo que hay en la Tierra hoy en día esa denominación daría risa, pero es acertada para los navíos de aquí. El barco en el que yo viajé era poco más que una canoa con una vela. Los de pesca son algo más grandes pero apenas caben dos tripulantes y su captura. Y estos, los de guerra, son los de mayor tamaño. Todos ellos, además de velas, tienen remos lo cual no me extraña ya que, en el tiempo que llevo aquí, me he dado cuenta de que el viento no suele soplar mucho. No obstante, pese a ser más espaciosos, los guerreros están sentados remando en dos filas de cuatro y no queda mucho sitio libre ni para estirar las piernas ni para el capitán. En el que voy, el del rey, es el más grande. Tiene doce remeros y una pequeña cabina donde se puede descansar. Los doce, junto con el capitán, el rey, los dos miembros de su guardia personal que no están remando, su consejera y yo, sumamos dieciocho. La isla vecina está cerca, a tan solo unas horas. A mí me dejan estar en la cabina, junto con la consejera. Es de noche y reconozco que, aunque intento evitarlo, acabo dando una cabezada.

Y sueño.

Cierro los ojos y me sumerjo en una pesadilla. Yo soy todo poderosa. Puedo sentir

la energía que me embriaga y me llena. Estoy en medio de una batalla. La sangre me cubre, también al suelo; pero no resbalo. Soy fuerte y ágil como nunca. Las proezas físicas que ejecuto mientras peleo, opuestas del todo a cualquier definición de pato mareado, hacen del sueño algo muy agradable.

Cuando mis enemigos me atacan, les respondo con una espada de llamas. Corto y penetro sus armaduras y cuerpos, al tiempo que me llega el olor a carne quemada. Es caótico, es demencial y siento que me encanta. Entonces escucho gritos y veo que una bola de fuego, enorme, se dirige hacia mí. Fijo mi vista en la lejanía y de inmediato es como si mi poder la aumentara hasta ver que es una mujer con un vestido negro quien me la ha mandado. Está rodeada de otras mujeres. Es Eloísa. Siento odio y abro la boca. En vez de sonido sale un chorro de energía pura, devastadora, que vuela hacia la bola de fuego y la envuelve. Por unos segundos, parece que la batalla se detiene, que todo el mundo mira hacia arriba como si supieran que esta lucha de voluntades, la mía contra Eloísa y sus hechiceras, definirá su suerte. No saben que esta ya estaba echada desde el principio: soy más fuerte que todas ellas juntas. Me hago con el control de la bola de fuego y a través de la energía que mana de mi boca como un río furioso y salvaje, la devuelvo a su dueña. Eloísa y las suyas no pueden defenderse, ni hacer escudos, pues gastan toda su concentración en detener el fuego. No lo consiguen. Escucho un grito de dolor y rabia cerca de mí. Un guerrero gigantesco me ataca, me dura más que los otros pero acabo matándolo igualmente. Entonces otro guerrero, encapuchado, va a por mí. Es extraño, su manera de moverse me resulta familiar, es como si supiera quién es pero no consigo recordarlo. Me está atacando mientras lágrimas resbalan por su rostro y grita mi nombre como si no se creyera lo que acabo de hacer, preguntándome por qué acabo de matar a sus padres.

Es molesto.

Lo golpeo con mi espada hasta acabar con todas sus runas de defensa y abraso su corazón con una estocada.

Entonces me veo a mí misma reflejada en los charcos de sangre del suelo. Soy yo y no soy yo. Mis rasgos son los míos pero de algún modo también son inhumanos. Soy la Diosa. Y el joven guerrero, que ha muerto con un gesto de dolor y traición congelado para siempre en sus rasgos, es Víctor, mi amado.

Grito, grito horrorizada con todas mis fuerzas.

El suelo a mis pies está alfombrado de cadáveres.

Está Gema, están las demás chicas del internado, incluso la única que logró escapar de Eloísa aquella noche (no recuerdo cómo se llamaba).

Entonces recuerdo que no es la primera vez que tengo esta pesadilla, que es recurrente como el sueño donde veo a Gabriel durmiendo. Sin embargo, sí es la primera vez que me doy cuenta de que acabo de matar a mi esposo.

Y aunque desearía despertarme no lo hago. Parece que el haber pensado por un instante en Gabriel trae hacia mí el otro sueño.



Le veo dormir otra vez y, como las últimas, vuelve a despertarse. Sin embargo, en esta ocasión yo continúo dormida, me quedo a su lado mientras me habla.

—Tory, ¿estás bien? —me pregunta; suena preocupado.

—Sí, creo.

Se incorpora sentado en su cama y yo avanzo un paso hacia delante, curiosa.

—Esto no es realmente un sueño. Soy yo de verdad —me dice.

—No creo que puedas hacer magia con este plano. Eres un sueño.

—No, te marqué con unas runas para poder comunicarme contigo. Solo que es difícil y ha de ser mientras dormimos. Tu subconsciente está más receptivo y es más sencillo.

¿Me lo está diciendo en serio?

De repente me siento un poco menos sola. La sensación de horror de mi pesadilla anterior se diluye.

—¿De verdad eres tú?

—Sí. No te imaginas lo que me ha costado llegar a hablarte. Mi hermana lleva días rezando a mi lado para ello.

Sé que tiene un hermano, el cual trabaja de periodista. Lorenzo si mal no recuerdo. Sin embargo, nunca mencionó a ninguna hermana. Aunque considerando que solíamos charlar más sobre mí que sobre él, no debería molestarme.

—¿Tu hermana? —me extraño.

—Sí —me repite—. Es más pequeña que yo. Oye, ¿estás bien?

Borro todo rastro de irritación de mi voz y le contesto, tomándome su pregunta por un «¿cómo te va por aquí?» y no por si estoy ofendida porque nunca me hubiera hablado de ella antes. Pues, aunque me entran ganas de tomármelo como algo personal, prefiero no hacerlo. No puedo comportarme como una tonta con él que tanto me ha ayudado.

—Sí, sí. Creo que sé dónde está el báculo. Tengo que ayudar en un ataque a una isla y me llevarán. Eh, no sabes de qué te estoy hablando, ¿verdad?

—Tranquila, a veces la Diosa me manda visiones de lo que ves. Es poco a menudo y son confusas, pero con tus palabras creo que sé lo que me cuentas.

—¿Me ves?

—Las runas. Te vinculé a mí.

No sé cómo tomarme eso. Entonces siento como si fuera a cambiar de sueño.

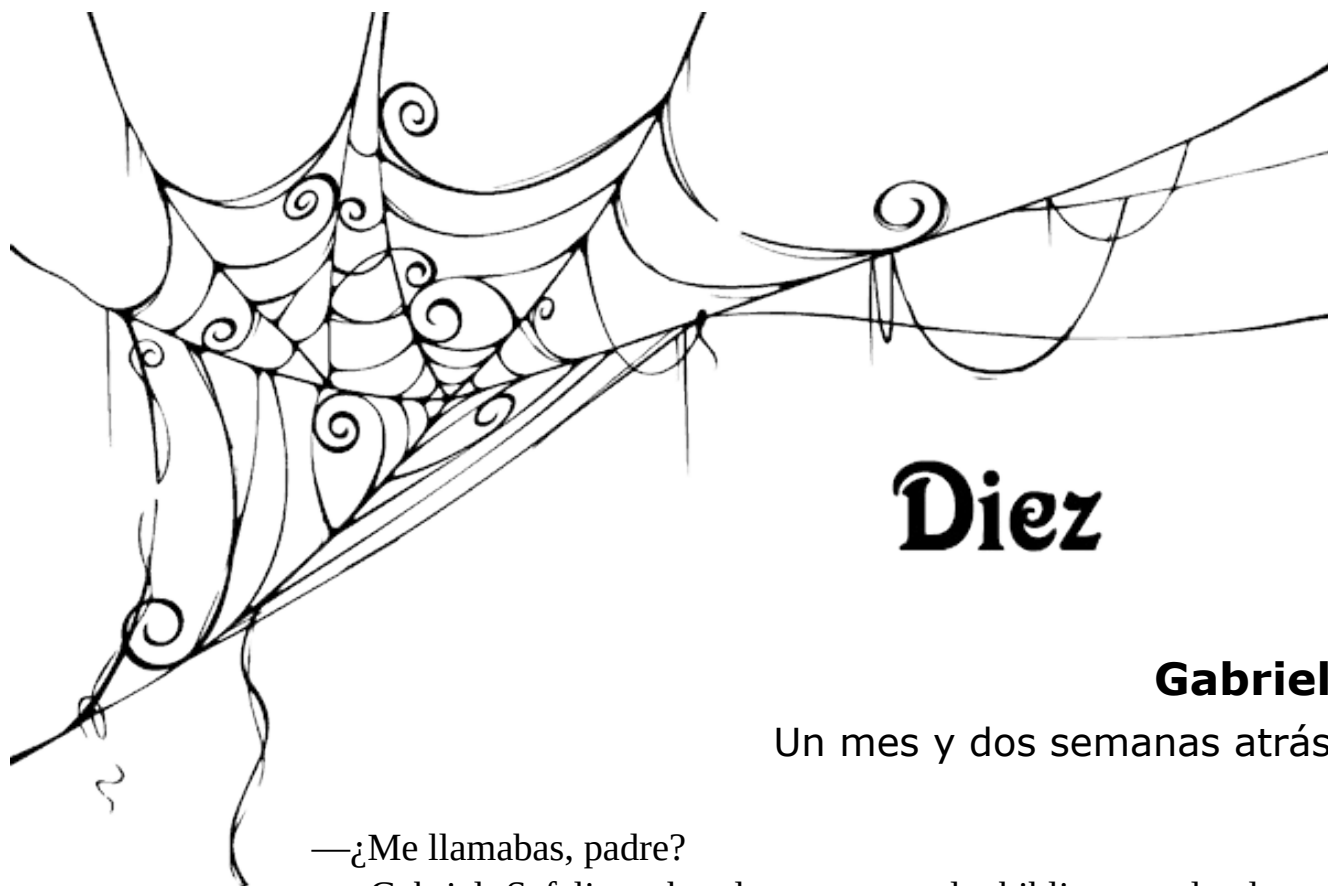
—¿Gabriel? —le pregunto.

No quiero que se vaya.

—Me cuesta mantener el contacto. Sé fuerte, Tory, lo estás haciendo muy bien. Sé fuerte.

De repente estoy sola en una llanura en vez de en su cuarto. Sus palabras me animan, igual que el hablar con él ha aliviado la soledad de estos dos meses. Sonrío y dejo que el nuevo sueño llegue. No sé si recordaré esto al despertar pero espero que sí, pues llevo haciéndolo todo el tiempo con los sueños recurrentes.

Antes de ponerme a perseguir cachorros de perro en la pradera, me pregunto si mi pesadilla con Víctor será profética. Pero no puedo volver a sentirme horrorizada pues soy un lobo y tengo que cazar cachorritos.



# Diez

**Gabriel**

Un mes y dos semanas atrás

—¿Me llamabas, padre?

Gabriel Sefeli acaba de entrar en la biblioteca, donde su progenitor está mirando una estantería repleta de tomos gruesos encuadernados en cuero. Lleva una copa de coñac en una mano, el cual se inclina peligrosamente dentro del cristal cuando Óscar se da la vuelta. Se nota que no está recuperado del todo pues el dolor en su brazo casi ha provocado que se manche la alfombra. Por otro lado, dos días después del funeral de su hijo mayor, ya no lleva vendajes. Sus huesos se han soldado pero lo que son las brutales quemaduras de tercer grado que sufrió todavía le dejan secuelas pese a la magia curativa que recibe a diario. Gabriel, que no es la primera vez que lo ve sin vendas, intenta no fijarse en su rostro. No es una imagen agradable. Esa misma mañana, su hermana su hermana ha recibido un castigo por quedárselo mirando horrorizada. Una sanadora no puede ser tan delicada. Por su parte, no piensa permitir que a él le ocurra lo mismo.

—Sí, Gabriel, te he llamado. Eloísa ha reclamado que te entreguemos y, aunque yo quiero retrasarlo todo lo posible, el consejo dice que lo hagamos ya. Dime, ¿tienes algo nuevo?

Gabriel no es ingenuo. Sabe que, desde que falló en su misión en el internado, su única baza es que Victoria consiga el báculo de la Diosa. Más aún: desde la explosión que asesinó a los suyos, está claro que aunque ha impedido que Víctor se vaya a obstaculizar la misión de Victoria, ha vuelto a fracasar al meter una trampa de ese engendro del mal en su casa. Porque sigue siendo su casa, no se han mudado. Residen en el mismo cuartel (una finca con extensos campos de trigo a unos cuarenta kilómetros de Huesca) y han reparado la habitación. Pero el daño a los suyos, a su familia y a las de los otros cazadores muertos... ese pende sobre su conciencia por

haberse dejado engañar por Eloísa. Sin embargo, no quiere morir. Y no solo porque su hermana o Tory le necesiten, sino porque es joven y la vida tiene todavía mucho que ofrecerle.

En cuanto a Victoria, ha estado reflexionando tras su conversación con Sara y lo cierto es que le gusta de verdad. No lo había planeado, más bien en un principio solo lo fingía para acercarse a ella. Pero la chica no solo es guapa y poderosa, sino también valiente, dulce y decidida. También cabezota, pero incluso eso no le desagrada tanto como lo haría si se tratara de otra persona. Como afirma su hermana, que la Diosa se reencarne en el cuerpo de Victoria sería un gran honor. No puede decírselo porque imagina que ella no querría, al fin y al cabo, ha sido educada como humana, sin saber nada ni de la Diosa ni de la magia. Tras pensarlo mucho, no tiene claro si la ha engañado para que vaya a por el báculo porque le desea lo mejor o porque encaja en sus planes. Cree que por las dos cosas pues lo que le ha dicho a Sara de que si la amara intentaría que viviera, que no tocara el báculo, es la pura verdad. Él se debe a la Diosa pero no es un santo como desearía: tiene deseos, es egoísta. No acabaría con la vida de Victoria si la amara, no aunque ello fuera lo mejor que a la chica le pudiera pasar. Eso le da la clave de que tan solo le gusta, nada más. Y le parece perfecto ayudarla y que coja el báculo pues así no se convertirá en una hechicera, en una enemiga a la que combatir, sino que recibirá a la Diosa en su seno. El mayor honor y privilegio que puede concebir. Pese a sus pecados egoístas, en algo sí sigue siendo un leal servidor de su Diosa: cree firmemente que es una pena que Su báculo esté tan solo destinado a las mujeres, porque él combatiría con quien hiciera falta para probarse digno de ser Su recipiente.

En cuanto al vínculo que Gabriel ha establecido con Victoria, está debilitado por la distancia. A veces le llegaban imágenes de lo que ella veía pero no eran muchas y estaban difuminadas. Pudo ver a los habitantes del plano, darse cuenta de que vivían en islas, supo incluso de las dificultades y el hambre que experimentó la joven los primeros días y también de cómo recuperó su aoma peleando. Intentó por todos los medios hablar con ella cuando dormía y lo había logrado hacía poco. Todo eso era interesante y valioso para el consejo de los cazadores, su órgano regente, pero no lo suficiente como para que se negaran a entregarle a la directora. Su padre se arriesgaría a una guerra abierta por él, no lo duda, pero no a desobedecer una orden del consejo. Por suerte, Gabriel tiene algo nuevo, algo que ha descubierto hace poco. Quería asegurarse antes de compartirlo pero ya no tiene tiempo. Así que suena confiado, mucho más de lo que lo está en realidad, cuando le contesta a su padre:

—Sí, lo tengo: hay un dios vivo y gobernado en ese plano.

Las feas cicatrices del rostro descarnado del señor Sefeli se tensan ante su gesto de sorpresa.

—¿Un dios? ¿Estás seguro?

—Sí —miente sin dudarlo.

Le habría gustado tener algo más de tiempo para acabar de asegurarse. No debería

arriesgarse con algo así que pondría en entredicho la posición de su familia si fuera falso. Pero no quiere morir. No quiere que su padre le dañe el cerebro para que no tenga ningún secreto que contar cuando Eloísa le torture. Y, además, tampoco quiere dejar solas ni a su hermana pequeña (Sara, con doce años, está asustada y muy afectada por la muerte de Lorenzo) ni a Victoria.

Su padre le sostiene durante unos minutos la mirada. Gabriel no sabría decir si es capaz de leer el farol, la apuesta por su vida. Pero, si es así, Óscar decide apoyarle.

—De acuerdo. Ahora mismo se lo voy a comunicar al consejo. Esto te vuelve sumamente valioso, hijo, bien hecho. Imagino que me dirán que siga dándole largas a Eloísa Niven. Tu nueva misión es averiguar todo sobre el dios a través de tu vínculo con la joven Escartín. ¿Qué puedes contarme por ahora?

Aliviado y agradecido por la aprobación paterna, Gabriel le relata todo lo que sabe:

—Al principio creí que los habitantes del plano no poseían magia. Sin embargo, rezan a menudo a sus antepasados y a su dios. Los niños son muy distintos a los adultos. Tienen un emperador que vive en un palacio lleno de tesoros. Allí es adónde va Victoria a buscar el báculo. Parece que el dios al que adoran es el emperador. Cuando me di cuenta de eso, no me fue difícil comprobar que las características físicas tan aptas para el combate de esa raza (su tamaño, su coraza protectora y su fuerza) son mayores en los sacerdotes, luego es el tipo de magia o poder que solo un dios verdadero te otorga a través de los rezos.

Esto último era su mayor farol. Lo imaginaba y estaba intentando comprobarlo. No se lo podía preguntar a Tory pues ella no sabía que la Diosa no era única, que había otros como Ella. Tampoco lo que la Diosa les contó durante las guerras, antes de morir, sobre esa batalla en otro mundo donde los suyos fueron apresados. Ella logró escapar pero no sabía si era la única. Les explicó también que, por el momento, la Tierra estaba lejos del alcance de esos demonios que pudieron con los suyos. Así como que pretendía hacerse fuerte gracias a los samuaes y su culto para, algún día, poder devolverlos al infierno del que nunca deberían haber salido.

Ese conocimiento era parte del dogma sagrado que se transmitía a todo samuae cuando se convertía en cazador. No podía contárselo a Tory pues esta había probado la magia oscura y era una hechicera. Cuando la Diosa la purificara ya no haría falta decirle nada, pues simplemente lo sabría.

—Muy bien, Gabriel —está diciéndole su padre—. Sigue así. Averigua todo lo que puedas e infórmame de inmediato. Esto lo cambia todo.

El joven asiente y se despide de su progenitor. Se va a ver a su hermana, a decirle que no le van a entregar, a animarla un poco. Su padre dijo que Sara debía especializarse en sanación, como su madre y su abuela, ya que la afinidad por ese tipo de magia es algo genético en la línea femenina de su familia. Considerando que a ella no le gustan ni la sangre ni las heridas, lo está pasando mal ayudando a curar a su padre. Sin embargo, no protesta. Aunque le gusta ser cazador, a veces Gabriel

desearía que Sara hubiera nacido en una familia humana y pudiera ser una chica normal. A diferencia de otras samuaes, ella no está hecha ni para la caza ni para la guerra.



# Once

**Gutiérrez**

Un mes y dos semanas atrás

Gutiérrez sale del bar zaragozano donde acababa de cenar un bocadillo y una cerveza. Camina unos pasos hasta la plaza San Miguel y desde allí comienza a bordear el río Huerva por la calle de Coimbra, que ni es muy ancha ni está bien iluminada. Pasan de las once de la noche y, de repente, una mujer que estaba mirando hacia el río, apoyada en la barandilla, se abalanza hacia él y lo tira al suelo.

Antes de que el antiguo policía pueda reaccionar se escucha un sonido de impacto contra el asfalto de la carretera, cerca de donde se encuentran ambos.

—¡Corre!, vámonos —le urge la mujer mientras se pone en pie.

Una segunda bala golpea la acera, en el bordillo. Uno de los fragmentos arrancados cae sobre una baldosa cercana a él y la fragmenta. Vuelan esquirlas, una de las cuales le hace un corte en la cara y otras le golpean en el hombro y brazo derechos.

Por el tamaño del impacto, con las losas del bordillo reventadas y la chapa de un coche llena de agujeros, Gutiérrez se da cuenta de que un francotirador debe de estar disparándoles. También de que ha tenido una suerte increíble de que no le haya dado ningún trozo del bordillo y, además, de que esa mujer le acaba de salvar la vida. Se levanta con rapidez y cruza la carretera siguiendo a la desconocida hasta un portal de viviendas cercano, del cual ella tiene la llave.

La mujer, por su parte, se felicita mentalmente tanto por el escudo con el que ha desviado la trayectoria de la segunda bala y evitado los impactos directos del bordillo reventado, como por la rápida convocación de una llave que abriera ese portal; todo ello sin que Francisco (pues ese es el nombre del antiguo agente) se diera cuenta. No ha habido un tercer disparo, ya que seguramente ese cazador se ha dado cuenta de

que Gutiérrez tiene ahora ayuda mágica.

Una vez a salvo dentro del portal, la mujer se gira hacia Francisco y le mira con fingida preocupación.

—¿Estás bien? —le pregunta.

—Sí. Muchas gracias. Un momento.

Saca su móvil y llama a la policía para avisar de lo sucedido. Ella le deja hacer sin comentar nada.

—Mientras esperamos a los coches patrulla, dime, ¿qué ha ocurrido? ¿Cómo sabías que me estaban disparando?

Ella le sonrío torva.

—Antes de que creas que vivo aquí y de algún modo extraño me di cuenta de que te iban a disparar y actué por instinto, olvídalos. Soy Catrina Woloshyn, una de las profesoras del instituto Broto. A mí no llegaste a entrevistarme, por eso no te sonaré. Bien, quiero que sepas que Óscar Sefeli está detrás de este intento de asesinato, ya que no te das por vencido y sigues buscando explicaciones a lo que no entiendes. Te quieren silenciado y fuera. Por suerte para ti, la directora desea ayudarte. Ve a verla.

Hace ademán de comenzar a moverse, hacia la puerta.

—Aguarda, tienes que esperar a que llegue la policía.

—¿En serio? —ironiza—. Toda tuya.

—Espera, el francotirador puede estar todavía en su puesto.

Va a agarrarla y sus dedos no logran sujetar el brazo femenino, más bien es como si chocaran contra algo en pleno aire. Sorprendido, la ve marcharse.

Ese caso que ya no es suyo está volviéndose cada vez más peligroso, extraño e inquietante.



—Usted dirá, señor Martínez —le dice Francisco, otra vez en su despacho.

Ha acudido allí tras recibir una llamada suya, justo al día siguiente de que el francotirador intentara matarle.

—Verás, desde que hablamos la última vez he estado dándole vueltas a lo que me contaste sobre que creías que les daban alucinógenos a las estudiantes y que mi hija no se suicidó. También a lo que me contó aquella chica, Gema, que no tiene sentido excepto si ella también hubiera estado drogada. Lo cierto es que yo nunca he creído que Paula fuera de carácter tan débil como para quitarse la vida; pero si estaba drogada, eso sería otro cantar. Bien, el caso es que no me quedé tranquilo. Mi hija tenía una compañera de cuarto, Kate Selman. Era inglesa. Contacté con sus padres. Me dijeron que no había nada raro en la muerte de su hija, que tanto ellos como ella eran perfectamente conscientes de los riesgos que conlleva el privilegio de estudiar en un internado Niven. No me quisieron contar más, solo que dejara el tema. Como



sé que usted ya no es policía, me gustaría contratarle para que averigüe qué sucedió realmente y qué le ocurrió a mi hija.

Gutiérrez le observa con atención. ¿Contratarle? El dinero le vendría muy bien, desde luego, pues la prestación por desempleo no le durará eternamente. No se esperaba que el señor Martínez tomara esa decisión, pero le ve convencido; así que asiente. El empresario saca su chequera de un cajón de su mesa, anota una cantidad, lo firma y se lo da.

—Esto ahora y el resto cuando me diga qué le ocurrió. Sé que la tarifa es más elevada que la que suelen cobrar los detectives privados, pero también que usted es el hombre más indicado para este caso, así como que no tiene nada de normal.

Gutiérrez, encantado con la generosidad de Martínez, coge el cheque y se lo guarda.

—¿Puede darme los datos de los padres de Kate? —le pregunta.

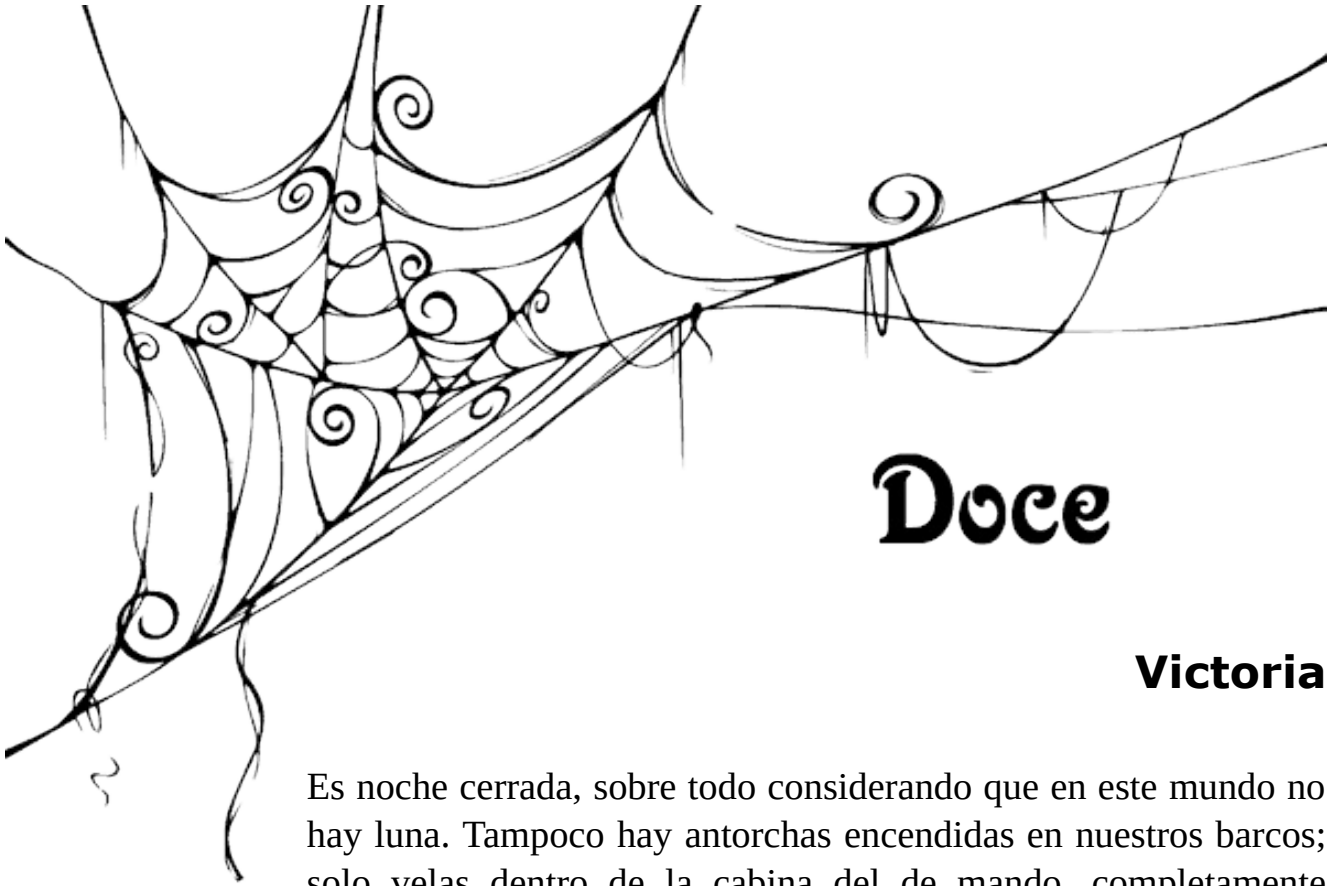
Llegó a hablar con el padre por teléfono en el transcurso de su investigación, pero el número se quedó en comisaría.

—Sí. —Busca en su iphone y le anota en un papel el teléfono y la dirección—. Aunque Kate es inglesa, su madre es alemana. Conoció al padre en un viaje a Cambridge y se mudó a vivir con él cuando se casaron.

—De acuerdo. Le iré informando de mis avances.

—Venga. Ten cuidado. —Le tiende la mano para despedirse.

Una vez fuera de su despacho, Gutiérrez se dirige a continuar su investigación con renovadas fuerzas.



## Doce

**Victoria**

Es noche cerrada, sobre todo considerando que en este mundo no hay luna. Tampoco hay antorchas encendidas en nuestros barcos; solo velas dentro de la cabina del de mando, completamente ocultas del exterior. El capitán tiene un cuenco de barro lleno de agua sobre el que flota una piedra de forma alargada. Considerando que se mueve apuntando en una dirección concreta, imagino que es una brújula. Por lo que les escucho comentar, sus enemigos no la conocen ya que es un nuevo descubrimiento. Por eso están convencidos de que, aunque se esperen el ataque, podrán pillarles por sorpresa. Sin antorchas, no nos verán hasta que no sea demasiado tarde. Como en efecto sucede.

El ruido de los remos es lo único que escucho conforme nos acercamos. Su pueblo costero, iluminado por los fuegos que tienen encendidos, está cada vez más cerca. Entonces uno de sus vigías nos descubre y da la voz de alarma. Puedo escuchar los gritos, no estamos tan lejos como para no hacerlo. En nuestra pequeña flota se da la orden de acelerar la marcha. Al poco, una ráfaga de flechas de fuego disparada desde diferentes puntos de la costa vuela hacia nosotros. No nos dan, no tienen tanto alcance. Pero caen en el agua que tenemos por delante y, en vez de apagarse, siguen ardiendo en esa sustancia oleaginosa que las impregnaba y que ahora flota sobre el mar en calma. De repente somos un blanco fácil pues pueden vernos mucho mejor. El rey no se refugia en la cabina pero, como todos los demás que no están a los remos, se cubre con un enorme escudo de madera. Yo no. Al fin y al cabo, estoy aquí para darles moral. Cuando llega la primera oleada de flechas de fuego, convoco un escudo de viento para protegerme. Un par de saetas rebotan contra este, golpeando el suelo a mi lado. La sustancia pringosa que las cubre prende la cubierta.

Si no fuera porque aquí mi poder es limitado, habría escudado el barco entero. O

todos los navíos, ya que estamos. Pero tengo que economizar mi magia: no puedo quedarme vacía pues en breve tendré que pelear en tierra. Por eso procuro no mirar hacia donde suenan los gritos de dolor. Por la disminución de nuestra velocidad, imagino que les habrán dado a varios de los remeros. El capitán grita la orden de que sigan remando con todas sus fuerzas. Los barcos están condenados y nuestra mejor baza es llegar a la cada vez más cercana orilla antes de que el fuego sea tan intenso que no podamos permanecer a bordo. De hecho, en uno de los barcos a mi derecha los tripulantes están tirándose al mar y, pese a que el agua debe de llegarles poco más arriba de las rodillas, avanzan nadando; imagino que para presentar un blanco menor a los arqueros. Excepto los desafortunados que tocan el pringue, pues esos comienzan a quemarse y no pueden apagar el fuego.

No me gusta ver el dolor ajeno, ni escucharles sufrir. No me gusta la lucha. Solo estoy aquí para recuperar el báculo. Me centro en eso y me preparo. Los disparos de arco se suceden un par de veces más hasta que mi barco llega tan cerca de la orilla que el rey da la orden de saltar al agua y atacar al poblado. Lo hago.

Un ejército ha formado en la orilla para recibirnos. Los arqueros disparan sus últimas flechas y se retiran detrás de una hilera de nativos armados con rudimentarias lanzas. Es la segunda vez que les veo usar armas. La primera fue cuando atacé a la reina. Corro hacia ellos en primera fila porque es lo que se espera de mí. Si no fuera porque sé que la magia me escuda, me vería incapaz de ir hacia el enemigo. De hecho, una parte de mí se pregunta qué narices estoy haciendo. Hace unos meses mi sinónimo de peligro era arriesgarme a probar una comida nueva con picante y ahora... ahora encabezo a un ejército de humanoides de piel acorazada que avanzan gritando el nombre de su rey. No nos tiran las lanzas. Si bien el fuego parece dañarles, imagino que el impacto de una lanza de madera endurecida poco haría contra su armadura natural. Una vez casi hemos llegado junto a ellos, nos atacan. Las lanzas se introducen en las articulaciones de la cadera de los guerreros aliados. En todas esas zonas la piel de los nativos es más blanda, para permitirles la movilidad. Atacarse por allí debe de ser costumbre, ya que estos también buscan con sus propias lanzas los puntos débiles de nuestros enemigos. Por mi parte, evito con mi escudo las puntas que buscan clavárseme y respondo colocando mis manos en sus cuerpos y dañándolos con pequeñas bolas de fuego, como he hecho hasta ahora. Un guerrero con mis habilidades podría usar el viento para ayudarse a saltar sobre los enemigos, lanzar pequeñas saetas de fuego contra sus ojos, danzar sobre ellos mientras corta con una espada envuelta en llamas. Me encantaría. Pero no lo soy. Al lado de alguien como Víctor parecería torpe y burda. Sin embargo, los nativos de este plano tampoco son precisamente gráciles y elegantes; así que logro destacar. Soy bruta y efectiva, como ellos, solo que mato más rápido y no me hieren. Por supuesto, pese a llevar días acumulando poder para esta batalla (desde que se planeó), pese a tener también la energía que ha almacenado el aoma, no podré seguir a este ritmo mucho más. La parte de mí que parece observarlo todo de manera objetiva, como desde afuera, esa

que me da órdenes y dice cómo continuar, se da cuenta de que estamos ganando la pelea pero que no va a ser tan rápido como me gustaría. Acabo con mi quinto contrincante (sin matarlo, como hacía en las arenas) y busco un modo de ponerme a salvo pues no quiero acabar muerta. Veo un hueco hacia la aldea, donde quizás podría ponerme un rato a resguardo, lejos de la lucha, hasta que esta casi haya acabado y entonces reaparecer ayudando. No me lo pienso dos veces y corro. Me separo de mis aliados, quienes piensan que me guía el ardor de la batalla y corean el sobrenombre que me han puesto.

Gwelenkta.

Como si yo fuera una guerrera legendaria...

Me siento un poco mal por no sacarles de su error y por dejarlos solos. Pero sin magia soy chica muerta. Por desgracia, antes de poder ponerme a salvo me rodean tres de mis enemigos, uno de ellos de mayor tamaño que el resto, y tengo que usar todo lo que me queda para intentar salvarme.

Buscando desmoralizarlos, corro hacia el de mayor tamaño y coloco mi mano sobre la coraza que cubre uno de sus dos corazones. Convoco y emito dardos de fuego para resquebrajarla. Pero no funciona. El hechizo me ha salido bien pero no parece haber surtido efecto. Entonces salgo despedida hacia detrás. Mi escudo me ha librado del golpe que su puño acaba de darme, pero salgo impulsada hacia el suelo de todas maneras. Evito magullarme gracias a que cambio el escudo por un súbito colchó de viento que me recoge y deja en el suelo con facilidad. Rehago el escudo justo a tiempo, pues los tres ya están sobre mí golpeándome. Gasto casi todas mis fuerzas y las del aoma en protegerme, en que no se rompa el escudo. Entonces me doy cuenta de que no debería haberme separado de los aliados, de que voy a morir salvo que reciba una ayuda milagrosa. Como la de Víctor en el examen quitándome de encima al primer demonio, o como la del encapuchado que deseo con todas mis fuerzas que sea él. Y como si mi desesperación lo hubiera convocado, un halcón va a por los ojos del más grande de mis atacantes. Aprovecho su ayuda para lanzar una bola de fuego contra el punto en su coraza que antes no he logrado resquebrajar. Ahora sí. Y mientras Bella (pues tiene que ser Bella) lo deja para ir a estorbar a los otros dos enemigos, el encapuchado aparece y comienza a atacarles con su espada. Una espada que parece más dura que esos caparazones pues consigue penetrarlos. Gasto mi última magia en una saeta de fuego que va directa al agujero en la coraza del de mayor tamaño. Al tiempo que le impacta, Víctor saca el filo de su cuerpo y se coloca raudo entre los otros dos enemigos y yo. Me grita que me cubra al tiempo que les ataca. No puedo, no me queda energía. Además, me resulta fascinante verle esquivar los torpes puños enemigos al tiempo que se mueve con esa gracia letal que yo no poseo. Llegan tres brutos más para ayudar al par que él ya casi ha reducido en breves segundos y Víctor pelea también contra ellos, como si no le costara esfuerzo. Sé que es estúpido por mi parte no correr buscando un refugio, pero no puedo evitar quedarme mirándolo embobada mientras mi corazón late por él. Porque sé que es él,

mi Víctor. No solo he reconocido su voz aunque él la haya intentado modificar sino que ese halcón es Bella. Había leído que un Astaquin se puede hermanar con un animal para el combate pero una cosa es saberlo y otro verlo. Parecen como dos seres unidos por una única voluntad, con Víctor atravesando con limpieza sus corazones mientras Bella los distrae. Entonces, varios guerreros aliados junto con el rey llegan a mi lado. Me giro y miro a mi alrededor. El combate, tan brutal como rápido, parece haber llegado a su fin.

El rey me dice algo, gwelenkta, creo. Pero yo solo tengo ojos para mi amado.

—¡Víctor! —le llamo.

Sin embargo, él se limita a dirigirme una sonrisa que apenas veo a causa de su capucha y se va. Tan rápido como vino a salvarme da media vuelta y desaparece. El rey me reclama, así que dejo de mirar a donde mi esposo ya no está.

—Gwelenkta —exclama y sus hombres le corean.

No me siento una campeona que vaya por allí derrotando a reyes. Ni una gran guerrera. Más bien una timadora. Entiendo del todo que las hechiceras peleen con magia en retaguardia mientras son sus guerreros los que se enfrentan cuerpo a cuerpo. Esto, combatir en primera línea, ha sido aterrador. Ahora que la adrenalina me abandona me siento cansada, agotada. Me entran ganas de derrumbarme y sentarme en el suelo. Pero no puedo. El rey quiere su numerito. Así que alzo las manos sobre mi cabeza y recibo sus aclamaciones. Seré pues su heroína de guerra si lo desean. Tras de mí, aclaman a su soberano. A causa de que hay que ir a tomar el pueblo costero, el cual ya no tienen ejército que lo defienda, no consigo escabullirme para acostarme hasta varias horas después. Cuando me duermo estoy tan cansada que no tengo ni pesadillas ni sueños con Gabriel. Abrazo el descanso y el olvido, deseo con todas mis fuerzas no tener que participar nunca más en una carnicería.

La guerra es absurda. La violencia inútil. Mi último pensamiento antes de caer dormida es si los cazadores se habrán dado cuenta de que están buscando la paz a través de la guerra.



# Trece

**Eloísa**

Un mes y dos semanas atrás

Eloísa ha vuelto a casa. A su castillo amurallado en el plano donde los suyos fueron desterrados para morir, un mundo duro que aprendieron a dominar y donde se hicieron más fuertes que nunca. Mientras pasea por las murallas exteriores mira hacia abajo. Hay bosque y un lago. Hace más de tres décadas que quedó todo devastado por el último ataque, por ello, los árboles no son muy altos. Los ashlae, como siempre, resistieron y, además, ganaron. Por eso llevan años mandando exploradores a la puerta, para saber de sus enemigos. La gente de la ciudad que se erige dentro de los muros reconoce su vestido negro y la mira con respeto. Ella ha reclamado ese color para sí a modo de estandarte. Lo lleva su bandera, lo viste su esposo y lo hará su hijo cuando lidere sus ejércitos. Y, cómo no, lo lleva Eloísa. Quiere que la distingan incluso de lejos, que en batalla siempre tengan claro dónde se encuentran sus líderes. Su séquito de hechiceras, en rituales, celebraciones y en combate, viste el rojo.

Habiendo vuelto a casa desde hace unos minutos, ha deseado dar ese paseo. Sabe que es bueno dejarse ver por su pueblo cuando abandona la Tierra y el internado, que sube su moral. No obstante, este viaje no es solo para eso sino también por un motivo muy importante: ha pedido a otras tres matronas, las más afines a su modo de pensar, aquellas de quien está más segura que podría llamar aliadas, que acudan a verla. En estos momentos, están esperándola en su salón del trono. Décadas atrás, cuando ella se casó con su esposo, viajó por primera vez al plano y vio el castillo y dicho salón, pensó que era muy medieval y anticuado. Después se dio cuenta de que necesitaban la fortificación para defenderse y que, en cuanto al trono, era necesario como símbolo de la autoridad de la matrona (en esos días la madre de su esposo). En sus habitaciones tiene una estancia menos ostentosa, más íntima. Podría recibir allí a sus

futuras aliadas pero prefiere hacerlo sentada en el trono para dejar claro que, aunque todas sean regentes de su propia casa, ella es la que propone la unión y, por lo tanto, si la aceptan están bajo su mando.

Por supuesto, nunca lo diría directamente. Una matrona solo juraría servir a una reina. Bien, si sus planes funcionaban, eso tendría fácil remedio.

Acaba su paseo por las murallas exteriores y entra al castillo. Dos guardias, que la están aguardando, la escoltan hasta el salón y la siguen hasta que ella se sienta en el trono. Entonces, se colocan a ambos lados. Eloísa observa tanto la espaciosa estancia construida en piedra y decorada con suntuosos tapices y alfombras, como a sus invitadas. Estas visten los mismos trajes medievales que decoran las paredes de su ala en el internado Broto. El de Eloísa es negro, con un precioso cinto decorado con rubíes. Los de las otras tres mujeres son blanco, verde y azul oscuro. Como Eloísa, su parte superior es un corpiño ceñido y con motivos de encaje cubriendo su escote y cuello. Una de ellas, la dama de verde, lleva un aoma luciendo en su pecho. Eloísa también lleva el suyo, violeta.

—Os estaréis preguntando por que os he reunido aquí —les dice su anfitriona tras los saludos y que sus sirvientes les lleven sillas tapizadas para que puedan sentarse. El trono de Eloísa, sin embargo, está hecho de hierro y no tiene ni un cojín para hacerlo menos incómodo—. Qué es tan importante que deseo contároslo en persona. Pues bien —continúa ante los cabeceos afirmativos de las otras matronas—, el motivo es la mayor amenaza a nuestra raza que hemos tenido en siglos. Sabéis que mi hijo se casó con la estudiante Escartín y que un cazador la engañó para ir a buscar el báculo de esa diosa. Eso en sí no es ninguna amenaza, ya que he mandado a Víctor para matarla antes de que pueda tocarlo. Sin embargo, mi hijo me ha informado de la presencia de un dios en ese plano. Parece que la diosa samuae le mandó el báculo y no fue algo al azar como habíamos dado por hecho.

Sus manos están apoyadas en los reposabrazos de acero macizo de su trono. El hierro es un metal escaso en ese planeta y, por ello, hasta que no aprendieron a abrir portales era también un sinónimo de poder y estatus; por eso las matronas no desean otro material para su trono. Lo de no intentar mitigar su incomodidad con telas o cojines, es cosa de Eloísa, quien desea dejar claro que es fuerte. Siempre ha pretendido llegar lejos y se ha preocupado de labrarse cierta fama incluso entre las casas rivales. En esos momentos, Eloísa observa en silencio cómo se toman sus invitadas la noticia. Parece que no muy bien. Justo como esperaba. Como ninguna le pregunta nada pues están aguardando a tener más datos, continúa contándoles:

—Que haya otro de esos seres que los cazadores llaman dioses es un peligro. Primero porque en cuanto descubra que Victoria está buscando el báculo es probable que se lo entregue para reencarnar a una de los suyos. Sabemos quiénes buscan a los dioses y, aunque sean también nuestros enemigos, es imposible hacer una alianza con quien no atiende a razones. Por eso no podemos permitir que la diosa cazadora se reencarne. Ella quería y quiere nuestra destrucción o algo peor. Ya conocéis las

sospechas de nuestras antepasadas de por qué nos desterró precisamente a este plano.

Sus invitadas asienten. Sus rostros están serios pues son conscientes de la gravedad de la situación.

—No me gustaría que tuviéramos que enfrentarnos a los samuae apoyados por dos deidades y los guerreros de otro plano. Hay que impedirlo. Por eso os pido que os unáis a mí y que me entreguéis un Astaquin. Sé que tenemos pocos y que cada matrona atesoramos a nuestros guerreros como al mayor de los tesoros, sean hijos nuestros o de aquellas que nos sirven. Nuestra raza siempre ha sido poco fértil, es un hecho. Los samuae lograron mejorar su número de nacimientos gracias a que rezar no parece tener el mismo precio que usar la propia magia. Sin embargo, ahora la situación es crítica. Quiero mandar un escuadrón de apoyo a mi hijo con vuestros tres Astaquin y tres de mis mejores guerreros. Quiero asegurarme de que la diosa no renazca.

—Nuestros Astaquin son pocos pero cada uno de ellos vale por cientos de soldados sin magia —interviene la matrona del vestido verde. Por su rostro, surcado por profundas arrugas, ha vivido bastantes más décadas que Eloísa—. Entiendo el peligro, pero no veo recompensa que justifique el riesgo. En tu caso, sin embargo, sí; pues el honor de tu casa está en entredicho.

No necesita decir más. Todas saben que si la esposa de Víctor se convierte en la diosa cazadora, la casa Niven caerá en la deshonra.

—Pese a todo, me darás un Astaquin. Conoces qué tipo de gemas hay engarzadas en el báculo. Os daré una por cabeza.

—Solo una reina puede desmontar ese báculo.

—Así es, Maika, solo una reina. Han pasado milenios. Ya va siendo hora de que volvamos a tener una.

La matrona de verde la mira con sorpresa. Sabe ocultar sus emociones pero el dato de que Eloísa afirma tener el suficiente poder como para poder ser su reina es algo que no se esperaba. Nadie ha sido capaz desde las guerras. La certeza de que intentarlo y no conseguirlo es acabar con tu alma torturada por el poder más oscuro y salvaje durante eones no ha impedido que algunas lo pretendieran en el pasado. Maika sabe que Eloísa no es una necia, que solo intentará pasar la prueba si de verdad cree que puede lograrlo. Mira a las otras dos matronas, calculadora. Estas a su vez buscan sus ojos, intentando averiguar qué piensa hacer la hechicera de más edad de las tres. La edad, en las suyas, aumenta el poder. Y, por supuesto, la sabiduría asociada a quien ha vivido y visto más décadas. Maika asiente con levedad y ellas aceptan su decisión.

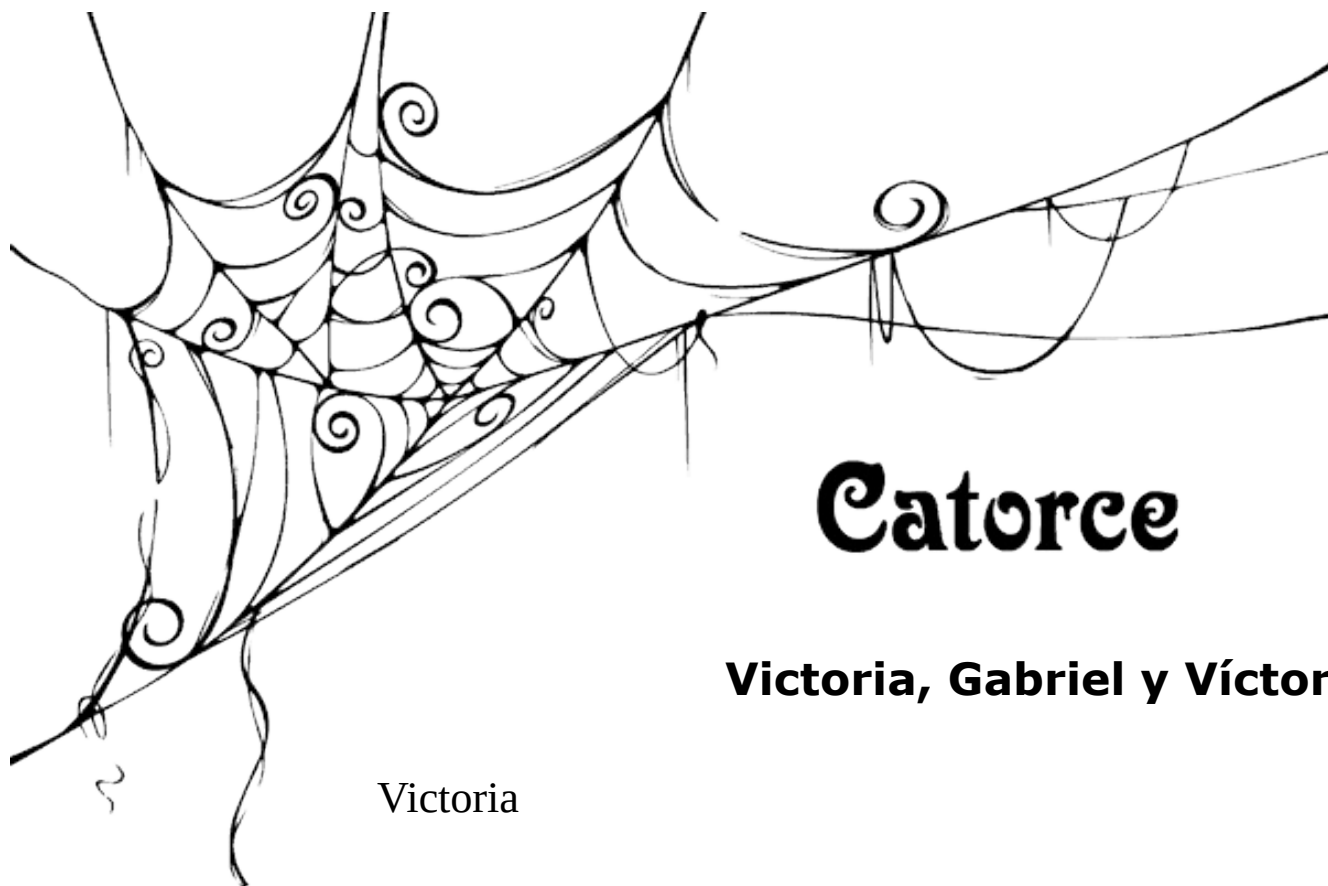
—Muy bien, Eloísa. Te daremos a nuestros Astaquin para esa misión. Después, cuando seas reina, tendrás nuestro juramento de lealtad.

—Se avecinan tiempos de guerra, queridas hermanas. Con vuestro apoyo, yo haré que sean gloriosos.

Se pone en pie para dar más énfasis a sus palabras. Su aoma violeta refulge y una



oleada de poder en bruto sale disparado hacia las matronas como una onda de choque. Estas, al recibirlo, inclinan sus cabezas con respeto. Eloísa no les ha mostrado un nivel de energía suficiente para ser reina pero sin duda muy superior al de cada una de las tres. La conocen. Tendrá en marcha varios planes para aumentarlo y no dudan de que, si acaba de hacer sus intenciones públicas, es porque puede lograrlo.



# Catorce

**Victoria, Gabriel y Víctor**

Victoria

—Aquí se separa nuestro camino. Que el dios y tus ancestros te sean propicios, gwelenkta —me dice la consejera del rey, quien me ha acompañado en mi camino hacia la isla del emperador.

El viaje ha sido largo para los estándares de aquí: diez días. Una lucecita nos seguía a veces en la distancia y yo deseaba que fuera Víctor. El mismo rey nos ha dejado su barco y he podido dormir en el camarote. Como el sistema de alianzas entre los líderes de las islas es extraño, tan solo hemos podido parar un par de veces a repostar en todo el viaje. La consejera, cuyo nombre voy a traducir como Hueso, hablaba con frecuencia conmigo y eso ha mejorado mi conocimiento de su idioma. De hecho, hace poco no habría podido entender del todo su «aquí se separa nuestro camino. Que el dios y tus ancestros te sean propicios» y ella me habría tenido que decir más bien algo como «ahora, aquí nos despedimos. Suerte». Todavía tiene que hablarme con frases sencillas, pero empiezo a entender algunas de las subordinadas y capto más que palabras sueltas de las conversaciones de los remeros. Eso me hace sentirme satisfecha. Aprender idiomas me resulta más familiar que hacer magia o ser una guerrera. Me hace sentirme cómoda, como si en parte volviera a mi rutina de estudiante. Muchas veces, durante el viaje, Hueso me ha comentado que el principal motivo por el cual ningún rival de su rey nos ha atacado (aparte de porque sería una declaración de guerra) es por mi presencia. Soy la gwelenkta. La voz se ha corrido y por lo visto inspiro una especie de terror respetuoso.

Absurdo.

O no si pienso que soy capaz de hacer magia.

A veces me he sentido tentada de confesárselo a Hueso pero no lo he hecho al no saber si se ofendería. Su sentido del honor es muy fuerte y no querría que me viera como a una tramposa.

En todo caso, cuando ella se despide yo hago lo mismo. Nos agarramos los antebrazos en su saludo tradicional y salto al agua. Nadie corea mi nombre como han hecho otras veces, pues se trata de ser silencioso. De hecho, es de noche. Por suerte, el rey le prestó la brújula a su consejera.

El emperador gobierna sobre todas las islas, luego en un principio Hueso podría haber atracado su barco tranquilamente en una de las playas, sin subterfugios. De hecho, era su idea inicial. Por supuesto le pedí que no lo hiciera y que me desembarcara a escondidas. No puedo explicarle que pretendo robar a su líder supremo y, sin duda, a ella le pareció extraño. Me intentó hacer ver que, aunque la isla del emperador es sagrada, todos sus súbditos son bienvenidos. Tuve que pedirle que me hiciera caso, que confiara en mí. Nos hemos hecho amigas, al menos lo que nuestras culturas diferentes nos lo permiten. Por eso, y porque al fin y al cabo yo he cumplido mi parte del trato, Hueso accedió.

Ahora estoy con el agua por los muslos. La marea está baja. Aunque me encuentro lejos de la isla, tengo una hora y media por delante para llegar a la zona donde el mar se ha retirado y atravesar esa enorme explanada llena tanto de las algas de aquí como de lo que sería el equivalente a nuestros cangrejos, estrellas de mar y otros animales marinos que se han quedado en la arena o en los charcos de agua. Ninguno peligroso, por cierto. Serían más peligrosas las rocas que hay en la zona a la que me dirijo, pero llevo bien atadas sendas sandalias de cuero (ellos no las necesitan por su dura piel pero los niños, que la tienen más delicada, sí. Yo tengo el pie más o menos del tamaño del de uno de cinco años). Hay un momento, una vez en la orilla, rocosa y con vegetación colgando hacia lo que es el agua con la marea alta, en el cual me resbalo. Mis reflejos, mejorados por mi estancia en este plano, hacen que lance un escudo sin pensar y no me hago daño al caer contra las piedras, algunas con cantos afilados. Confiando en no haber llamado la atención de nadie con el ruido, acabo de subir a las rocas de arriba. La falta de luz, desde luego, mucho no ayuda; sin embargo, ya me he acostumbrado este cielo estrellado y carente de luna. Quizás eso, junto con el sol tan alejado, sea lo que me dificulta tanto absorber energía; no lo sé. Y, desde luego, no pienso volver al internado para preguntárselo a ninguna profesora.

Víctor... Rescatarlo, sacarle de allí, volverle bueno. Esos son mis objetivos. Me dejo de cábalas inútiles y me abro paso por la vegetación. Subir a un árbol, como hizo el hijo de la consejera, me parece una buena idea. La sigo y, de rama en rama, busco la copa más alta. Utilizo la magia, bastante de hecho, de acuerdo. Pero no pretendo ir hoy a por el báculo sino realizar una exploración del terreno y trazar un plan. Ya me han dicho que esta es la isla más grande de todas y que el palacio del emperador está en lo alto de una gran montaña. Eso, una elevación del terreno, es algo raro por aquí, algo que no he visto en ninguna otra isla. En todo caso, desde la altura veo las luces

alejadas de dos ciudades costeras. También la famosa montaña que yo diría que no es más que una colina. Llamaría a Hueso exagerada, pero imagino que para ellos, acostumbrados a tanto horizonte plano, esa colina es algo asombroso. Y sí, veo el palacio sobre esta, cerca de un río. Es de un blanco impoluto. Considerando que hasta ahora solo he visto casas de madera, no me extraña que hablen del palacio blanco con reverencia. Los árboles, que cubren la isla y la base de la colina, desaparecen de repente conforme avanza su ladera. Imagino que talados. El palacio parece una enorme construcción de piedra. Es piramidal y en su cima, asentado con ambos pies y una espada en los tres lados que forman el vértice superior del tetraedro, hay lo que parece una estatua. Imagino que del emperador, pero no puedo distinguirlo desde aquí. Sé que hay hechizos para aumentar el rango de visión, pues lo he leído. Lo que no recuerdo es si son propios de la magia Astaquin de combate o también pueden ser usados por hechiceras y, desde luego, no tengo ni idea de cómo se lanzan.

En la ladera de la colina que se extiende entre el súbito final de los árboles y el palacio, hay otra construcción. Es grande, o no distinguiría desde aquí su forma triangular. Yo diría que también está hecha de piedra, negra en este caso. Me pregunto para qué la usarán.

Me quedo unos minutos contemplando el paisaje y trazo una ruta mental para colarme en el palacio. Una pena que desde aquí no pueda ver a los guardias que sin duda lo patrullan. Después, bajo hasta una altura media, busco una rama ancha y convoco tanto una cuerda como uno de esos fardos de tela que usan a modo de almohada los de por aquí. Alimentos no, que Hueso me ha dado una mochila repleta. Como algo, me ato para no caerme en sueños y cierro los ojos. Unas cuantas horas de descanso repondrán parte de la energía gastada. Sonrío.

Una vez me duermo, vuelvo a ver a Gabriel, quien otra vez tiene palabras de ánimo para mí. De verdad que se las agradezco. Pero no me deja hablar mucho ya que, de modo precipitado, como si temiera que nuestra conexión pudiera romperse de manera tan súbita como suele hacerlo, me corta y me pregunta por el emperador. Imagino que para él es importante. También quiere saber algo extraño: si la fuerza física de los nativos tiene que ver con el tamaño del altar a su dios. No sé qué decirle, pues no me he fijado en eso. Lo que sí le puedo contar es lo de aquel guerrero tan resistente, el que necesitó dos quemaduras para quebrar su coraza. Parece interesarle. En todo caso, mi sonrisa se corta cuando vuelvo a ver experimentar la pesadilla donde mato a Víctor con mis propias manos. Esta vez es peor, pues no siento horror al ver sus rasgos muertos y reconocerle sino deleite. Me gusta. Me despierto sobresaltada. No me incorporo de manera tan súbita como para caerme gracias a la cuerda. La sensación de placer al segar su vida y la de su familia sigue allí. Ahora sí que me asqueo horrorizada.



A la mañana siguiente, con el sol brillando a un cuarto de su recorrido diario por el cielo, me pongo en marcha. Como he visto un camino que une uno de los pueblos con el pie de la colina, voy por los árboles hasta llegar a este. No quiero encontrarme con nadie pero tampoco agotar toda mi magia trepando y saltando. Por eso, cuando desde lo alto de mi último árbol veo el camino desierto, bajo y comienzo a avanzar por este. Yo, como Víctor (estoy segura de que es él, lo cual hace que mi corazón se acelere cada vez que lo pienso. ¡Si casi lo mato y, aun así, me sigue ayudando!), me he hecho con una capa con capucha. Se la pedí a Hueso, por si tenía que pasar desapercibida; aunque tuve que explicarle qué es y cómo cortar la tela para coserla. En todo caso, como soy pequeña, con unas hombreras que he improvisado, espero poder pasar por un niño. Claro que ni estos llevan más ropas que las típicas faldas ni suelen alejarse demasiado de sus mayores, pero es el mejor disfraz que tengo. Desde luego, mejor que dejar que vean que no soy de su mundo. Así pues, con mi nueva capucha puesta paseo durante horas, en las cuales me voy llenando de la lejana energía del sol y de la escasa que puedo tomar de las plantas de este plano. Cuando escucho pasos o voces, me aparto para esconderme entre los árboles que rodean el camino. Después, una vez se han alejado, vuelvo otra vez. El camino es bastante amplio, permite el paso de los animales de carga que utilizan por aquí, una especie de cruce entre toro, escorpión y algo blandito en su tórax que no sabría definir; quizás medusa. Las altas y frondosas ramas hacen que sea un paseo umbrío. Los rayos de sol que logran colarse arrancan extraños brillos a las lianas que cuelgan. Una especie de pájaros prensiles o monos voladores salta y juega sobre mi cabeza. Sería muy bucólico sino fuera porque uno de ellos, de mayor tamaño, intentó agarrarme. No me fue difícil disuadirlo con un golpe de viento. Fuego no, no pienso arriesgarme a provocar un incendio. Al cabo de unas cuantas horas, llego al pie de la colina. El camino continúa igual, ni siquiera se bifurca, así que lo sigo. Cuando doblo el último recodo veo una recta ante mí, el brusco fin de la vegetación y sendos guardias armados con lanzas que me miran. Si echo a correr llamaré su atención; así que, mortificada porque me han visto, decido fingir normalidad, que solo soy un niño. Con el corazón pulsando con fuerza en mi pecho y mis músculos tensos por el peligro, avanzo hasta que una lanza me bloquea el paso. Me detengo y elevo la vista (pues hasta entonces iba mirando el suelo, para dificultar que pudieran ver mi rostro cubierto por las sombras de la capucha). Uno de los dos guardias me está dando el alto. Quiere saber qué hago sola y con esas ropas extrañas. O al menos es lo que desea hasta que se da cuenta de que no soy uno de los suyos. De inmediato, me apunta con la lanza al cuello y me ordena que me tumbe. Eso, el tumbarse boca arriba, es su versión de nuestro «manos arriba».

Por supuesto, no le hago caso y busco su costado para detener uno de sus corazones. El otro guardia reacciona de inmediato y da la voz de alarma. Consigo acabar con su compañero justo antes de activar un escudo para defenderme de sus golpes. Gracias a las arenas, soy una experta en este tipo de lucha. Acabo con el segundo guardia con las mismas dos bolas de fuego que he usado tantas veces.

Después, echo a correr hacia los árboles, ya que intentar ir hacia el palacio sería suicida. Pero llega la guardia respondiendo a la voz de alarma, diez soldados que me han visto escabullirme y me buscan. No les resulta difícil descubrirme encaramada a un árbol. Entonces, una flecha capaz de penetrar su coraza se clava en el corazón de uno de ellos. El soldado se derrumba sobre el mantillo vegetal y la maleza que alfombran del suelo. Han sido una gran puntería y un asta reforzada con runas, estoy segura. Mi corazón se acelera de un modo distinto a cuando bombea adrenalina en la batalla. Es él, es Víctor. Intento verlo pero los tres soldados que están trepando por el tronco del árbol en el que me encuentro son un problema más acuciante. Gastando energía para ayudarme con una ráfaga de viento, salto a otro. Un par de lanzas pasan tan cerca de mí que las escucho silbar. Siento miedo pero también esa sensación de verlo todo desde fuera a la que empiezo a acostumbrarme. E incluso me gusta. Soy más ágil y fuerte que nunca pues estoy haciendo mucho deporte. Sigo siendo una chica humana (o samuae, según me dijeron) pero recurrir a la magia hace que el viento me impulse y me escude. Salto como nunca en mi vida he soñado poder hacerlo ni en mis deseos más salvajes. Esquivo sus lanzas, corro, me agarro a lianas y, cuando veo que no me los despego, así como que Víctor ha neutralizado a dos más, bajo al suelo un salto que me deja ebria tanto por la sensación de caída como por la cantidad de poder utilizado en el viento que he convocado para que la acolche, como una brutal ráfaga surgiendo del suelo hacia mis pies. Es increíble. Estoy vacía y al aoma no le queda demasiado pero me da igual. Salto hacia el sorprendido guerrero de mi derecha y resquebrajo su coraza. Cuando le voy a aplicar una segunda bola de fuego, uno de sus compañeros se abalanza sobre mí, lo esquivo. Otro cae por una flecha bien dirigida de Víctor. Entonces remato al guerrero y me doy cuenta de que al aoma no le queda casi nada. Debería sentir miedo pero me da igual. Me gusta el poder que me da la magia, me encanta sentirme así. Me recuerda a mis días más «oscuros» en el internado, previos al suicidio de Paula. Eso me frena, es como una bofetada de realidad.

¿Qué estoy haciendo? ¿Otra vez me creo superior por poder hacer magia?

Olvido la batalla y utilizo lo que le queda al aoma en un escudo que me proteja mientras echo a correr buscando el sendero, ya que la maleza entre los árboles es densa y ya no puedo trepar, no sin energía. Uno más de los soldados cae por las flechas de Víctor. Entonces mi escudo deja de poder protegerme y me raspo con los arbustos. Una mano enorme y dura me agarra el brazo. Duele, lo magulla, me tira hacia atrás.

Escucho el chillido de un halcón acercándose. Imagino que Víctor también habrá abandonado su puesto de francotirador y sacado la espada.

Da igual, llegarán tarde.

Entonces el guardia me inmoviliza apretándome contra él y me dice en voz elevada:

—No peles, eres bienvenida. El emperador es benigno y te dará lo que deseas.

Sorprendida, dejo de patear para intentar soltarme.

Víctor debe de haberlo escuchado también, o lo ha visto por los ojos de Bella. El chillido del halcón se aleja y desaparece. No hay más flechas ni un intento a espada de salvarme. Llegan corriendo más guardias. ¿Acaso Víctor los vio desde arriba y, al darse cuenta de que no pretenden matarme, se retira por la superioridad numérica?

No lo sé, son solo ideas que me manda esa parte disociada de mí, esa más guerrera y decidida.

El guerrero me suelta y yo me froto el brazo magullado. Duele.

—¿Nos sigues, gwelenkta? —me pregunta.

Puedo ver en sus ojos que se enorgullece de haber vencido a una leyenda.

—Os sigo.

No es que tenga muchas más opciones y, desde luego, si de verdad su emperador sabe lo que busco y quiere dárme lo es porque espera sacar algo a cambio. ¿Quizás sabe de mi plano y pretende forjar una alianza?

En todo caso, imagino que mis palabras ante la reina que tenía mi aoma deben de haberle llegado, igual que la batalla en aquella isla, sin duda hinchada por cada nueva boca que la relata. Lo que ya no sé es si, suponiendo que sepa que quiero el báculo, si tiene idea de qué es y de dónde viene.

Les sigo. Avanzamos por el camino cerca de una hora hasta llegar a las puertas amuralladas del palacio.



## Gabriel

A través de los ojos de Victoria, mientras esta camina escoltada por los guardias colina arriba hacia el palacio, Gabriel ve unas piedras antiguas. Están hechas de un mineral oscuro que irradia luz rojiza. Nota la curiosidad de Victoria y cómo le gustaría poder pararse para observarlo. Pero los soldados le indican que el emperador la está esperando. La joven se encoge de hombros y pronto olvida ese brillo rojizo. Gabriel no. Sabe que se trata de un elemento radiactivo de la tabla periódica que en la Tierra aún no ha sido descubierto. Los suyos lo conocen, su padre le enseñó fotos de lo que hay en la cara oculta de la Luna.

—Veo una puerta como la que trajo a nuestra Diosa a la Luna milenios atrás — dice en voz alta.

Óscar Sefeli no parece sorprendido. Le pide que la describa tan solo para asegurarse.

Su familia está a su alrededor, apoyándole. Llevan horas rezando sin parar para que la Diosa le dé más poder y pueda comunicarse mejor con la chica ashlae. Y

parece ser algo recíproco pues, al haber logrado hablarle en sueños, Victoria también ha buscado comunicarse con el joven cazador y la conexión se ha hecho más fuerte. Gabriel ha comenzado a poder ver con mayor claridad lo que ella ve, distinguiendo imágenes donde antes solo veía una especie de emborronado oscuro. Incluso, cuando ella le ha necesitado en pleno día, ha conseguido hablarle y que le escuche, calmarla, animarla para que siga su camino.

—Es triangular, con el interior hueco —comenta Gabriel.

—¿Puedes notar si la chica reacciona de algún modo al verla?

—Extrañeza. Le resulta curioso ver una estructura así, solitaria en medio de un terreno desbrozado de toda maleza. Siente curiosidad pero no parece saber qué es.

—Bien. No le habrán contando aún nada.

—¿Eloísa? —interviene Sara.

—Silencio —la reprende su padre.

No quiere que distraiga a Gabriel.

Este sigue concentrado y, cuando ella duda y le necesita, le habla. Siente como si su misión en la vida fueran esos momentos cuando la apoya, anima y no permite que nadie la convenza de que es un error coger el báculo de la Diosa.



## Víctor

Cuando veo que vienen más refuerzos, guardo el arco a mi espalda y corro hacia ella. Intento un ataque fugaz, casi desesperado, para rescatarla antes de que lleguen los demás guardias. Mi Bella ya casi está allí, apuntando a los ojos del que acaba de agarrar a Tory. Solo de pensar que pueda hacerle daño me entra rabia contra él. Me controlo. Entonces Bella ve que la sueltan y yo escucho lo que le dicen.

No quieren matarla sino darle el báculo. Me detengo. Desde la rama en la que estoy busco los ojos de Tory, quiero que me vea mirarla, que sepa que volveré a por ella y, sobre todo, que no debe fiarse del emperador.

Es en vano, no me mira.

Ya están aquí los refuerzos. Bella otra vez en mi antebrazo izquierdo, sobre la muñequera. Le susurro unas palabras de agradecimiento. Es leal, valerosa y tiene fe ciega en mí. Yo también confío en ella, nunca la abandonaré en combate. Tampoco a Victoria, pero ahora debo seguirla entre las sombras, sin que ellos me vean.

Noto un movimiento a mis espaldas.

Llevo muchos años entrenándome. Me giro y no veo nada; pero sé que allí hay alguien. Es fácil de saber por la fauna local, por los mono-pájaros que han abandonado dos árboles en concreto, por el silencio que de estos emana, como si



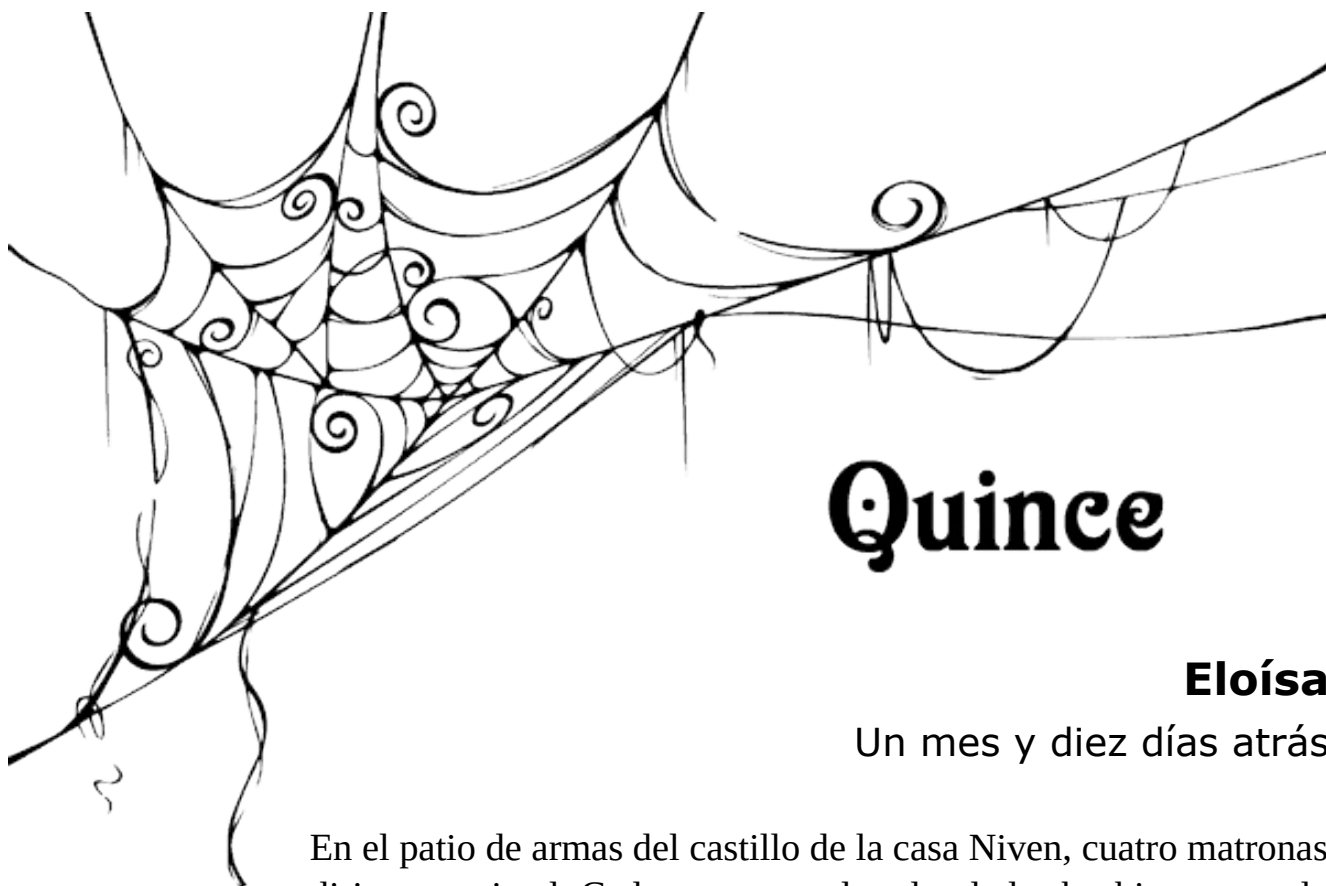
fuera la única dirección de la que no viene ningún sonido.

Me relajo.

Son hermanos. Yo estoy haciendo lo mismo que ellos para permanecer oculto y, por suerte, los de este plano no son cazadores que sepan detectarme. Los míos a mí seguro que sí.

Continúo por las ramas siguiendo a Victoria y a sus captores. Cuando llegan al camino, un espacio abierto, es más difícil; pero los Astaquin somos expertos en ocultarnos. Con magia, nada es imposible. Y yo estoy menos limitado por este plano de lo que debe de estarlo Tory, ya que no tengo tanto poder como ella, ni mis runas consumen tanta energía como sus hechizos. Por ello, me es más sencillo recargarla aun en un entorno hostil como este.

En cuanto a los Astaquin que me siguen, ya me alcanzarán cuando me detenga. Por ahora he de ver dónde la llevan. Me alegro de que mi madre me haya mandado refuerzos.



# Quince

**Eloísa**

Un mes y diez días atrás

En el patio de armas del castillo de la casa Niven, cuatro matronas dirigen un ritual. Cada una toma el poder de las hechiceras que la rodean formando un círculo. Tres de ellas están a su vez en sendas puntas de un triángulo equilátero cuyo centro lo ocupa la cuarta, Eloísa. Rojo para las seguidoras de la anfitriona. Verde más claro para las de Maika, amarillo para las de la matrona de blanco y azul pálido para las que rodean a la de azul oscuro. Un grupo de guerreros lo observa todo, en silencio y apartados. Los dos soles de ese plano brillan mayestáticos en el cielo y las mujeres reclaman su poder. En un momento dado, Eloísa se hace un corte en el antebrazo y su sangre se derrama. Entonces, comienza a levitar junto con su círculo hasta elevarse por encima de las cabezas de las demás. Líneas de energía brillan con fuerza. Las que salen de Eloísa son negras. La figura geométrica que forman ya no es un triángulo equilátero sino un tetraedro. Cada uno de sus vértices está rodeado por el círculo de hechiceras que entregan su magia a su matrona. Las líneas se fortalecen en las aristas. Los colores chocan y el negro es, sin duda, el más poderoso seguido de lejos por el verde.

Los cánticos se suceden sin pausa. Las voces se elevan, se suspenden en el aire y son sustituidas por las de otras gargantas femeninas cuando caen. Comienzan a sonar golpes secos y rítmicos, los de las manos de las hechiceras de los círculos que están a nivel del suelo. Se han sentado en este y golpean la tierra reseca. Su sangre, cuando comienza a discurrir como finos hilillos que salen de las heridas que se les abren, humedece la tierra y refuerza el ritual. Es entonces cuando las otras tres matronas también se cortan en sendos antebrazos y dejan que su fluido vital gotee hacia el suelo. Las líneas de poder se fortalecen, son ya tan intensas que los guerreros entrecierran los párpados y dejan de mirarlas directamente. Entonces Eloísa comienza

a bailar en el aire. Sigue el ritmo que marcan las palmas contra el suelo, los cánticos rituales. Su cuerpo se arquea en escorzos imposibles. Su esposo, uno de los Astaquin que la observan, piensa que es hermosa. El resto lo pensaría si no fuera al mismo tiempo tan aterradora. En esos momentos, con una de sus manos podría redirigir el poder a sus cuellos y desgarrárselos como si no estuvieran protegidos por magia. O lanzar el castillo entero por los aires en una terrible explosión. O traer allí el equivalente en agua a uno de los mares menores de ese plano. Aterrador.

Todo ese poder es mucho mayor que el que la matrona reunió en su internado semanas atrás para mandar a su hijo al plano sellado. Y, por supuesto, el que utilizó Victoria fue tan solo un fragmento de este último. Abrir portales está reservado solo a unas pocas y siempre es menos costoso abrirlos solo para una misma. Por eso el de Víctor necesitó de la energía de su séquito personal de hechiceras, las profesoras del internado. Y por ese mismo motivo en esos momentos, para abrir una puerta capaz de ser cruzada por varios Astaquin, necesitaba la ayuda de otras matronas.

Eloísa, con toda esa magia contenida en sus manos, desea más. Desea saber lo que se siente siendo reina de los suyos, con todas las matronas rindiéndole pleitesía, no solo tres. La tentación de usar la magia para dar un golpe y destruir el castillo de una de sus rivales es grande pero la resiste: ya habrá tiempo para eso más tarde. Entra en sus planes, por supuesto, pero lo primero es conseguir el báculo. O los dos báculos, porque ese dios también debe de tener uno.

Todos saben que las aomas proceden de la diosa. Solo unos pocos conocen que, aunque ella entregó veinte, estas no eran las únicas, que en realidad había más. Eloísa tiene muy claro dónde encontrarlas: en el mismo lugar del que la diosa había sacado las otras: de su báculo.

En medio de una nota sostenida, la hechicera acelera su baile y canaliza todo el poder hacia sus manos. Entonces, abre el portal.

Su figura refulge. La misma luz negra que emana de sus ojos le daba un aspecto amenazador, ancestral, divino.

Por encima de su cabeza la energía se arremolina en un portal multicolor cuya velocidad de giro parece desafiar la cordura de aquellos que lo miran. Más de un Astaquin aparta la vista, momentáneamente aturdido.

Entonces ella y sus seguidoras de rojo descienden al suelo. Las líneas de energía que han fluido entre las hechiceras se han desvanecido.

—Daos prisa, guerreros elegidos. No durará mucho tiempo.

Estos se apresuran a avanzar hasta la base del círculo de Eloísa. Tan solo un guerrero se queda atrás. El más grande y musculado, el de aspecto más fiero. Las hechiceras se mueven para dejarles paso a los hombres. Entonces, Eloísa pronuncia un cántico que les hace levitar hasta el portal. De inmediato son succionados como si este fuera un gigantesco vórtice. Los colores que giran empiezan a mezclarse entre sí mientras se revuelven furiosos y, al poco, desaparecen en medio de una implosión. El aire acude a rellenar el súbito espacio vacío. Eloísa, todavía vibrante con la energía

que retiene mientras que todas las demás están agotadas, les da las gracias y camina hacia su marido.

Las demás matronas y las hechiceras de rojo se sientan en el suelo. Acuden sirvientes con comida y bebida para ayudarlas a recuperarse. La anfitriona y su esposo se retiran a las habitaciones de esta.

—Ya está —comenta ella satisfecha tras sentarse sobre la colcha de su mullida cama.

—Eres asombrosa, mi amor. Nunca vi tanta magia reunida en una sola persona.

La mujer acepta el halago con una sonrisa.

—Bueno, soy digna de ti. Gracias por haberlo sabido desde la primera vez que nos vimos y no haberlo dudado nunca.

—Jamás.

Él se sienta a su lado y la besa. Pese a las décadas que llevan juntos, sus bocas se unen con pasión y deseo mutuo.

—Pero no te acostumbres demasiado pronto —le comenta ella riéndose una vez se separan—. Todavía tenemos un duro camino antes de lograr la victoria para los nuestros.

Suena algo cansada de repente, como si pese a la energía que ha guardado para sí el ritual le estuviera pasando factura. Su marido la apoya contra su pecho con dulzura. Con él es el único con quien puede permitirse ser ella misma, quitarse esa máscara de dirigente estricta que utiliza para que nadie se atreva a retarla o desobedecerla.

—Por Víctor no te preocupes, mis hombres lo traerán sano y salvo de vuelta.

—Lo sé, pero una madre no puede evitar preocuparse. Es el único de nuestros hijos que nos queda, Ibraxem. Es normal que esté preocupada. Más aún desde que nos comentó sus sospechas sobre que allí haya un dios que les dé fuerza física y resistencia a los habitantes del plano, un dios recogiendo poder a través de los rezos, un dios que imagino estaría encantado de que Victoria fuera el recipiente para reencarnar a la diosa samuae.

—¿Sospechas quién puede ser? —le pregunta serio.

—Numb.

—¿El de los muertos?

—Sí.

Ibraxem la abraza con más fuerza.

—Mis hombres te lo traerán de vuelta, te lo prometo.

—Lo sé.

Ella se separa un poco para volver a besarlo, mas esta vez de un modo más suave, con más cariño que pasión encendida.

—A veces odio este precio de la magia, a veces me gustaría no ser tan poderosa y poder darte más hijos.

Porque el motivo por el cual su raza es tan poco fértil es ese: la magia. Siempre

tiene un precio y uno de ellos es la dificultad de concebir cuando se utiliza.

—No te preocupes, ya lo hemos hablado. Cuando seas reina ya no necesitarás utilizar tanto tu magia y podrás dedicar unas décadas de descanso a dejar que esta abandone tu cuerpo, a volver a quedarte embarazada.

—Sí, lo sé —suspira ella—. Te agradezco mucho que apoyes en esta lucha.

Su marido coge su rostro con delicadeza y la mira a los ojos.

—Soy tuyo, Eloísa. Siempre lo he sido y siempre lo seré.

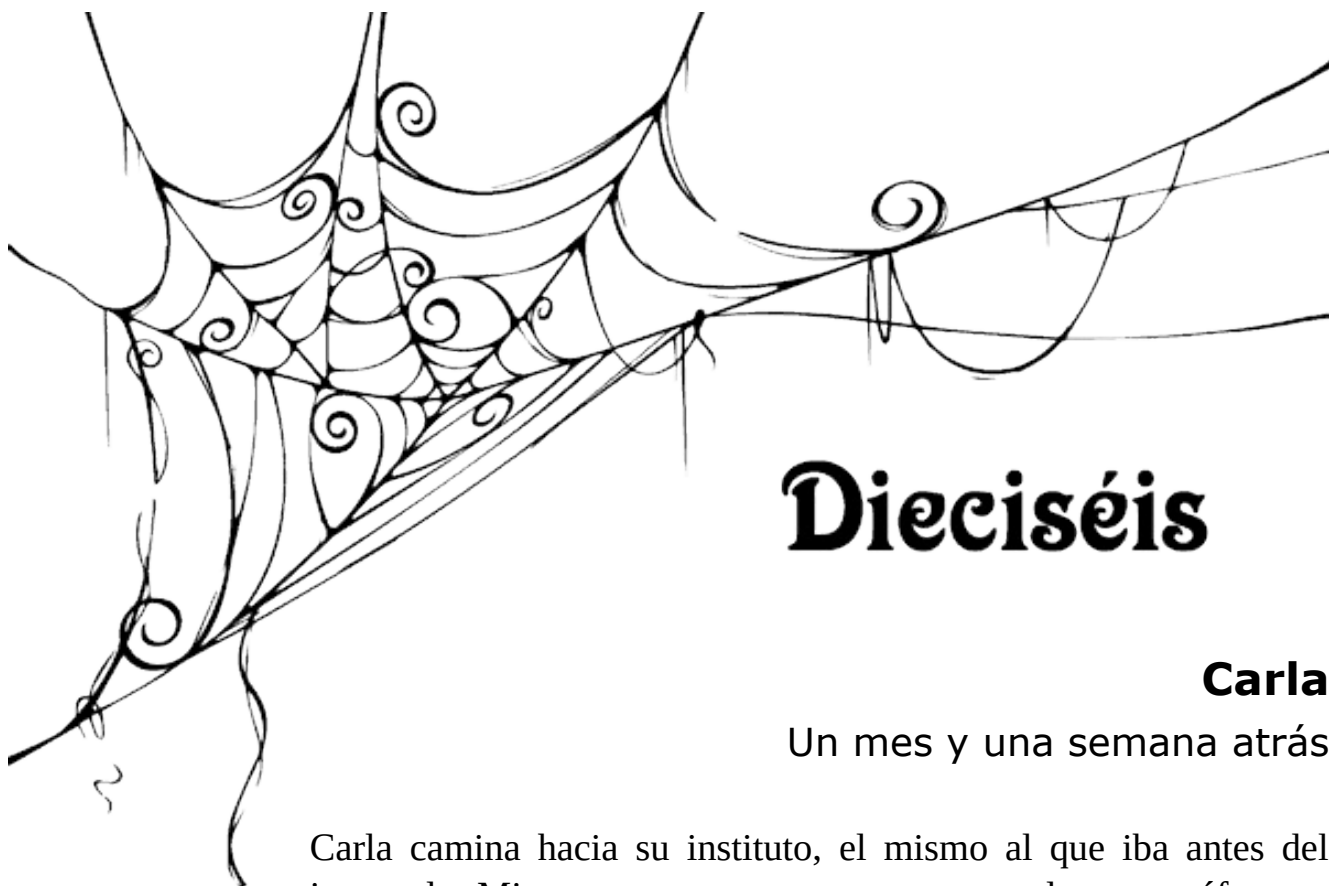
—Y yo tuya, mi amor.

Sus labios vuelven a unirse, primero despacio y después con pasión. Sus cuerpos se recuestan en las sábanas y, aunque no puedan concebir un hijo a causa de la magia que corre por la sangre de la hechicera, su amor mutuo les reconforta y da fuerzas para lo que les espera.

Otra separación.

Varias luchas contra diferentes enemigos: los cazadores, los seres que amenazan su plano e incluso los dioses. Y, sobre todo, contra aquellos de los suyos que se opondrán a que ella gobierne como reina.

Mientras se tengan el uno al otro, podrán con todo. El mundo está cambiando y ellos pelearán por los suyos, por su casa, por la supervivencia y por el honor.



# Dieciséis

**Carla**

Un mes y una semana atrás

Carla camina hacia su instituto, el mismo al que iba antes del internado. Mientras espera a que se ponga verde un semáforo en rojo, un BMW Z4 descapotable negro se para a su lado. El conductor, quien va con las ventanillas bajadas, se dirige a ella. La joven, creyendo que va a preguntarle una dirección, se acerca el paso que los separa.

—Hola, Carla, me gustaría hablar contigo —le dice un chico rubio muy atractivo, de ojos azul oscuro y un flequillo suave que cae sobre su mirada. Su sonrisa parece disculparse por abordarla así.

—¿Cómo sabes mi nombre?

No se molesta. Más bien se siente intrigada. Además, no piensa meterse en un vehículo con ningún desconocido y allí, en medio de la concurrida calle, está segura en el caso de que el guapo rubio fuera una especie de psicópata.

—Sé lo que pasó en realidad en el internado Broto y en aquel bosque; así como por qué nadie te cree excepto tu madre. Puedo ayudarte. De hecho, me encantaría.

Vuelve a sonreírle con una simpatía que se refleja en el azul de sus ojos. A Carla le encanta la calidez de esa sonrisa. Tiene algo que la hace sentirse bien. Se dice que no le importaría conocerle mejor, charlar un rato. Pero le da miedo que sepa tanto de ella y la alusión al internado y, sobre todo, que sea un desconocido y la aborde así.

¿No le ha dicho nadie que para ligar mejor un bar o una biblioteca?

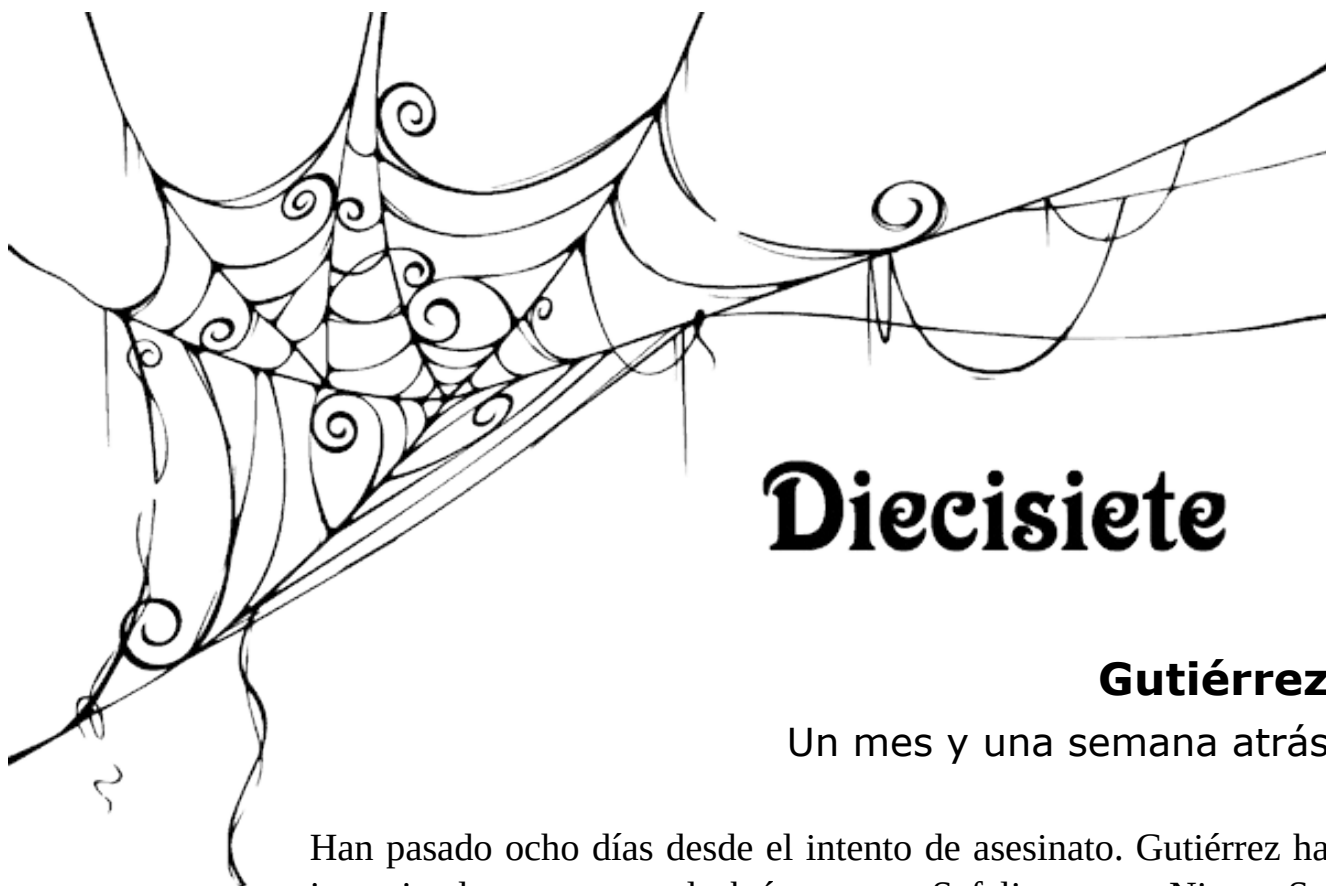
Entonces el semáforo se pone en verde. El coche de detrás empieza a pitar. El chico le tiende una tarjeta.

—Me llamo Gabriel. Tú solo llámame, por favor. Te invito a un café o un helado donde tú quieras. Un sitio público y bien iluminado, ¿vale? No soy ningún traficante de órganos ni violador —bromea.

Ella, sintiéndose algo culpable por haber barajado ambas opciones, coge la tarjeta. El chico le da las gracias en un susurro que a ella le resulta de lo más sexy, mete la primera marcha y comienza a alejarse.

El del coche de detrás grita algo grosero. Carla lo ignora. Tiene una tarjeta con el nombre de Gabriel Sefeli y su número de móvil. Se queda mirándola mientras su semáforo continúa rojo y se la guarda cuando reanuda su paseo al instituto. Se dice que no debe llamarlo, que es una locura pues no conoce a ese chico de nada. Pero sí le gustaría escuchar lo que tiene que decirle sobre lo que pasó en el bosque y sobre el examen. Porque para nada eran lobos. Que sea tan guapo que su estómago parezca llenarse de mariposas aleteando, bueno... es otro punto a tener en cuenta para lo de llamarle.

Decide hacerlo cuando salga de clase.



# Diecisiete

**Gutiérrez**

Un mes y una semana atrás

Han pasado ocho días desde el intento de asesinato. Gutiérrez ha investigado con renovado brío tanto a Sefeli como a Niven. Su contacto en Alemania le pasó unas fotos de aquella academia para señoritas Niven donde murieron alumnas de forma misteriosa. Hubo también un escape de gas. En una de las fotos sale la directora, quien por lo visto el día del accidente estaba fuera y tiene una coartada impecable. También era la madre del único alumno varón muerto. Lo curioso, lo que extrañó al verla, era que se trababan de fotografías de hace casi quince años y que la directora era exactamente igual que Eloísa. Su nombre era distinto, pero sin duda se trataba de ella. De acuerdo que haya avances en cirugía y en cosmética, pero en quince años una mujer en los treinta y tantos debería envejecer, mostrar al menos alguna nueva arruga.

Gutiérrez se da cuenta de que si ella fuera en efecto la directora del internado, quizás su hijo murió por esa especie de guerra mafiosa que se lleva con los Sefeli. En Alemania también hay una sede de la empresa farmacéutica donde trabaja Óscar.

Óscar Sefeli dirige un imperio farmacéutico del cual es también uno de los principales accionistas. La multinacional, Sadox, fue fundada hace poco más de un siglo en Francia. Se expandió con rapidez a otros países del viejo continente y a Estados Unidos. Los cargos directivos de cada sucursal han pertenecido siempre a miembros de la misma familia. En España, la de Sefeli. Algo curioso, aunque comprensible ya que han sido también los principales accionistas. Y excepto un viejo artículo de un periódico sensacionalista donde se asociaba a la rama francesa de la multinacional con un accidente en una academia Niven, uno que según dicho artículo había sido provocado, no ha encontrado nada más que los relacione.

En esos días, le ha dado vueltas al mensaje de Catrina. No se le ocurre por qué



Óscar Sefeli, quien ha enterrado recientemente a su hijo mayor por un accidente en su casa con el gas de la cocina —y que va vendado a causa de las quemaduras sufridas— puede estar intentando matarle. A no ser, por supuesto, que tengan a la policía comprada y él, todavía investigando, sea incordio. Al fin y al cabo, cuando fue a verle le pidió claramente que lo dejara. Pero a él nunca han intentado comprarle y, si bien no por toda su antigua comisaría, sí que pondría la mano en el fuego por muchos de sus compañeros. Son honrados. Nunca aceptarían sobornos; tampoco intimidaciones. Eso solo le deja la teoría absurda de que esa especie de secta que parece formar la directora tenga también que ver con la familia Sefeli y que de algún modo logren influenciar a la gente. ¿Hipnosis?

No...

Demasiado absurdo. Se recrimina por haberlo considerado. Los expedientes X solo funcionan en la televisión. O en el cine. O quizás en América. Desde luego no en su comisaría de Zaragoza y menos aún en la vida real.

Resignado, decide ir a ver a la directora Niven. Confía en que lo del intento de asesinato no haya sido amañado por esta para tenderle una trampa. Porque podría ser. La intervención milagrosa de su profesora fue demasiado oportuna, así como la mala puntería del francotirador. Él mismo, con las pocas veces que había tenido la oportunidad de ir a tiro, lo habría hecho mejor.

Así pues, Francisco aparca varias horas después, pasado Oto. Si tuviera un todo terreno, podría ir por el camino que abrieron cuando construyeron el internado. No es el caso y no desea dejarse el coche en alguno de los socavones que lo horadan. Por ello camina desde la carretera donde ha dejado su vehículo hasta el pinar y, a continuación, por este. Nunca le ha gustado que la directora mandara construir un colegio tan aislado del mundo. Si esa mujer quisiese, podría matar a todas las alumnas, largarse del país en su helicóptero y nadie lo sabría hasta mucho tiempo después.

No muy convencido de no estar cayendo en una trampa, se detiene ante la puerta principal del edificio y pregunta por la directora. Una profesora que le suena de haberla interrogado meses atrás, la jefa de estudios, la lleva en persona hasta el despacho de Eloísa. Llama, le indica que entre y se retira.

—Buenas tardes, Gutiérrez, gracias por venir —le saluda ella al tiempo que se pone en pie y le tiende la mano.

El aludido se la estrecha y ambos toman asiento a ambos lados de la mesa que utiliza como escritorio la directora. Su silla, cómo no, es más alta que la de Francisco con lo cual la mujer puede mirarle cómodamente desde arriba.

—Bien, dígame. Catrina me pidió que viniera a verla. También me contó que Óscar Sefeli quiere matarme.

Ella esboza una fina sonrisa y aguarda unos segundos a contestarle, como si quisiera que el antiguo policía asimilara bien las palabras que él mismo acaba de pronunciar.

—Así es. De hecho, si no han vuelto a intentarlo es porque Catrina intervino. Ahora mismo están dudando de si yo le he acogido bajo mi protección.

—Entenderá que todo esto suena a una conspiración de película de serie B. No es muy creíble.

—¿Está dispuesto a escuchar de verdad lo que yo voy a contarle? ¿A no juzgar y mantenerse en silencio hasta que yo acabe?

—Imagino que por escucharla no tengo nada que perder. Pero me gustaría que fueran hechos reales y no teorías absurdas sobre el señor Sefeli. Le recuerdo que sé que usted mató a esas jóvenes.

—No fui yo. Fueron ellas al intentar escapar.

—¿Escapar? ¿Esto es un internado o una prisión?

—Cuando era policía, su jurisdicción era sobre seres humanos, ¿no?

—¿Qué me está contando? ¿Que usted es alienígena y por eso puede matar y quedar impune? No, mejor acusa a Sefeli —ironiza.

—No. Le estoy contando que ni esas chicas, ni yo, ni la familia Sefeli somos humanos. Descendemos del homo neanderthalensis, no del sapiens.

Francisco se echa a reír. Es demasiado.

—Cuando acabe de divertirse a consta de lo que no entiende, dígame: si eso fuera cierto, ¿estaríamos incumpliendo la ley?

—No, imagino que no. Pero tendría que decidirlo un juez.

—La Constitución se refiere en su artículo 10 a la Declaración Universal de Derechos Humanos, la cual habla de los derechos de todos los miembros de la familia humana. Toda la legislación española se aplica entonces a los españoles entendiendo que estos son seres humanos.

—De acuerdo, si ustedes no fueran humanos, el crimen no estaría bajo la jurisdicción de la policía local o nacional. ¿Contenta? —Comienza a levantarse—. Y ahora, si me disculpa, tengo cosas mejores que hacer que permitir que me tome por idiota.

—No he acabado. Scentte —dice con autoridad y Gutiérrez, sin saber cómo, se ve empujado de nuevo hacia la silla.

No puede saber que Eloísa ha convocado al viento.

—Intente levantarse —le ordena la directora.

Francisco lo intenta, no por la orden sino porque quiere irse. No puede. Nada le sujeta pero es como si el mismo aire estático ejerciera presión sobre su cuerpo y le impidiera moverse.

—¿Qué es esto? Suélteme.

—¿Acaso le estoy sujetando? —Enarca una ceja, divertida.

—Skatjar —pronuncia al tiempo que mueve su mano con levedad—. Ahora tampoco puede hablar, así que va a tener que escucharme sin interrumpirme. Usted tampoco es humano, luego que podría matarlo si lo deseara... —comenta con un tono ronroneante, como si se relamiera ante la idea.

Gutiérrez, que comienza a dudar de su cordura, siente miedo.

Eloísa se toma su tiempo en contarle que hace cientos de miles de años su raza evolucionó de los neandertales. Poderosa. Con rasgos físicos similares a los de los seres humanos de hoy en día y con grandes ciudades. Pero los más débiles de esa raza sentían envidia del resto y comenzaron a adorar a una diosa que llegó a la Luna en busca de poder. Hubo una guerra. Los fuertes, llamados ashlae, perdieron y fueron desterrados y malditos. La diosa murió. Los débiles, samuae, permanecieron en la tierra. Todo rastro de su civilización fue borrado para mezclarse con el emergente homo sapiens. Algunos samuae eligieron olvidar la magia y vivir como los homo sapiens. Le cuenta también cómo una matrona maldita logró abrir portales. El porqué de los institutos, el cómo los samuae que aún adoraban a su diosa, también llamados cazadores, iban a matarles. Incluso que él, Francisco Gutiérrez, era el descendiente de esos antiguos samuae que renunciaron a practicar magia. Le explica cómo a veces, si la magia era poderosa en una familia, se transmitían poderes especiales de padres a hijos. En su caso y en el de la única chica que logró huir con vida del internado, un talento para evitar ser influenciado de manera mágica, una especie de escudo. De ahí que toda la policía creyera lo que ella les decía menos él; de ahí que hubiera sido despedido.

—Y no —le aclara ya que él no puede preguntarle, pasando a tutearle—, no te despidieron por orden mía. Fue cosa suya al ver que les desobedecías en lo del caso cerrado. Tu jefe confió en ti con esa orden de registro, con todas esas acusaciones que me lanzabas, y no encontrasteis nada. El inspector jefe tenía que satisfacer a los de arriba de algún modo y te tocó a ti. —Se encoge de hombros—. En fin, Gutiérrez, espero que entiendas que no te estoy mintiendo y que Óscar Sefeli no quiere que te inmiscuyas en sus asuntos, o que andes haciendo preguntas que puedan destaparnos. Así que quiere matarte. Yo, por mi parte, no puedo ofrecerte un lugar entre mis filas pues solo recluto a mujeres. Sin embargo, sí protección. E incluso ayudarte a inculpar a Sefeli por intento de asesinato, si lo deseas. Y, sobre todo, continuar protegiendo a tu hermana y a sus hijos ya que van a por ellos.

Con un par de palabras en su idioma, le retira la inmovilidad y la mordaza. Gutiérrez lo nota y se pone en pie de un salto. Eloísa no se mueve de su asiento.

—¿Mi hermana y mis sobrinos?

—Catrina no, pues te ha estado protegiendo a ti; pero otra de mis hechiceras está con ellos, vigilándolos, y ya ha impedido que un camión les embista en un paso de cebra. Me encantan las inmovilizaciones mágicas. Hay que ser más fuerte que quien las lanza, ¿sabes? Salvo que se unan varios samuaes o se peguen días rezando a su diosa, cualquiera de las mías lo es —afirma con orgullo.

—Le juro que como las toque le mato. Me da igual los poderes que crea tener o lo loca que esté.

—Vamos, Gutiérrez, no seas tan corto de ideas. Los poderes los tengo y yo intento proteger a tu familia. ¿Sabes que la chica, Carla, es una pariente tuya lejana?

Tuvisteis la misma tataratatarabuela. En fin, vete, piénsatelo. Pero no tardes demasiado porque mis profesoras son un recurso valioso y preferiría mandar a los tuyos a Alemania unos días, donde tengo gente que podría protegerlos mejor.

Se refería a seres humanos elegidos que servían con lealtad a su causa. Pero eso no pensaba contárselo, no tan pronto. Estaría bien montar otro grupo así en España y Gutiérrez, con su determinación y su afinidad por los escudos, le sería muy útil como instructor y líder.

Tenía que reconocer que en un inicio lo quiso muerto pero que el hombre la había impresionado: Había perdido su trabajo por hacer lo que creía correcto y ni aun así se había rendido.

—Muy bien, Niven. Me lo pensaré —le dice tras darse cuenta de que tomarse un tiempo para reflexionar es lo mejor.

Por un momento, ha creído que la directora está amenazándole con matar a la única familia que le queda. Pero quizás no sea así. No obstante, Eloísa es una asesina y no piensa creerse nada que le cuente. Ni aunque no pudiera levantarse de aquella silla.

—No esperaba menos —le contesta ella y se pone en pie para acompañarle hacia la salida.

Por el camino, da un rodeo por el ala prohibida, por la zona de los cuadros. El tiempo parece distorsionarse, los pasillos no tener fin. Incluso por unos segundos un tentáculo oscuro se materializa delante del antiguo policía, llenando su corazón del terror instintivo que se siente ante la oscuridad, ante lo que no puede pertenecer más que al tejido de las pesadillas. Cuando le deja en la salida, él está un poco más inclinado a creer en lo inexplicable, en que quizás todo ese cuento inverosímil que le ha contado Eloísa pueda tener algo de verdad.



Unas horas después de abandonar el despacho de Eloísa, Francisco detiene su coche en una gasolinera para repostar y aprovecha para marcar el número de Raúl Martínez.

—¿Señor Martínez? —le dice en cuanto este contesta a su llamada—. Soy Gutiérrez. ¿Podría pasarme a verle? Tengo algo.

—Precisamente iba a llamarte. Quiero que lo dejes.

—¿Qué lo deje? —repite como si no le hubiera escuchado bien—. Puedo confirmarle lo que ocurre en el internado. E incluso fuera de este.

—No, no hay nada que contar. Me he dejado arrastrar por sus ideas absurdas. Lo de mi hija fue un suicidio y no voy a herir más a su madre removiendo el pasado. En cuanto al internado, no ocurre nada. Eloísa es una gran profesional.

Gutiérrez suspiró frustrado.

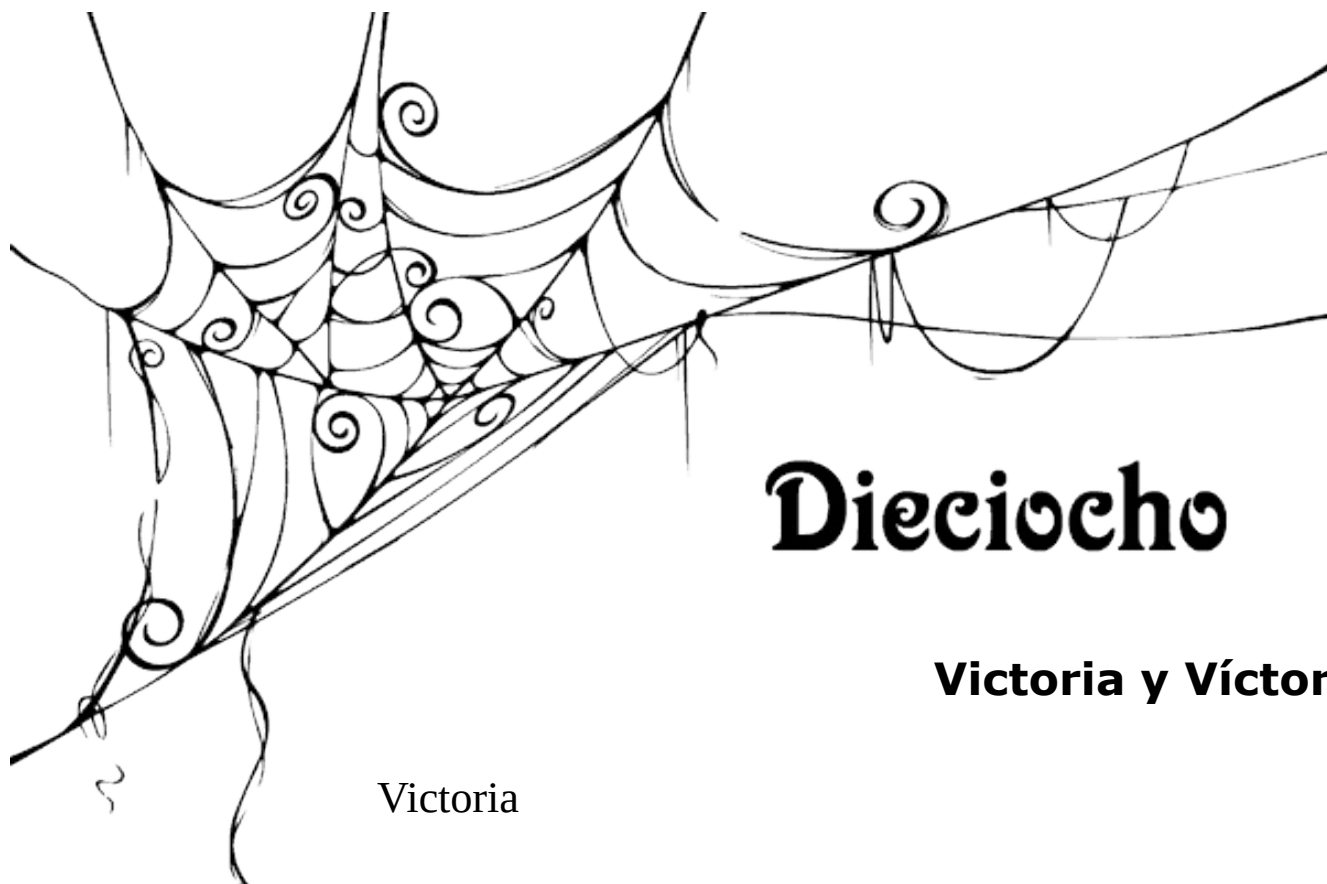
—¿Ha vuelto a hablar con ella, verdad?

—Así es. La madre de Kate, preocupada por mí, se puso en contacto con la directora. Eloísa ha sido muy amable, viniendo a verme y repitiéndome sus condolencias por lo ocurrido con Paula. Hasta mi mujer se ha quedado impresionada por su implicación. Por su dinero no se preocupe, pásese por aquí cuando pueda que ya le he dejado su cheque a mi secretaria.

—Muy bien, como desee.

No tenía sentido intentar contarle lo que había descubierto esos días, desde el atentado y desde su charla con Eloísa. No si ella había decidido volver a usar esa especie de poder de convicción que tenía. Se despidieron y decidió mirarlo por el lado bueno: al menos Martínez tenía palabra y le iba a pagar por la investigación.

En cuanto a lo de la silla y el tentáculo... ahora que había pasado algo de tiempo, que conducir le había aclarado las ideas, se decía a sí mismo que había sido todo un truco orquestado con luces, imanes o algo así. Esa mujer tenía dinero, podría haber comprado lo último en tecnología para crear esos efectos. Lo único que no tenía muy claro qué pretendía conseguir haciéndole creer que ella no era un ser humano.



# Dieciocho

**Victoria y Víctor**

Victoria

Los soldados del emperador me han llevado dentro del palacio. La roca blanca con la que está fabricado, una vez te acercas lo suficiente, es lisa como el mármol pulido y cuando la miras te ves en parte reflejada. Es muy bonita e imagino que también resistente. Lo curioso es que pese a ser una construcción de gruesos muros macizos de piedra, el interior no se corresponde con lo que estudié sobre estructuras en tecnología de segundo de la ESO. Si esto es como una pirámide, debería tener mucho menos espacio en el interior. Los amplios pasillos y la enorme habitación donde me dejan para que me asee, me recuerdan la magia de Eloísa en su internado. Si ella puede jugar con el espacio, quizás también el emperador. Pero eso implicaría que tiene magia y sería el primer ser de este plano en manifestarla. Como mis cábalas no me conducen a nada pues me falta información, archivo el tema y contemplo el cuarto en el que me encuentro. No puedo evitar sentirme alborozada ya que es enorme, lleno mullidas alfombras, con una cama inmensa y que parece cómoda y una enorme bañera de metal llena de agua caliente en uno de los lados.

De verdad que me derrito solo en pensar en darme un baño caliente. O en dormir en una cama. Estoy cansada de baños en el mar o en ríos y de acostarme en el suelo. Yo no tengo la piel tan dura como los habitantes de este plano y tengo un dolor de espalda que parece crónico. ¡Oh, Diosa, cómo he echado de menos los pequeños lujos!

Ni siquiera se me ocurre pensar cómo es que el emperador conoce que donde vengo hay camas mullidas y bañeras con jabón aromático. Me da igual. Vierto la jarrita que huele a algún tipo de planta local, meto la mano en el agua deliciosamente

cálida para hacer espuma, me desnudo y entro adentro. Me relajo. Por primera vez en mucho tiempo. Hasta puedo creer que el emperador de veras desea ayudarme y que pronto Víctor será salvado.

No es que sea inocente e ingenua. Solo es que no era consciente de lo cansada que estaba de hacerme la dura y pelear hasta que he podido relajarme.

Por primera vez desde que llegué a este plano, siento que todo va a salir bien.



## Víctor

Cuando dejan a Victoria en una de las estancias de palacio, sigo al capitán de la guardia que la ha acompañado. Sus hombres se han quedado en las puertas de la pirámide e imagino que él va a informar a alguien de rango superior.

Por más que lo he intentado desde que estoy aquí, no he conseguido encontrar ninguna prueba que poder mostrarle a Tory para convencerla de que me crea. No puedo alargar mucho más el momento de ir con ella y pedirle que me haga caso. Como sé que confía en Gabriel, que tiene la idea tozuda de que yo y mi madre somos malvados, voy a intentar por última vez encontrar algo que mostrarle, alguna evidencia que no pueda negar.

Así pues, sigo al capitán. Parece dirigirse hacia una puerta custodiada por sendos guardias, apostados uno a cada lado. Conforme me acerco, caminando escondido entre las sombras gracias a mi magia, comienzo a sentir como un cosquilleo que cada vez es mayor. Aquí hay poder, no apagado como el de un guerrero Astaquin ni furioso y llameante como el de mi madre o Tory. No. Si he de compararlo con alguno, que sea con el de las hechiceras; pero tan solo por la magnitud y la viveza, ya que la magia de origen divino es diferente. Diría que tiene un regusto especial cuando la sientes. En todo caso, el capitán se acerca a la puerta y los guardias la abren, dejándole pasar. Se trata de una puerta de madera de doble hoja, pesada, de las que se abren hacia dentro. Los guardias están armados con lanzas. No cierran la puerta pues el capitán les dice que será solo un momento. Una vez que ellos han recobrado sus puestos a ambos lados, yo ya estoy oculto en una de las paredes, cerca de la cabeza del de la izquierda.

Ha sido sencillo, aprovechando la entrada del capitán. El pasillo tiene un techo plano que se eleva a unos tres metros. Hay nativos que casi alcanzan esa estatura, imagino que los más potenciados por su dios si mi teoría es correcta. Lo iluminan antorchas, que cuelgan de brazos de metal clavados en los macizos bloques de roca que forman las paredes. Mientras los guardias se giraban para abrir la puerta, confié en que esos soportes estuvieran bien clavados dentro de la piedra y eché a correr. Yo

me encontraba a unos seis metros de los guardias. Me dirigí a toda velocidad, no hacia ellos, sino hacia la pared que tenía a la derecha y, una vez en esta, continué corriendo por el muro hasta que instantes después salté hacia la antorcha del lado opuesto. Gracias al silencio de las runas que llevo tatuadas, no me escucharon. Una vez que agarré el brazo metálico con las manos, sin parar mi movimiento subí las piernas, apoyé mis pies contra el armazón de la antorcha y salté hacia la siguiente. Repetí el proceso una vez más hasta estar en la más cercana a los guardias, una desde la cual puedo ver parte de la habitación que custodian. Tan cerca de la antorcha, que si los guardias miraran hacia arriba me verían pues mi magia no puede ocultarme en plena luz. Por suerte no lo hacen y, como estoy entre el fuego y la pared, tampoco les hago sombra.

Desde mi posición, puedo ver que el capitán se ha acercado hacia uno de los nativos presentes en la sala, el de mayor tamaño que he visto hasta ahora y que está sentado en lo que parecen cojines. Como no creo que los necesite por comodidad, imagino que serán un símbolo de su estatus, igual que las hembras de su especie que lo rodean en actitud servil. Es de él de quien emana la energía divina. El guardia debe de haberle dado buenas noticias y, por su actitud regia cuando le pone la mano sobre la cabeza, imagino que es el emperador aunque no lleve corona. De repente, la habitación parece crepitar en energía. Sale de la palma del emperador y cae sobre el capitán, quien se ha puesto de rodillas para recibirla. Eso elimina toda duda que me pudiera quedar: es un dios. La certeza me asalta con crudeza, como cuando me dijeron que había muerto mi hermano o cuando Tory me traicionó. Un dios vivo es un ser demasiado poderoso; el único que los míos han conocido nos maldijo y casi acaba con todos. Sé que no tengo ninguna oportunidad. Comienzo a sentirme paralizado y dejo que mi entrenamiento aleje el miedo. Soy un Astaquin. Estoy preparado para enfrentarme a cualquier enemigo, sea quien sea.

La pena es que pese a este descubrimiento no tengo nada con lo que convencer a Victoria de que tanto el emperador como Gabriel no desean precisamente su bienestar.

Me voy antes de que me descubran, pues si yo puedo sentir al dios, quizás este también a mí. Al menos si me busca, algo para lo que no tiene motivos.

Me armo de valor para ir a hablar con ella. Es curioso que me cueste más que presentar batalla a cien enemigos poderosos. Sé que tiene que ver con cómo me alegra el día cada vez que la tengo cerca, con lo que siento cuando la veo, con cómo me nubla la mente el cálido sabor de sus labios y el aroma de su cuerpo. Me cuesta confesar que me da miedo enfrentarme a ella, contarle la verdad y que no me crea. No quiero volver a ver la desaprobación en sus ojos, deseo que me acepte como soy. Pero ese cazador le ha lavado bien el cerebro y mi madre ha sido clara: si no me cree tendré que matarla antes de que lo haga la diosa.





## Victoria

He salido de la bañera y me he vestido con unas ropas suaves de mi talla que hay sobre la cama. No son de seda, pero por el tacto y la manera en la que el vestido cae desde mis hombros, me la recuerdan. Estoy comiendo de un cesto de fruta que hay sobre un cojín en el suelo cuando me parece escuchar un sonido, una respiración a mis espaldas. Después, un paso. Me giro.

El encapuchado está aquí, mirándome. Tanteo mi energía: he recuperado la suficiente como para defenderme. Pero no convoco ningún escudo pues tanto mi corazón acelerado como mis deseos quieren creer que es Víctor.

—Perdona, no quería sobresaltarte. He desactivado el sigilo para que me escucharas.

Es su voz. Me pongo en pie y acerco los dos pasos que nos separan. Él se queda quieto, sin moverse. Alargo la mano para quitarle la capucha y se deja hacer. A través de la luz titilante de las dos antorchas del cuarto, veo sus ojos. Esos lagos de una azul insondable. Su flequillo rebelde, sus pómulos, sus labios... Es él.

Me inunda una alegría irracional y lo abrazo emocionada. Nuestras energías chocan al reencontrarse, como si, gozosas, quisieran estar unidas. Tardo lo mío en darme cuenta de que no debo abrazarlo, de que no es bueno que él me haya apretado con fuerza contra sí y hundido su rostro en mi cuello como si para Víctor mi olor y mi cercanía también fueran una fuente de agua límpida recibiendo a alguien que llevaba demasiado tiempo pasando sed.

Me aparto.

Quedo más brusca de lo que pretendo. Da igual. Víctor está del lado de su madre. Si está aquí no puede ser solo para protegerme y ayudarme a conseguir el báculo que le quitará la maldición. No. Él no ve que esté maldito. El mal está demasiado arraigado en su familia.

Y si mi corazón protesta diciendo que no puede ser tan malo, que me ha protegido, mi cabeza le hace callar. A saber qué motivos ocultos tendría.

—¿Qué ocurre, Tory? ¿Por qué te separas? —me pregunta con tristeza.

—¿Sabes a qué he venido aquí? —Me obligo a sonar dura.

—A por el báculo de la diosa. Gabriel te ha engañado diciéndote que podrás quitarme la maldición con él.

Vaya, pues sí que lo sabe... ¿Nos espiaba o algo más sencillo, como que su madre tuviera cámaras en el internado?

—¿Y vas a impedírmelo?

Lo escucho suspirar. Parece cansado.

—Victoria, escúchame. Te han engañado. Si lo coges el báculo, si lo tocas, morirás. La diosa se reencarnará y destrozará tu espíritu en el proceso. Será peor que morir, pues tu energía no podrá ni volver a la naturaleza.

¿Pero qué me está contando? ¿Energía a la naturaleza? ¿Esas son sus creencias religiosas? No sé por qué me centro en eso, pensando en el sacrilegio que le hacen a la Diosa, en vez de en lo de la reencarnación. Quizás porque no me guste que intente convencerme insultando a Gabriel. Encima que él renunció a mí al ver que yo amaba a Víctor e incluso me ayudó a venir a este plano a rescatarlo...

Mi marido es, cómo no, egoísta, mentiroso y manipulador. Pero qué puedo esperar de un hijo de esa araña que pretende jugar con las vidas de todos, incluso cortar los hilos de las de algunas de las chicas, como si fuera un dios o una parca.

Bufo.

Más contra mí por escucharle que contra él por intentarlo.

—Sé que no me crees —me está diciendo mientras me muestra las palmas en un gesto de sinceridad tan trillado que no me lo trago—. Por eso no te he dicho nada antes. Buscaba pruebas, algo que darte, pero no las tengo.

—Ya, qué oportuno —ironizo.

—Victoria, por favor, te pido que me creas. Ni nosotros somos tan malos como piensas ni Gabriel tan bueno. Los cazadores mataron a mi hermano. Esas alumnas que murieron en el examen fue durante una prueba. Solo se probó a las más capaces. Yo mismo he perdido hermanos que no han sido lo suficientemente buenos como para superar las pruebas para ser un Astaquin. No pasa nada, es la ley de nuestra gente. No es un crimen, solo queremos ser los más fuertes porque vivimos en guerra y no podemos tener eslabones débiles entre nuestras filas.

—¿Tú te oyes? ¿Y te parece normal? —estallo—. Que esto no es Esparta. Y, además, dudo mucho que esas chicas quisieran jugarse la vida en un jodido examen con monstruos de otro plano.

—No matamos a ninguna chica humana. No cometemos crímenes contra vuestra sociedad, más bien somos lo único que os separa y defiende de los cazadores. Ellos buscan someteros, nosotros no.

—He escuchado lo de las guerras. Vosotros erais los que os creíais superiores y con derecho a gobernar a los seres humanos, pobrecitos seres inferiores. ¡Vosotros, no ellos!

—No eleves la voz —me pide muy serio—. Y escúchame, cabezota. Eso te lo dijo Gabriel.

—¡Y lo leí en vuestra biblioteca escondida!

—¿De un libro que él te dijo cómo encontrar? Victoria, allí hay libros con doctrina Samuae. A ellos les encanta reescribir la historia, mentir sobre lo que pasó. Es cierto que somos diferentes a la raza humana, superiores si consideramos el don de la magia. Pero no queremos interferir. Ellos eran los débiles, los que tenían menos magia, los que escucharon encantados a su diosa cuando se les presentó y los que se creían y creen con el derecho a gobernar a los humanos. Alegan sus guerras, sus políticos corruptos, la desigualdad de riqueza entre diferentes países, el hambre y la malnutrición. Somos nosotros los que consideramos que son una raza aparte, que

podemos intentar ayudarles a través de humanos escogidos, pero no influir en su historia o sus decisiones. Además, ya ni siquiera compartimos un planeta pues tenemos el nuestro. Uno que también está en peligro.

Me lo quedo mirando. Parece dolido, enfadado conmigo y sincero. Tan sincero... ¿Y si tiene razón? ¿Y si Gabriel me ha contado lo que yo quería oír? ¿Y si pudiera volver a abrazarle, besarle y olvidarme de todo?

Entonces recuerdo esa pesadilla donde yo era la diosa y le mataba. Recuerdo el horror.

Retrocedo un par de pasos. Ya no sé si esos sueños son miedos míos o algo que me han enviado él o su madre para confundirme, o quizás algún tipo de videncia como parece por lo realistas que son. (Yo sé que las hechiceras pueden ver el futuro, y también que con mi poder podría estar haciéndolo sin darme cuenta mientras duermo. Eso lo leí en un libro de texto, si es que estos no eran también mentira...).

Los libros mentira. Pero ¿qué me digo? No puede ser, me está engañando. El mal me está tentando otra vez, como cuando acabé provocando el suicidio de Paula. Cierro los ojos, entonces me parece notar a Gabriel, a mi lado, fuerte a través de nuestra conexión y de que yo le he llamado.

«Aguanta, sé fuerte, puedes salvarlo», me dice.

Abro los ojos. Víctor me mira. Sus puños están apretados. Leo en sus ojos que sabe que no le creo, que ha perdido.

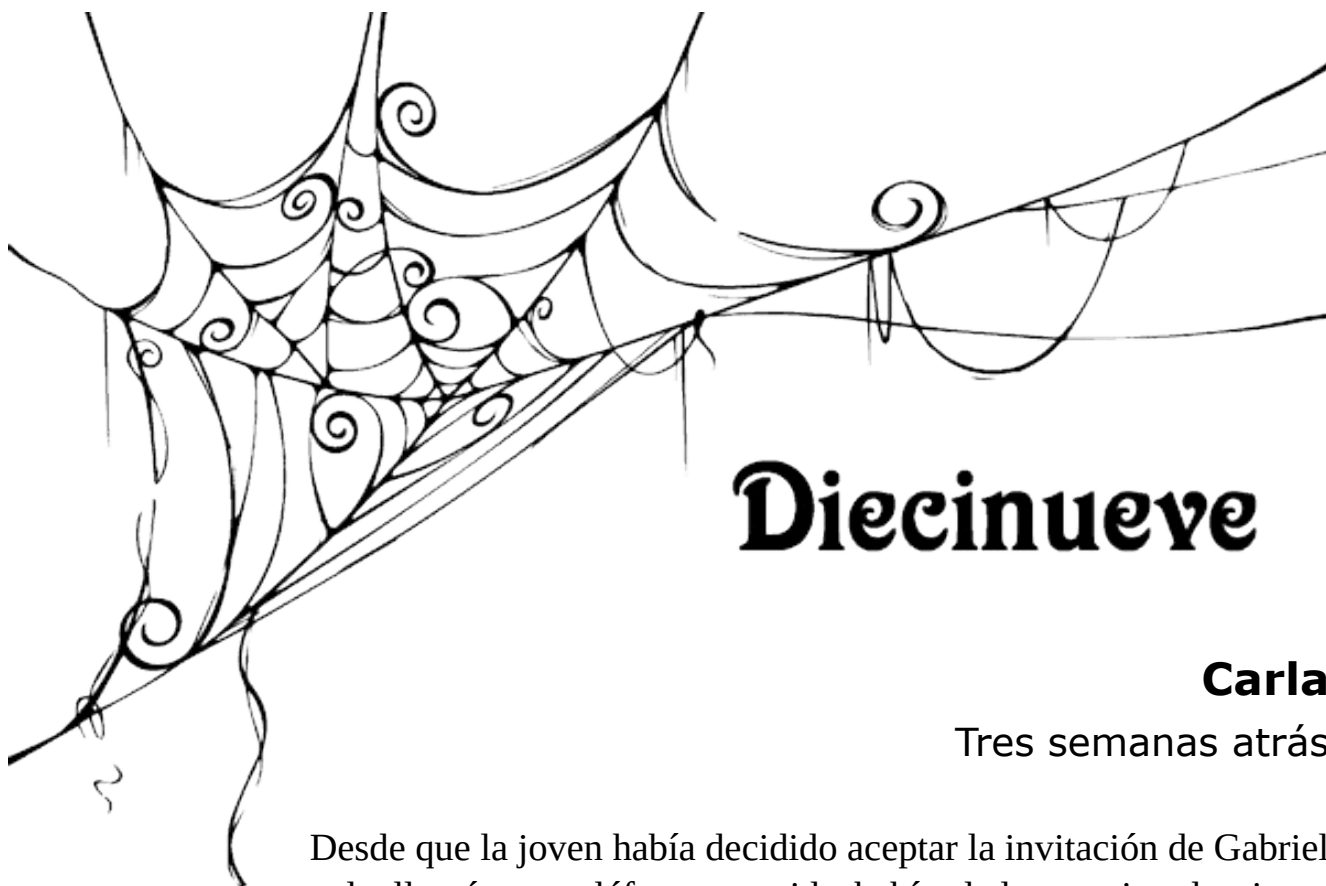
—No te preocupes, voy a salvarte —le digo.

Él intenta decirme algo pero la voz le sale rota. Se da la vuelta y desaparece. Veo cerrarse la puerta pero no he sido lo bastante rápida como para verle abrirla.

Me dirijo a la cama sobre la cual me siento.

Esto es una locura. Voy a intentar, si no dormir, descansar algo para recuperar toda la energía que pueda. Necesito ese báculo, y pienso conseguirlo sea el emperador un amable anfitrión que me lo entregue u otro obstáculo a superar.

Siento, a través de ese extraño vínculo que nos une, la aprobación de Gabriel.



# Diecinueve

**Carla**

Tres semanas atrás

Desde que la joven había decidido aceptar la invitación de Gabriel y lo llamó por teléfono, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados.

Quedó con él en una cafetería del centro y el chico apareció acompañado. Una parte de ella creyó que sería su novia. Lógico. Los chicos mayores, sobre todo los que eran tan guapos y seguros de sí mismo como este, solían tenerla. Sin embargo, la presentó como su hermana Sara y Carla se sintió feliz. Vale que era un poco tonta la atracción que sentía por él, como si tuviera tan poca personalidad como para quedarse prendada del primer chico guapo que parecía creerla; pero que le dijeran eso a la sensación como de ensoñación que se expandió en su pecho cuando él le sonrió y le pidió que le relatara lo del bosque, lo de la bestia. Además, Sara parecía incluso más joven que ella y le había cogido la mano para animarla cuando les contó las partes más duras, la muerte de sus amigas. Ellos se interesaron por su temperatura corporal más elevada, que las protegió del frío. Entonces le contaron que era especial y que por eso se había salvado. De normal no les había creído. Parecía la típica fantasía donde tú tienes un don y una misión en la vida que te hacen única. Pero Carla estaba cansada de que nadie la creyese a ella. Además, la hermana hizo algo con sus dedos mientras susurraba una de las palabras que habían aprendido en clase en el internado. Entonces su cucharilla de café se separó unos centímetros de la mesa, como volando, y se quedó suspendida en el aire. No necesitó más. Bebió de las palabras de Gabriel y de la sonrisa amable de Sara como si fuera lo que llevaba meses necesitando escuchar. ¿Que ella tenía magia y eso la había protegido de la bestia y del lavado de cerebro de Eloísa? ¿Que esta era malvada? ¿Que Sara era una sanadora y quería tomarla bajo su tutela? Perfecto. Sin problemas.

Al día siguiente una prestigiosa psicóloga fue a ver a su madre. Le explicó que estaba realizando un estudio sobre los recursos de la mente para sobrevivir a una situación traumática. Por lo visto, podía ayudar a Carla. Su madre, que aunque quería creer la versión de su hija con todas sus fuerzas, en realidad estaba muy preocupada por lo del lobo que no era lobo, accedió. En cuanto rellenaran los papeles, la joven viajaría con la psicóloga al campo oscense, donde esta realizaba su estudio y su terapia. La mujer veía a su hija muy ilusionada ante la idea, pues había otras chicas con lo que no estaría sola y, además, le decía que dejar de ir a clase, donde todos la veían como la rara o la loca, le ayudaría mucho.

Y lo hizo, aunque no como imaginaba su madre.

Bajo la ayuda de Sara, comenzó a aprender magia curativa y a rezar a la Diosa para conseguir aumentar sus recursos naturales. En realidad, Sara no era su tutora, pues ella misma todavía era estudiante, además de demasiado joven. Pero vivía en la casa de la familia Sefeli, el tutor de Sara le daba clases particulares y su nueva amiga la ayudaba con los ejercicios prácticos. Dormía en una habitación cercana a la de la hermana y no demasiado lejos de la de Gabriel. Sus momentos favoritos del día, aparte de cuando practicaba magia, eran aquellos en los que se cruzaba con él. Solían ser encuentros casuales donde el chico la saludaba con una sonrisa y se interesaba por sus progresos. Poco a poco, Carla comenzó a buscarlos. Como en el momento presente, cuando ella ha ido a por algo de agua justo cuando sabe que él está volviendo de entrenar. Se lo cruza en los jardines de la finca de la familia. Un terreno de varias hectáreas donde está su casa, una piscina, pistas de entrenamiento y un gimnasio; así como campos de cultivo rodeándolo todo. De acuerdo que ella no necesitaba salir de la casa para ir a por agua, pero tampoco es que importe.

—¿Qué tal la mañana? —le pregunta Gabriel.

Recién duchado, con el pelo todavía mojado, está incluso más atractivo de lo normal. Carla intenta que no se le note demasiado que cuando lo mira se lo come con los ojos.

—Bien, estoy en un descanso entre clases.

—Joshua es muy duro —se refiere a su tutor— pero es el mejor. ¿Qué tal te trata?

—Bien. Aunque muchas veces compara a Sara contigo. Sales bastante bien parado.

—¿En serio? Lo hace para que se esfuerce más. A mí también me lo hacía.

Su rostro se ensombrece por momentos al recordar a su difunto hermano mayor.

Ella intenta sacar otro tema, pues no quiere verle triste.

—¿Y es verdad que una vez acabaste con un demonio tú solo?

—Bueno, no fue para tanto. —Se encoge de hombros, animado al ver la admiración en la chica.

—Yo creo que sí, que fue muy heroico.

Gabriel se echa a reír. No fue para tanto. Se pregunta quién le habrá contado la historia y de inmediato se imagina que Sara. Ella siempre aumenta sus méritos pues,

como hermana pequeña, le quiere mucho.

—¿Y tú has visto muchas cosas heroicas?

—No, bueno, pero las veré o viviré. Somos samuae, ¿no? Está en nuestro sino. Sara dice que cuando tenga dieciséis haréis una ceremonia para convertirme oficialmente en cazadora y que podré ayudar con curaciones. También que el año que viene comenzarán a enseñarme magia de defensa, por lo de mi afinidad con los escudos, para que pueda ayudar con runas a los que os vayáis a pelear.

—Si no combates no verás demasiadas cosas heroicas —se burla él.

—Pero mi novio sí, seguro.

—¿Tienes novio?

La joven se pone colorada como la grana y niega con la cabeza.

—¿Y tú? —decide preguntarle.

Le ha hecho esa misma pregunta a su hermana en una ocasión. Ella le contó que Gabriel simuló estar con Tory, pero que todo era fingido.

—No. Me gusta una chica, pero a ella le gusta otro.

—¿En serio? ¡Qué tonta! —le sale del alma.

Y está contenta, porque eso le da una oportunidad a ella. En esa casa no hay demasiadas chicas jóvenes y Gabriel no sale demasiado de los límites de la finca. Quizás con el tiempo...

—Lo sé. —Le guiña uno de sus ojos azules—. Anda, yo que tú me iría no vayas a llegar tarde y hacer esperar Joshua el terrible —bromea.

En ese momento, escuchando la última frase mientras se acerca, aparece Sara.

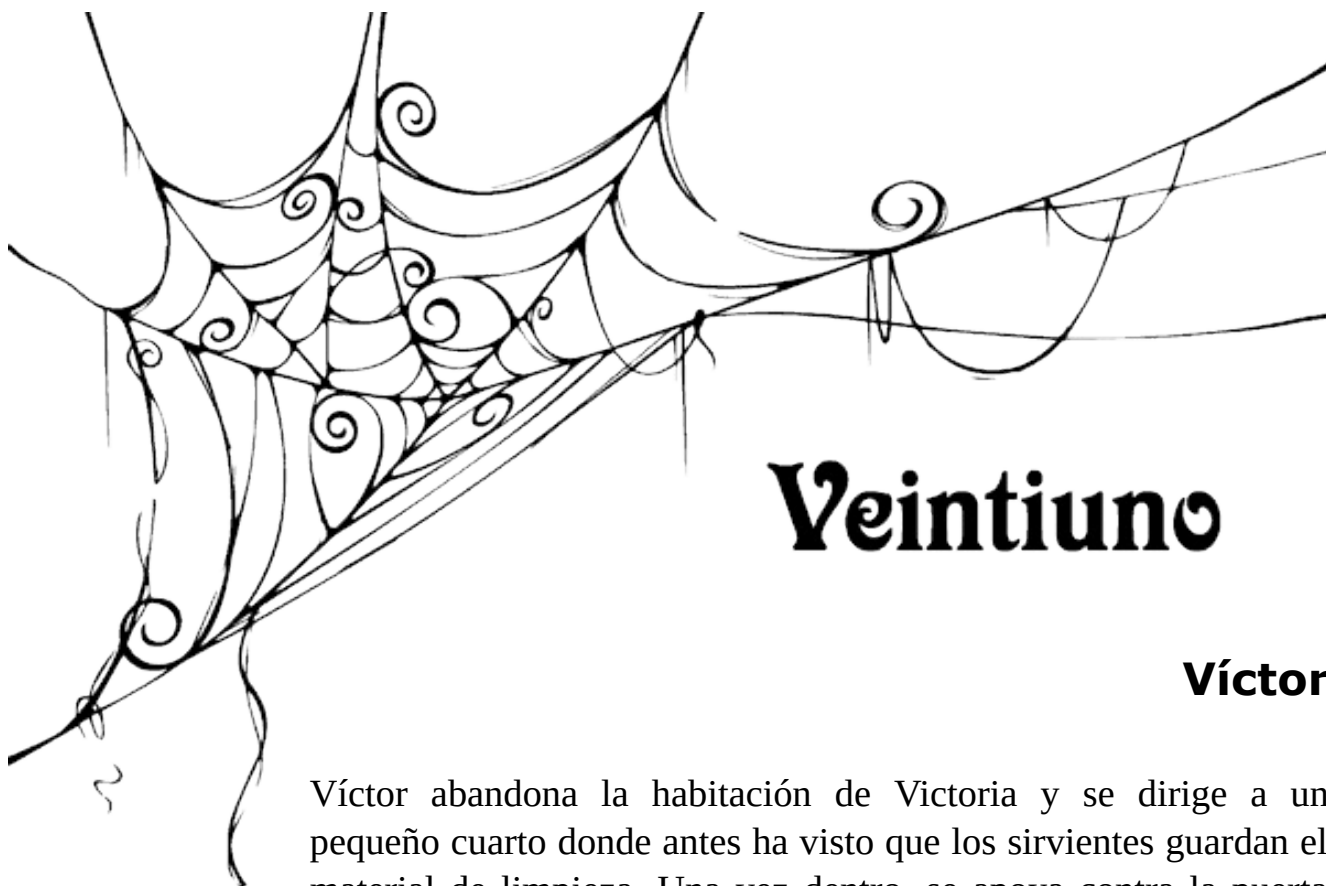
Carla, emocionada por su conversación con Gabriel, estaría dispuesta a enfrentarse a tres o cuatro Joshuas los terribles, pero su amiga no parece pensar lo mismo.

—¡Y tanto! Llegas tarde y me ha mandado a buscarte. ¿Aún no sabes lo mal que le sienta la impuntualidad? Como por tu culpa nos tenga recitando salmos de tercer nivel toda la mañana yo te mato.

—Eh... lo siento, ¡voy! Hasta luego, Gabriel.

—Eso, hermano, tú no la entretengas.

El aludido muestra sus manos y niega su culpa. Sara le amaga una colleja. Corriendo, las dos jóvenes se van a clase. Carla, que en teoría ha ido a por agua, derrama parte de la que lleva en un vaso. Entre risas, Sara le vuelve a decir espera que no la castiguen por su culpa.



# Veintiuno

**Víctor**

Víctor abandona la habitación de Victoria y se dirige a un pequeño cuarto donde antes ha visto que los sirvientes guardan el material de limpieza. Una vez dentro, se apoya contra la puerta para que no puedan abrirla mientras está dentro, por si acaso.

Entonces, se quita una de sus botas y pasa sus dedos por la runa que, invisible como todas, lleva pintada cerca del talón. Esta brilla en rojo al activarse y desaparece. Es una de las cinco con las que cruzó al otro lado del portal. Le permiten hablar con su madre y ya solo le quedan dos más. Ese tipo de magia, aunque sencillo en un mismo plano, aumenta bastante su complejidad si se trata de comunicarse entre dos diferentes. Eloísa podría haberle tatuado alguna más, pero se habría quedado demasiado cansada considerando que también tuvo que abrir el portal. Algo que ella siempre le ha inculcado es que no es bueno agotarse, seas hechicera o guerrero. Y, desde luego, una matrona debe siempre conservar fuerzas para un posible ataque a su casa.

—¿Víctor? —nota cómo se forma la voz de su madre dentro de su cabeza cuando ella escucha su llamada.

—Sí. Tengo noticias, señora.

—Cuéntame.

—Confirmo la presencia del dios. Le he visto dar poder a uno de sus guardias. No tenemos mucho tiempo. He hablado con Victoria y he fracasado, no he logrado convencerla.

—¿Sabes lo que tienes que hacer?

—Sí, madre. Cumpliré con mi cometido.

—Tu padre y yo intentamos que no sea necesario. Hemos mandado un escuadrón; están tras de ti, siguiendo tus pasos.

Víctor asiente porque ha creído escucharlos cuando se acercaba a palacio, después de la última vez que habló con su progenitora, cuando le contó sus sospechas sobre el dios.

Así pues, se imaginaba que ella podría haberle mandado refuerzos. Considerando que se mantenían a distancia, se limitó a estar alerta por si no eran de los suyos y a continuar con su misión. Pues si eran refuerzos, ya se lo diría Eloísa.

—¿Y cuáles son las órdenes? —pregunta con el tono de voz serio y respetuoso con el que suele hablar con su madre.

—Vamos a intentar sacaros de allí a ti y a Victoria antes que esta pueda tocar el báculo. Si fracasamos, la orden de matarla sigue en pie.

—Como digáis, madre.

—Ahora dime dónde está Victoria para que pueda comunicarme con Eisuo y darle su posición.

Víctor se alegra al escuchar ese nombre. Eisuo es su antiguo instructor, el entrenador que supervisaba su aprendizaje cuando entrenaba para ser un Astaquin. No se le ocurre un guerrero mejor para confiarle su vida y la de Tory, excepto, claro está, su padre.

—Bien —le dice Eloísa una vez tiene el dato que desea—. Ve con tu esposa. Si Eisuo llega tarde y ya la ha reclamado el emperador, rescátala y escóndete con ella antes de que se la lleven. Prepárate. En unas dos horas tendremos listo el ritual para sacaros de allí.

Se despiden y cortan la comunicación. Víctor, tomando medidas para lo peor, se va a hacer ciertos arreglos en varios de los tapices que hay cerca de la habitación de Tory. Prepara una emboscada para los guardias por si estos vienen a por ella antes que Eisuo. Aunque sabe en qué dirección se encuentra la sala del emperador, prefiere arreglar los tapices a ambos lados del pasillo, para tener cubiertas las dos posibilidades. Por su parte, Eloísa le pide a su segunda, la jefa de estudios Ashley Bloom, que avise a las otras matronas para que vayan con urgencia a su castillo, ya que hay que iniciar de inmediato el ritual. A continuación, activa la runa de comunicación azul que tanto ella como Eisuo tienen grabada. Tienen menos tiempo del que pensaba. Hay que darse prisa.





# Veintiuno

**Gutiérrez**

Tres semanas atrás

Gutiérrez, que está en los vestuarios del gimnasio guardando sus cosas en la taquilla —acaba de llegar con la idea de entrenar un poco—, nota cómo vibra su móvil. Lo coge y ve un número que no conoce.

—Gutiérrez, diga.

—Buenos días —le contesta una voz con un fuerte acento alemán—. Mi nombre es Willmarr Grünkorn, soy el hermano de la madre de Kate. Me gustaría hablar con usted. Es referente a las preguntas que le hizo a ella.

Eso ha sido hace unos días, poco después de que Martínez le contratara. ¿Querría contarle algo nuevo? ¿Algo como lo que ya sabía tras los últimos acontecimientos?

—Claro, dígame.

—Preferiría en persona. Nunca se sabe quién puede estar escuchando una conversación telefónica. Estoy en Zaragoza, en la cafetería que hay en la calle donde vive.

—¿Ha buscado donde vivo?

—E incluso he viajado de propio para verle. Así que, ¿podría dedicarme unos minutos y venir a tomar un café o una cerveza?

Mirándolo así...

—No estoy en casa, sino en un gimnasio a un par de manzanas. Deme diez minutos y estoy allí.

—De acuerdo. Le aguardo sentado en la mesa del fondo, la más alejada de la entrada. Aunque Eloísa me ha enviado su foto entre otros datos, así que le reconoceré.

Le cuelga el teléfono antes de que Gutiérrez pueda contestarle.

Eloísa... ¿por qué será que no le sorprende? La directora está intentando

convencerle de que acepte su ayuda y por lo visto ha llegado al extremo de hacer venir al tío de la difunta Kate desde Alemania. ¿No era allí a dónde dijo que quería mandar a su prima y sus sobrinos? Sin duda sí es allí donde Francisco sospecha que la mujer estuvo hace unos quince años.

Pasados esos diez minutos, cuando entra en la cafetería, ve a Grünkorn sentado en la mesa de más al fondo. Por la hora que es, casi las nueve y media, el local está bastante lleno, sobre todo de madres que han dejado a sus hijos en el colegio infantil cercano y se están tomando un café antes de volver a sus respectivas tareas matutinas. El alemán, con su traje de chaqueta y corbata, destaca entre la manera de vestir más informal de las madres. Además de, por supuesto, por el gesto adusto con el que observa la puerta hasta que ve a Gutiérrez. Entonces, le hace una seña con la mano y se pone en pie para saludarle.

Una vez ambos están sentados y han pasado las presentaciones, con Francisco frente a una caña que le ha pedido al camarero, Willmarr suaviza su expresión seria y comienza a contarle el motivo de su presencia. Aparenta unos sesenta años y las arrugas de sus ojos y labios se marcan más cuando habla.

—Lo primero me gustaría que me viera como alguien que está en su mismo bando. Y no, no me diga que no hay bandos porque han intentado matarle. —Con un gesto de su mano, le indica a Gutiérrez que no le interrumpa—. Eloísa le ha cogido bajo su protección. Quiere incluso ayudar a su familia. Es en mi casa donde se alojarían, por eso he venido también a verle, para que me conozca en persona, me pregunte lo que desee y vea que estarían en buenas manos. Y, por favor, deje ya de investigar porque tanto la directora como yo estamos dispuestos a contarle lo que desee saber.

—¿Por qué?

—¿Que por qué le ayudamos?

—No. Que por qué van a contármelo. Qué ganan ustedes —le contesta y después le da un primer trago a su cerveza.

—Buena pregunta. Creía que Eloísa ya le había dicho que admira su determinación y su sentido del deber o de lo correcto, incluso cuando los suyos le han dado la espalda y despedido.

—Sigo teniendo amigos en comisaría. No me han dado la espalda. La decisión de mi despido vino de más arriba.

—No quiero discutir. Ella cree que usted puede ser una buena incorporación a sus filas, que puede fundar lo que yo dirijo en Alemania: un grupo de seres humanos que saben quiénes son los ashlae y los samuae, que apoyan y ayudan a los que de verdad no quieren imponerse sobre los seres humanos.

Francisco frunce el ceño. Otra vez eso de las razas mágicas que le ha contado Eloísa. Es demasiado difícil de creer. Una cosa son las sectas satánicas donde sus integrantes están pirados y otra creer que de verdad haya demonios y magia. Una chica como Carla, drogada, pudo creer ver a un ser de otro mundo en el bosque pero

eso no quiere decir que lo hubiera visto. La razón le dice que la directora regenta una especie de mafia y que Sefeli lidera otra. Que ambas están en guerra y que tanto las desafortunadas alumnas como él mismo están en medio. Pero por otro lado ha visto cosas, cosas inexplicables, y la chica no tenía restos de drogas en su organismo... En su momento sintió que le decía la verdad. Y en aquel paseo que dio el otro día con Eloísa por su internado pudo sentir cómo la piel se le ponía de gallina antes de que apareciera ese tentáculo; así como si una mano helada se paseara por su columna. Fue algo extraño, como si su mismo cuerpo le avisara de que algo iba terriblemente mal, de que había una presencia que no debería estar allí, no en este mundo. Entonces lo vio, el tentáculo. Estuvo allí, suspendido delante de él, durante unos segundos. Sentía repulsión y un terror como nunca antes había sentido. Pero lo observó, en detalle, y vio que sus ventosas se podían corresponder con las marcas de las chicas muertas. Entonces desapareció, la vida pareció volver a la normalidad y él se descubrió volviendo a respirar. Eloísa lo miraba interrogante. Gutiérrez negó con la cabeza, no quiso preguntarle por eso ni hacer caso a sus sentidos.

Después, se había autoconvencido de que no habían sido más que trucos para engañarle.

Pero ahora... ahora duda. Todo lo que sabe de cómo funciona el mundo niega lo que ha visto. Pero ¿y si es real? Y allí está el alemán, mirándole con paciencia como si fuera un niño pequeño y dispuesto a explicarle todo en detalle, poco a poco.

Asiente y le pide que continúe. Quiere escuchar lo que tenga que decirle. Este le explica cómo funciona su grupo en Alemania. Los recursos se los proporciona Eloísa, quien les paga a todos generosos sueldos. Es un trabajo arriesgado, más que el de policía, pero eso no le supondría a Francisco ningún problema. Lo que no le gusta son más bien dos cosas: tener que creerse lo de la magia y la posibilidad de que todo sea mentira. Que no fuera Sefeli quien le hubiera disparado sino Eloísa para intentar captarle. Al fin y al cabo, ningún francotirador puede ser tan malo.

—Escudos de energía —parece leerle la mente Grünkorn—. No se asombre, yo al principio tampoco me lo creía y recelaba, buscando otras explicaciones. Ellas pueden hacer escudos a prueba de balas, las cuales rebotan contra ellos.

Están un rato más hablando. Gutiérrez decide exponerle sus dudas con claridad y el alemán le aclara todo con seriedad y paciencia. Por lo visto, Francisco está pasando por lo mismo que él unas décadas atrás. Y, como le repite cada vez que Gutiérrez saca el tema de las alumnas muertas, Kate estaba orgullosa de poder estar en esa escuela pese a los riesgos. Las otras chicas muertas, aunque no lo supieran, no eran humanas luego no les correspondía a estos juzgar a Eloísa.

—Entiéndame, no es que lo vea bien pero es otra raza, otra sociedad. Tienen sus valores y no son tan diferentes de los nuestros. Tienen su ley. Creo que como antiguo policía eso puede entenderlo y respetarlo.

Gutiérrez asiente. Así visto parece sencillo pero, lo que más le hace pensárselo es el hecho de que Sefeli y los suyos representen un peligro para los seres humanos. El

alemán le nombra a varios cargos importantes tanto en el gobierno como directores generales de empresas y bancos que están ocupados por samuaes. Por lo visto, ninguno por ashlaes. Estos pueden tener a gente controlada, pero es más que nada para protegerse de los intentos samuae de acabar con ellos. Por otra parte, Willmarr le enseña también fotos y videos de su casa, de su mujer y del hijo que aún vive con él. Parecen buena gente. Si todo lo que le cuenta es verdad, su prima y sus sobrinos estarían bien allí. Y a salvo, pues tienen vigilancia y medidas de seguridad.

—Tengo que pensármelo —acaba diciéndole.

—No se preocupe, le entiendo, yo haría lo mismo.

Se despiden. Sefeli no ha vuelto a intentar atentar contra su vida. Según Eloísa y Willmarr, porque Catrina intervino dejando claro que él está bajo su protección. No tiene pruebas de que no sea todo un montaje de la directora. Al fin y al cabo, con lo manipuladora que es, le pegaría.

Decide esperar y, por si acaso, pasar todo el tiempo posible con su familia, para poder protegerles en el caso de que alguien intentara algo.



# Veintidós

**Victoria, Gabriel y Víctor**

Victoria

No entiendo cómo soy capaz en un momento así, pero al poco de tumbarme sobre la cama me quedo dormida. Mi autoestima quiere creer que se debe a que es demasiado deliciosa y blandita comparada con unos dos meses de duro suelo, que no es porque no me importe nada todo lo que me acaba de contar Víctor.

Porque me importa y me preocupa. Tanto que nada más sumirme en un sueño entro en esa pesadilla recurrente donde lo asesino y me gusta. También me gusta el poder, como cuando maté a Paula. Quizás por eso me horrorice tanto el sueño. Esta vez, me deleito en la mueca de su rostro congelado por el rigor mortis, en su expresión de incrédulo dolor ante mi traición. Es como si me hubiera quedado horas junto a su cadáver, disfrutando de haberle roto el corazón justo antes de matarlo. Entonces aparece Gabriel dentro de la pesadilla, tendiéndome la mano, y me despierto sobresaltada. Me incorporo hasta quedar sentada en la cama. La habitación está iluminada por las antorchas. Él no se ha ido, sigue aquí, conmigo. Es como si su cuerpo estuviera hecho de niebla. Siento el vínculo con él más fuerte que nunca. Mi voz tiembla al llamarlo y él me consuela, me tranquiliza, me dice que esa pesadilla está provocada por mis miedos, que no es ninguna videncia.

Antes de que pueda preguntarle por eso de la «videncia», por cómo sabe que lo pienso, o por cómo ha logrado entrar en mi pesadilla, su rostro fantasmal se desvanece. Sigo sintiéndome mal por lo de disfrutar matando a Víctor, pero sé que Gabriel tiene razón. No pude matarlo cuando era por el bien de todas las chicas del internado, menos podría ahora que sé que puedo salvarlo.

Sonrío, un poco mejor tras la ayuda de Gabriel. Me vuelvo a tumbar y esta vez no

me duermo, aguardo hasta que llaman a la puerta. Vienen a buscarme. Por lo visto, el emperador me recibirá ahora.

Un sirviente y una escolta de seis guardias han venido a buscarme. Se nota que mi sobrenombre les ha hecho enviar a más soldados de lo normal. Me siento halagada. El sirviente me precede y los guardias avanzan por detrás de mí. No llevan armas, pero si hasta ahora el nativo más alto con el que me he encontrado mediría unos dos metros veinte, estos parecen llegar a los dos cincuenta. Imagino que el emperador elige a los más grandes y fuertes para él. Llevamos recorridos tan solo unos metros de pasillo cuando de repente escucho dos golpes a mi espalda. Me giro y me encuentro a Víctor que me agarra y me coloca sobre su hombro. Escucho otro golpe seco, gritos y el crepitar de unas llamas avivándose.



## Gabriel

La ayuda que le están dando a Gabriel los suyos, para que pueda llegar mejor a Victoria y fortalecer su vínculo, es increíble. Cuando ella por fin acepta en sueños que ha de matar a Víctor, el joven aparece en medio del campo de batalla, de los cuerpos muertos de los ashlae, y toma su mano. No quiere que vuelva a sentirse horrorizada al despertar, desea tranquilizarla, que en ningún momento esas videncias puedan hacerla dudar de que debe tocar el báculo de la Diosa.

Siente la energía divina que le transmiten tanto Sara como el resto de samuaes que le rodean. La Diosa va a volver y su familia va a ser artífice de Su renacimiento. Sin duda, eso que emana de su padre es aprobación.



## Víctor

No tengo suerte y los guardias van a buscar a Tory pasada una media hora. Los refuerzos aún no han llegado. Vienen por el lado del pasillo que está más cerca de la sala del emperador, como imaginaba. Yo estoy encaramado al soporte de uno de los tapices que cubren la pared, oculto entre las sombras donde no llega la luz que proyectan las antorchas. Cuando la sacan del cuarto, no puedo creer que la lleven así, sin hacer una formación alrededor de ella. Esto va a ser incluso más sencillo de lo que he imaginado; si bien no creía que fueran a venir tantos guardias a por mi esposa. Me siento extrañamente orgulloso: mi cosita es fuerte y se ha labrado una buena fama.

Me pongo en marcha cuando el sirviente y ella han alcanzado y sobrepasado los dos tapices que, a ambos lados del pasillo, he preparado rajando gran parte del tejido que los sujeta a una barra metálica. Con un gesto, acabo de rajar la pesada tela del tapiz en cuyo soporte me sujeto y se la lanzo a los guerreros. Gracias a la cuerda que he tendido entre ambos amarres (una suerte que los tapices se cuelguen casi a la altura del techo), voy con rapidez a la otra pared, donde doy un segundo tajo. Hasta ahora, todo en silencio. A continuación, salto hasta el soporte de la antorcha más cercana, en dirección hacia Tory, y la tiro sobre sendos tapices que todavía están en el aire, cayendo sobre las cabezas de los guardias. En breves instantes, les tapan la vista y les desorientarán. Aún no ha prendido el fuego que yo ya he saltado al suelo. Escucho entonces el sonido de los tapices al caer sobre los guardias. Corro a por mi chica. La veo girarse. Perfecto. Así me resulta más sencillo agarrarla por la cintura y echármela al hombro. En cuanto al sirviente que tarda un poco más que ella en reaccionar, lo embisto con el otro costado y lo estampo contra la pared, dejándolo sin aire. Ya casi está. Solo tengo que seguir corriendo y alejarme antes de que los guardias se deshagan del tapiz en llamas. Considerando cómo les afecta el fuego, no debería de resultarme difícil.

Con lo que no contaba era con que hubiera una patrulla de guardias por delante con la que me encuentro de frente pasado un minuto. Tory no hace más que gritarme que la suelte, así como darme puñetazos y patadas en la espalda y en el pecho. Como me desequilibran y tengo que pelear, la suelto y dejo en el suelo antes de ir a por ellos. Son cuatro. No tan grandes como los de antes pero casi. Además, la alarma, pues imagino que eso es el sonido de gong que escucho, lleva sonando casi desde que comencé a correr con ella. Van a venir más, seguro. Tengo que darme prisa.



## Victoria

Víctor es un bruto. Me agarra sin ningún tipo de cuidado y pretende raptarme. Tenía que haber imaginado que haría algo así. No quiere que le salve. Estar cabeza abajo es incómodo y su hombro se me clava en la cadera a cada paso. Así que le grito que me baje y comienzo a golpearle. No puedo hacer mucha fuerza en esta postura pero seguro que le molesta.

Entonces, de repente me veo en el suelo y él se aparta de mí. Saca dos dagas y va a por esos guardias nativos a los cuales les llega por la altura del pecho. Si no fuera porque sé que es un Astaquin, tendría miedo por él. Pero no dudo que les vencerá. Yo misma he podido con dos de ellos, así que él podrá con cuatro. Debería echar a correr para volver con los guardias de detrás, a los que he visto luchar para salir de un tapiz

en llamas cuando iba boca abajo. Pero no puedo. No quiero que le hagan daño. Odio sonar tan contradictoria. Me quedo mirando cómo se mueve, ágil, dándoles tajos en las rodillas para tumbarlos e incluso saltando a uno de ellos para darle un par de cortes en la articulación de los hombros. Ya me gustaría a mí saber pelear así... Entonces oigo ruidos a mi espalda. Imagino que son los guardias de antes y me aparto del camino sin dejar de mirar la contienda. Antes de que llegue a la pared noto un fuerte dolor en el cuello. Uno de ellos me ha agarrado y tirado de mí hacia detrás. Grito. Caigo contra él, quien me aparta y deja paso a los demás guerreros.

—Me has hecho daño —protesto.

Me ignora, parece darle igual.

Me entran ganas de defenderme, de convocar al fuego sobre esas zonas agrietadas que veo en el enorme brazo que me apresa por el cuello y aprieta contra su gigantesco pecho. Me reprimo. Todavía no sé si el emperador es amigo o enemigo. Este guardia podría simplemente intentar rescatarme de Víctor.

¡Víctor!

Vuelvo a centrar mi atención en la pelea, ahora sí temiendo por su vida ya que son demasiados. Todavía sigue en pie, aguantando. Seis de sus enemigos están en el suelo arrastrándose, con las articulaciones de sus rodillas rajadas, para intentar agarrarlo y desequilibrarlo. Pelea contra los otros tres, que van a por él a la vez. Entonces el guardia que me tiene presa lo cambia todo. Me eleva por los aires, agarrándome por un costado y las piernas. Duele. Grito. Entonces me veo volando por los aires directa hacia Víctor. Convoco un escudo. Le caigo encima. Es todo muy rápido. Mientras vuelo, nuestros ojos se encuentran en el tiempo de un latido. Veo que no sabe si me he escudado, que va a intentar cogerme. Quiero decirle que no pero mi boca no me responde. Él extiende los brazos. Caigo sobre él. Conmigo encima no puede defenderse. Al instante los demás guardias le cogen preso.

—¡No! —grito cuando parece que van a matarlo, que dos lo sujetan mientras un tercero va a partirle el cuello o arrancarle la cabeza (son muy fuertes, les he visto hacerlo)—. Os juro que como le toquéis no colaboraré con vuestro emperador. Soy su invitada. Dejadlo.

Dudan. No saben qué hacer. Al final, el que debe de ser el cabecilla da la orden de que se limiten a agarrarlo entre cuatro, uno de cada pierna y cada brazo. Caminamos. Los guardias no han dudado en hacerme daño para reducir a Víctor. O para sujetarme. No me gusta. Gabriel dice que el emperador está de nuestro lado pero empiezo a pensar lo contrario.

«No», comienza a decirme su voz, «confía en mí, por favor». Pero estoy cansada y me duele horrores el cuello, tanto que nuestro vínculo se debita.





# Veintitrés

**Victoria, Gabriel y Eisuo**

Victoria

Llegamos a una gran sala. Dos guardias nos abren la puerta y la cierran por detrás de nosotros. Como el resto del palacio, no parece coherente con la arquitectura de una pirámide y está lujosamente decorada. Abundan los tapices como en el pasillo y las alfombras como en la estancia donde he descansado. No tienen dibujos, tan solo una mezcla de colores cálidos que resulta agradable. También hay estatuas similares a las del dios de los panteones familiares. El emperador, que me aguarda entre cojines, es incluso más grande que los guardias. Yo diría que, si no llega a los tres metros de alto, le faltará poco y, cómo no, su anchura de hombros es proporcional a lo que en la tierra sería un culturista hipermusculado dibujado en una caricatura exagerada. Todo ello con su aspecto de piel como caparazones de cangrejo que se unen en las diferentes articulaciones musculares, como todos sus súbditos. Al entrar en la misma estancia que él y, sobre todo, al mirarle, siento que de él emana una gran cantidad de energía. Frunzo el ceño. No lo entiendo. Aquí no hay magia. ¿Quizás el emperador es un hechicero y por eso ocupa el trono?

Antes de que pueda darme cuenta de que esa energía es similar a la de la luna y a la de mi interior, donde reside la Diosa, me indica que avance. Lo hago hasta quedar a pocos pasos de él y su corte de sirvientes que revolotean a su alrededor como esperando encontrar modos de agradarle.

—Así que tú eres la criatura del planeta a donde fue Naea —me dice con una voz cargada de poder.

—¿Naea?

No entiendo a qué se refiere.

—Mi hermana. Aquella cuyo báculo buscas.

Entonces sí me doy cuenta de que su energía vibra como la de la Diosa. Me embarga asombro y reverencia al darme cuenta de que estoy ante la presencia de un dios. Siguiendo un impulso, me arrodillo.

—No quiero tu adoración, gwelenkta, ya que sirves a Naea y, por ello, no puedes servirme también a mí.

No entiendo a qué se refiere. Me quedo quieta.

—Levántate pues, gwelenkta. Puedo ver que ella está en ti, que serás un buen recipiente. Tienes suerte. Puedo darte lo que buscas.

¿Recipiente? Antes de que pueda extrañarme demasiado por su palabra (quizás la haya entendido mal, ya que mi dominio del idioma nativo no es muy bueno), él hace un gesto con una de sus manos y de inmediato dos de sus siervas alzan uno de los cojines del suelo, sobre el que está apoyado el bastón más bonito que jamás haya visto.

Está hecho de plata o de oro blanco o de algún otro metal argénteo que refleja la luz como un arroyo de montaña ante la luna llena. Una joya, redonda como una perla y del tamaño de un puño, decora su empuñadura. Cuando me lo acercan y colocan al alcance de mi mano, veo que tiene delicados tallados con motivos de vegetación y lo que parecen olas. Los motivos vegetales se extienden más allá de la empuñadura, decorando la barra cilíndrica que forma el tubo del bastón. Esta presenta varias concavidades, como si hubiera habido otras joyas (no las cuento pero son muchas, más de una docena seguro) y las hubieran retirado. Es muy hermoso y parece llamarme. La voz de Gabriel vuelve a mi oído con fuerza y éxtasis. Me susurra que lo coja, que cumpla aquello que más deseo.

Alargo los dedos. El dios sonrío complacido. Víctor, en el inicio de la sala y sujeto por los guardias, me grita que no lo haga, que moriré. La imagen de pesadilla donde lo mato vuelve a mí. Dudo con mis dedos a medio camino. Pero el bastón me llama... Gabriel me apoya, el dios también.

Entonces me doy cuenta de la energía que va del emperador hacia mí, como si intentara influenciarme. Recuerdo a su guardia agarrándome por detrás y tirando. Los ojos del emperador, fijos en mí, parecen decirme que no importa, que nada importa ya, que tome mi premio. Pero el dolor de mi cuello me ayuda a aferrarme a la realidad. Rememoro también las palabras amargas de Víctor contándome que mataron a su hermano y su expresión dolida cuando, en vez de creerle, me limité a juzgar con dureza lo que me contaba sobre los suyos.

Vuelvo a dudar, detengo mis dedos a pocos centímetros de la empuñadura.

¿Y si es verdad? ¿Y si los ashlae no son tan malvados como Gabriel los pinta? ¿Y si estoy en medio de una guerra entre seres no humanos y lo he entendido todo mal? ¿Y si al tocarla me convierto en el ser todopoderoso de mis pesadillas y acabo con mi esposo en vez de salvarlo?

Gabriel me grita que la coja.

Me niego.

Entonces, a una palabra de su emperador, las siervas avanzan un paso hacia delante para que yo toque el báculo. Salto hacia atrás al tiempo que genero una corriente de viento que manda al bastón y al cojín al suelo.

Todo parece congelarse.

El emperador me mira con lo que parece una mueca decidida en su rostro.

Víctor está renovando en vano sus esfuerzos por soltarse.

E irrumpen en la sala seis guerreros gritándome en español que aguante.



Gabriel

Quince minutos atrás

En el gimnasio de los Sefeli, en el enorme espacio sin máquinas que utilizan para los entrenamientos de combate, Gabriel está de pie con el ceño fruncido. Le está costando mucho esfuerzo concentrarse en su vínculo con Tory. Su padre, cuyo rostro y manos pueden verse casi curados, está a su derecha. A su izquierda se encuentra Sara, con Carla tras de ella. El resto de miembros de la familia, cazadores bajo el mando de Óscar, les rodean. Hay incluso varios representantes del consejo que han venido para ser testigos del triunfo o fracaso de la familia Sefeli.

Por todos ellos, Gabriel relaja todo lo posible su mente para que dos de los testigos del consejo puedan conectarse a su mente y proyectar una especie de holograma con lo que él ve. Está poco nítido y les ha costado toda la magia de sus dos familias de cazadores tras realizar un ritual que selló el hechizo en los pergaminos que han leído para crearlo. Por su parte, tanto Sara, como Carla y el resto de los Sefeli excepto su patriarca, están rezando con Gabriel como foco. Es decir, la energía que les da la Diosa pasa a Gabriel, quien la necesita para continuar viendo lo que ve Victoria y para hablar con ella.

Porque primero Víctor quiso envenenarla con sus mentiras. Sí, mentiras, pues así es como las considera él. Sin duda, ver al mal en su rival es más sencillo que reconocer que el hijo de Eloísa es el único de los dos que de verdad busca lo mejor para ella. Gracias a que Victoria le busca, gracias a todo el poder que le están dando los suyos, el joven logra quedarse con ella incluso después de que despierte de la pesadilla en la que él ha entrado para consolarla. Después, la chica duda ante el báculo y ante el dios. Esa vacilación debilita el vínculo y Gabriel intenta con todas sus fuerzas reforzarlo, hacerle saber que está con ella, que no debe creer a Víctor, que tanto el emperador como él son sus amigos y le están aconsejando con lo mejor.

«¡Toca el báculo, Victoria! ¡Cree en mí! ¡Confía en mí como yo lo hago en ti!», le

pide.

Sara y Carla, a su lado, mientras rezan no se pierden la escena que se desarrolla en palacio. Desean con todas sus fuerzas que Victoria no sea tonta y no rechace el enorme honor que se le proporciona. Sara no le tiene envidia pues es demasiado bondadosa para ello; sin embargo, desearía ser ella la elegida de su Diosa.

Óscar, por su parte, no les quita ojo a los miembros del consejo. Sabe que se juega mucho esa noche. Si no ha entregado a su hijo, si hasta le ha pedido tiempo al consejo, ha sido porque quiere controlar a la chica cuando se convierta en una deidad. Ya ha perdido a un hijo en el proceso y él mismo castigará a Gabriel si le vuelve a fallar otra vez. Si se ve obligado a entregarlo a Eloísa, será él quien se asegure que vaya como un vegetal incapaz ni de balbucear dos palabras. Su familia está ahora mismo a prueba. Cuando su hijo le contó lo del dios decidió apostar, arriesgarse para tener más poder. Lo último que podría soportar sería fracasar y que le degradaran. La joven hechicera debe tocar el báculo. Su hijo se lo pide con todas sus fuerzas.

Pero Victoria ya no le cree.

La chica se echa para atrás, el báculo cae al suelo y entonces el emperador se ilumina, como se decía que hacía Ella cuando, en vez de dar magia a sus adoradores, la usaba para sí misma.

Óscar cree que va a obligar a la ashlae a coger el báculo.

Pero, en vez de eso, el hijo de Eloísa le ataca. Por un momento parece que Victoria va a morir. Óscar mira a su hijo: ¿será capaz de intentar usar la energía que están dándole los demás con sus rezos para traerla? El chico no es consciente, pero en esos momentos su padre lo está poniendo a prueba. No lo hace, Óscar se siente complacido. Entonces, el báculo desaparece.



## Eisuo

Diez minutos atrás

Eisuo, a cargo del escuadrón Astaquin, llega tarde a la localización que le ha dado Eloísa pues, cuando esta le ha llamado para cambiar sus órdenes, estaban lejos. Dos de sus hombres estudiaban el portal triangular de los otros y, el resto, estaban con él buscando modos de asegurar una vía de escape para cuando salieran con la joven estudiante del palacio.

Una vez allí, ve a los guardias del emperador heridos y, por la escena, deduce que han intentado llevar a Victoria ante el dios, que Víctor quiso impedirlo y que ha fracasado. Como ni él ni sus hombres entienden el idioma nativo, por las palabras que escuchan no sabe si lo habrán matado o hecho prisionero. Preparándose para lo peor,

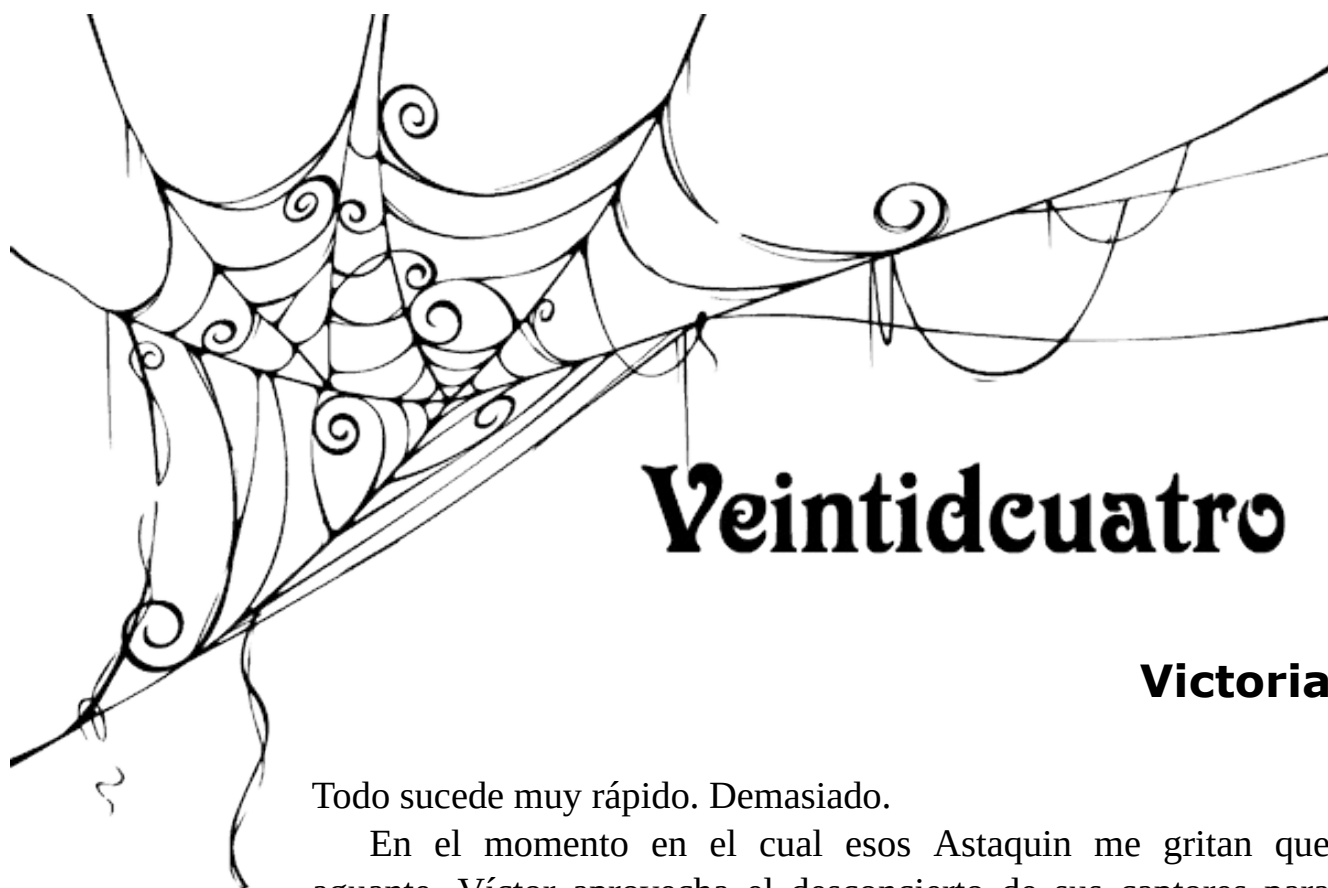
Eisuo ordena a los suyos avanzar hacia la sala donde se encuentra el emperador.

Pero no es tan sencillo.

Puede que ellos sean guerreros altamente preparados y con sus cualidades físicas potenciadas por la magia, pero los sacerdotes del dios también. Quizás su entrenamiento no sea tan estricto, pero sin duda su dios los ha beneficiado sobre el resto de los nativos del plano con un mayor tamaño, la piel más acorazada, un cuerpo más fuerte y agilidad.

Así pues, cuando se encuentran con un grupo de trece sacerdotes que junto con un par de guardias están protegiendo la entrada a la sala, la pelea es brutal. De hecho, está más igualada de lo que a Eisuo le gustaría. Los Astaquin son seis y es solo mediante su nivel táctico superior que consiguen vencerlos sin sufrir bajas.

Entonces abren la puerta de la sala, que está insonorizada mediante un hechizo del dios, y descubren que los sirvientes del emperador están intentando que la esposa de Víctor toque el báculo contra su voluntad.



# Veinticuatro

**Victoria**

Todo sucede muy rápido. Demasiado.

En el momento en el cual esos Astaquin me gritan que aguante, Víctor aprovecha el desconcierto de sus captores para lograr soltar sus brazos y echar a correr hacia mí. Las sirvientas del cojín retroceden un par de pasos, asustadas, y el mismo emperador se levanta e ilumina. El poder que emana de él igual que la luz lo hace del sol, aumenta.

Confieso que me lo quedo mirando, embobada, ya que la parte de la Diosa que hay en mi interior parece desear unirse a él. Entonces Víctor llega a mi altura, me sobrepasa y se abalanza contra el dios para impedir el hechizo que está preparando. Llega justo a tiempo. Interrumpe al emperador, quien parece dejar de brillar por un instante para, de repente, volver a hacerlo con furia, canalizando la energía que había generado en un ataque demoledor contra mi esposo.

Veo un rayo de puro poder blanco directo hacia él. Corro y grito. Pero lo que de mi boca sale no es un aviso sino la palabra que convoca mi escudo. Solo que no es a mi alrededor, como suelo hacerlo, sino entre Víctor y esa descarga que está a punto de impactarle. Doy todo lo que tengo, hasta la última brizna de mi energía y la de mi aoma. Durante unos angustiosos segundos, el escudo tiembla, como si fuera a romperse, pero aguanta. Entonces, justo cuando Víctor me mira de reojo y sonrío dándome las gracias, se resquebraja como si estuviera hecho de cristal. El rayo lo deshace y atraviesa, impactando en la capa del guerrero con sus últimas fuerzas. Pues el dios ha dejado de brillar y, mientras su hechizo de consume, veo cómo la tela negra de Víctor se deshace en jirones y cómo las runas de defensa que tatúan el pecho de la armadura de cuero que lleva debajo se iluminan, resisten el impacto y desaparecen dejándole desprotegido.

—Víctor, ¡no! —grito mientras corro hacia él, como si pudiera ayudarlo.

Ridículo. Yo ya no tengo magia y él es un Astaquin. No debería ir a su lado, sino dejarle pelear tranquilo, sin que tenga que preocuparse también por mí. Pero en esos momentos no soy capaz de pensar: tan solo veo que corre peligro y que tengo que llegar a su lado.

A mis espaldas escucho sonido de lucha. Imagino que entre los otros Astaquin y los guardias y sacerdotes de cerca de la puerta de entrada. Víctor ha sacado dos dagas y ataca al dios cuerpo a cuerpo. Este, más grande y fuerte que ningún nativo, lo encara y evita los filos con una agilidad que no he visto en ninguno de los guerreros de las arenas. Pero sí en los guardias del pasillo... Me quedo quieta, a menos de un metro de ellos. Dos de las sirvientas que había alrededor de los cojines donde se sentaba el emperador, las dos únicas que no se han alejado asustadas hacia la pared del fondo, vienen a por mí. Víctor lo ve, se distrae y un golpe de su rival lo tira hacia atrás con fuerza. Me sobrepasa. Vuela varios metros antes de aterrizar en el suelo a mis espaldas y continuar deslizándose por este. Otra runa de su peto, esta contra impactos físicos, se ilumina y apaga. Espero que tenga más. Al menos las tatuadas en su propia piel si es que el brutal puñetazo del emperador no las ha eliminado también.

—Tory, corre —me dice mientras se pone en pie de un salto.

Voy hacia él, seguida por las dos sirvientas. Entonces Gabriel parece hacer un renovado esfuerzo de hablar conmigo, gritándome que coja el báculo o moriré. Que me deje de tonterías.

—Vete a la mierda, Gabriel —mascullo entre dientes.

Ya he llegado a la altura de mi esposo, quien impide que las siervas me capturen.

Entonces siento como si alguien me observara. Esa sensación extraña que todos conocemos pero multiplicada por cien. Me giro. Víctor está reduciéndolas, usando sus dagas para cortar en la carne más blanda de las articulaciones. Por detrás, el emperador me mira con fijeza mientras se ilumina otra vez. Por un momento me veo capturada por sus ojos. Son plateados; no, son verdosos; no, grises... Son cambiantes, como los colores de los vórtices y yo me descubro pensando en Gabriel e incluso le veo en la Tierra, en una habitación que no conozco, rodeado por un hombre, dos chicas y, más lejos, un montón de cazadores rezando. Entonces sus ojos se vuelven negros, dejo de sentirme encadenada a ellos u observada; el brillo de su piel se intensifica y apaga de repente. No sé qué ha ocurrido. Víctor, que ya ha reducido a sus dos rivales, me agarra del brazo y me grita que corra. Pero los otros Astaquin también nos gritan algo. Echo un último vistazo antes de girarme y seguir a mi esposo hacia la salida: el emperador parece satisfecho y el báculo de la Diosa, que estaba en el suelo, ha desaparecido.

Más tarde me enteraré de que el dios lo ha mandado a la Tierra y me aclararán que algo que no podemos hacer las hechiceras, algo para lo que se necesita ser un dios o rezarle, es el movimiento de objetos entre planos. Nosotras los convocamos, pero siempre dentro de un mismo plano (o yo no habría pasado tanta hambre al llegar aquí, al intentar traer una comida que en este mundo no existía). También creamos

puertas, pero tampoco es lo mismo.

En todo caso, los sacerdotes y guardias con los que están luchando los seis Astaquin, de repente, se hacen más grandes. El dios, su dios, les está cediendo poder, ese mismo que, como todos los dioses, acumula de la adoración de sus súbditos. Al mismo tiempo que aumenta su tamaño, Víctor y yo los sobrepasamos gracias a que los Astaquin nos cubren la retirada. Cuando estamos a punto de salir de la estancia, por el pasillo aparecen diez guardias más, cortándonos el paso.

La situación de «voy a morir», esa que me resultaba ajena el curso pasado antes del internado, vuelve otra vez, con fuerza. No por conocida es menos terrible. La adrenalina me hace sentir más viva pero no me devuelve la energía que he consumido. Miro a Víctor, quien me acaba de colocar a sus espaldas, entre él y esos guardias. Sus hombres, por otra parte, evitan que los de dentro me ataquen. Dependo de ellos. Tras haber sido yo la gwelenkta no me gusta sentirme inútil.

Aguardo mientras Víctor pelea como jamás le he visto, moviéndose rápido, usando cualquier truco aunque no sea juego limpio con tal de mantenerlos alejados de mí. No durará mucho. Yo aguardo. En el momento en el que vea una oportunidad le ayudaré, aunque sin magia no sea una gwelenkta, mi espíritu continúa siéndolo.

Si morimos, será juntos y peleando.

Mi corazón, estúpido, palpita ante lo bonito y romántico de la idea. Como si la sangre o las vísceras pudieran serlo...





# Veinticinco

**Gutiérrez y Carla**

Una semana atrás

Gutiérrez

Por más vueltas que le ha dado, Francisco no se fía de Eloísa Niven. Si ella tuviera algún motivo oculto para que su familia se fuera a esa casa de Alemania, fingir un intento de asesinato contra él y que fuera una de sus profesoras quien lo salvara sería un buen modo de intentar convencerle. Además, aunque no ha conseguido vigilancia policial para su hermana y sus sobrinos, él mismo no les quita ojo. Y no ha visto nada sospechoso.

Cada vez está más convencido de que no es más que otro de los trucos y artimañas de la directora. En cuanto a lo que vio en el internado... se dice que fueron juegos de luces, ilusiones o espejos, lo más probable. Una parte de él protesta diciendo que lo que sintió ante el tentáculo fue muy real, así como que el alemán parecía sincero. No descarta esa posibilidad, pero no le convence. Es mucho más probable que la directora busque algo de él y, además, ya no niega los asesinatos de las alumnas.

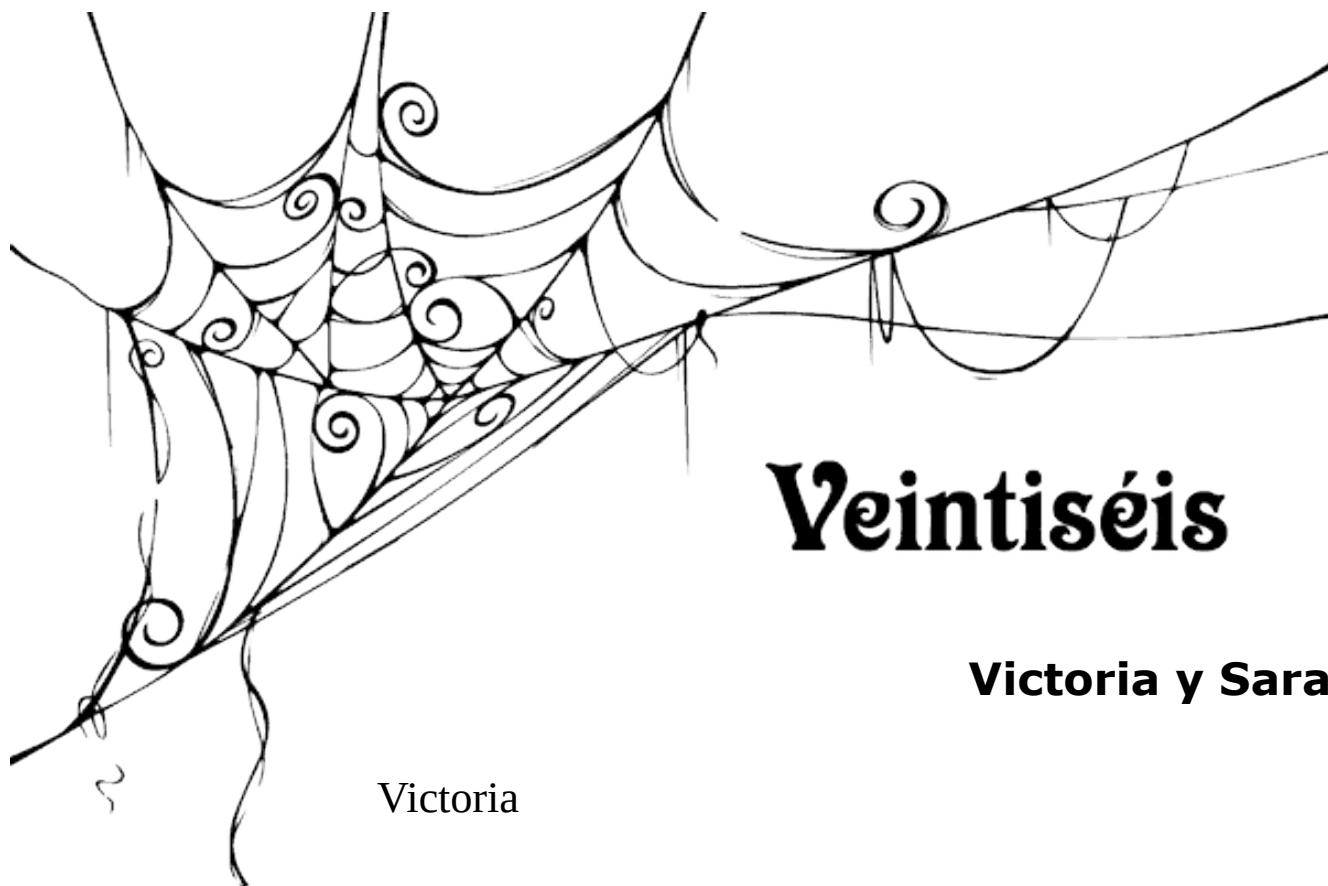
No tiene claro qué es ese algo pero, desde luego, no va a dárselo.

Su familia se queda en España, con él, donde pueda protegerlos.



Carla

El padre de Gabriel les ha reunido a todos para explicarles que la resurrección de la Diosa está en juego, así como la posición de la familia Sefeli. Necesitan estar más unidos que nunca, tomar fuerzas del dolor de la ausencia de sus seres queridos para evitar perder a más cazadores. Sara le aprieta la mano a Carla y le susurra que ella es una más de la familia. La joven se siente bien, parte de algo bueno e importante; justo lo opuesto a cómo se sentía en el internado. Aquí nadie quiere competir con ella, solo ayudarla e integrarla en una gran familia. Así pues, no duda en unirse a las voces que se alzan cuando Óscar les pide su colaboración. El momento que esperan está cerca. Además, lo que le piden es que rece por Gabriel, algo que está más que dispuesta a hacer. Le mira y él, al sentirse observado, gira su rostro hacia ella. Le sonrío. La joven se ruboriza. Lo que no daría por poder hacer algo más que rezar por él...



# Veintiséis

**Victoria y Sara**

Victoria

—Eisuo, señor, marcharos. Yo los retendré —escucho que dice uno de los Astaquin.

Me giro y miro. Está en medio de toda la pelea. No le veo entero, pero sí su cabeza, un brazo y parte del torso. La piel que no lleva cubierta por la armadura de repente parece estar tatuada por finos hilos oscuros que reptan sobre su carne, palpitan e incluso alguno de ellos se suelta y restalla en el aire como si fuera un látigo. Me doy cuenta de que me están doliendo los ojos cada vez más al mirarle. Los aparto un momento.

—No lo hagáis —le dice su líder—. Saldremos juntos.

—Señor, la misión. Mejor yo que todos.

Pasa cerca de un minuto. Vuelvo a mirarle y me quedo anonadada. Ya no es él. O sí lo es. Sigue llevando esos hilos de tinieblas pero ya no emiten luz ni dañan mis ojos. Se han fundido con su carne como si fueran enormes venas oscuras. No obstante, el principal cambio es que ahora es enorme, gigantesco. La sala del dios es más alta que el pasillo, quizás el techo esté a unos seis metros. Pues bien, el Astaquin casi llega a tocarlo con su cabeza. También es más fuerte, más rápido, más letal. El dios lo mira con una mueca de contrariedad en sus labios apretados. Sus guardias y sacerdotes no son rivales para él.

—Tu sacrificio no será olvidado, honraremos tu nombre y a tu familia —le dice Eisuo y, a continuación, les indica a los demás que salgan de allí.

Ayudan a Víctor con los guardias de la entrada y, entonces, el Astaquin gigantesco agarra a dos de ellos con ambas manos, metiéndolos en la sala. Ya ha acabado con todos los de dentro. Víctor me agarra de la mano y corremos en medio

de los hombres de la escuadra, que forman alrededor nuestro.

—Es increíble que podáis hacer eso. Va a acabar con todos, no va a sacrificarse. Seguro que vuelve con nosotros —le comento mientras avanzamos por los pasillos sin encontrarnos más que con algún sirviente a quien los Astaquin apartan sin miramientos.

—No, no lo hará —noto el dolor en su voz—. Yo le conozco, he entrenado con él.

—¿Por qué no?

Con lo rápido que estaba venciendo a guardias y sacerdotes, no entiendo por qué no.

—Porque ha activado un hechizo final. A todos los Astaquin nos lo tatúan cuando alcanzamos el honor de serlo. Aumenta de manera brutal nuestras cualidades físicas pero consume algo más que nuestra energía: bebe directamente de nuestro ser, incluso de nuestra carne. Su cuerpo cree que es superior a lo que en realidad es. Está consumiendo su vida a velocidad acelerada. No durara mucho. A estas alturas ya habrá acabado con los guardias y estará luchando con el emperador, impidiendo que este nos siga. Le quedan minutos. Entonces, morirá.

Me mira sin dejar de tirar de mí hacia delante. Veo el dolor en sus ojos. Intenta ser fuerte, pero solo es un chico un par de años mayor que yo. Cuando acaba de hablar, su voz suena rota:

—Es un compañero, un amigo. Te está salvando Victoria. Yo pude limitarme a avisar a mi madre cuando te encontré, capturarte y que ella hubiera abierto un portal para que volviéramos.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le pregunto horrorizada, al darme cuenta de que cargo con otra muerte sobre mis hombros.

Más si cuento las de los guardias y sacerdotes.

—Porque necesitabas ver la verdad.

Seguimos corriendo, no le contesto. Pero tiene razón. Lo increíble es que su madre le haya permitido arriesgar su vida y la de los suyos por mí. Me siento mal. Ha tenido que morir más gente (porque gracias a la consejera sé que los nativos de este plano son tan humanos como nosotros) para que yo me dé cuenta de que Gabriel me engañaba. Todavía no tengo claro qué pasaría si cogía el báculo, pero algo me dice que no sería la curación de Víctor. Y, viendo lo que hay, estoy empezando a pensar que no necesita ser curado de nada. Estará maldito, de acuerdo, pero eso no significa que él y los suyos sean «el mal absoluto».

«Ay, mamá», pienso, «¿por qué es todo tan complicado? Siempre me avisaste de las apariencias y de las capas, pero nunca creí que sería tan sencillo engañarme».

Mientras corro me doy cuenta de que echo mucho de menos a mis padres, como a María y a Ana. Es absurdo ponerme a pensar en ellos en vez de en la cercanía de Víctor o en cómo saldremos de aquí. Pero lo hago.

Cuando abandonamos el edificio, nos encontramos de frente con un ejército de más de doscientos guardias, algunos de los cuales son de mayor tamaño que el resto

(sus líderes o sacerdotes guerreros, imagino). Están alineados en perfecta formación, una fila tras otra. Debían de estar esperándonos. Al verlos, nos detenemos de golpe.

—¿Cuál es el plan? —le susurro a Víctor, deseando que tenga uno para esto.

—Mi madre está convocando un portal, pero el proceso es largo por el poder que necesita para que lo podamos cruzar los ocho que cree que somos. Espero que no tarde mucho.

Me aprieta la mano para darme ánimos y yo hago lo mismo.

—¿Te queda magia?

—Apenas me he recargado para un escudo de bajo nivel, lo siento —niego.

Me tiende una de las dagas que lleva envainadas y la agarro. No tengo muy claro cómo usarla pero sin duda es un buen momento para descubrirlo.

Los seis Astaquin, Víctor incluido, se despliegan en un semicírculo entre el ejército y yo. Siento la puerta del palacio, que han cerrado, dura y fría contra mi espalda.

Cuando los enemigos avanzan hacia nosotros, noto el peligro y otra descarga de adrenalina. Los Astaquin son increíbles guerreros entrenados y con magia rúnica para reforzar sus cuerpos; pero los adoradores de ese dios, por fin me doy cuenta, reciben de su deidad una piel dura como una coraza, fuerza y, los mayores, también agilidad. Además, nos superan en casi treinta a uno. Más nos vale que Eloísa se dé prisa si quiere volver a ver a su hijo.



## Sara

Victoria va a morir. Sara observa la escena y desea ayudarla, pero no puede. O, al menos, lo único que puede hacer es rezar con renovado brío. De algún modo, la ashlae se salva y la joven samuae siente alivio. A ella no le gustan las guerras, ni el sufrimiento o la muerte. Por eso es curandera, porque pese a que la visión de la sangre la mareaba al principio (ya ni decir las quemaduras de su padre, que incluso vomitó), ella desea ayudar a su familia y la curación le es tan natural que sin duda es el camino. Y la Diosa lo aprueba. Por eso, aunque ella y Victoria se suponga que son enemigas, no le desea ningún mal. Es más, desea que su hermano la quiera de verdad y no solo lo finja, que ella coja el báculo, la diosa se reencarne y Victoria y Gabriel acaben juntos. Sabe que eso es imposible, pues una chica impura solo puede morir cuando el espíritu de la Diosa entre en ella, pero le gustaría.

Sigue viendo la pelea mientras reza con todas sus fuerzas, cediendo todo el poder divino a su hermano. Entonces, de repente el vínculo entre Victoria y este parece fortalecerse y todos observan con claridad los ojos del dios. Sara, en concreto, siente

como se clavan en su alma, como si la analizaran con minuciosidad, desvelando cada pliegue, cada deseo oculto, cada secreto inocente que posee.

Entonces parece sentir una pregunta. No entiende, solo siente que su Señora la necesita. No sabe a qué, dice que sí. El báculo se materializa a pocos centímetros de sus manos unidas por el rezo.

No atina a cogerlo pues está sobrecogida. El báculo cae a sus pies.

El tiempo parece detenerse. Dentro de ella siente que la Diosa le sonríe y le indica que es su elegida.

—¡Sara, no! —grita su hermano, el vínculo con Victoria roto de golpe cuando se da cuenta de lo que ocurre.

Quizás pueda reavivarlo si se concentra, pero no es el caso. De hecho, todos dejan de rezar, llenos de reverencia ante el objeto sagrado.  scar se acerca a Gabriel y le ordena que no interrumpa a su hermana.  l quiere a la Diosa, no le importa sacrificar a su hija. Menos aún si los más religiosos de entre los suyos lo consideran el mayor honor imaginable. Carla lo observa todo con la boca abierta, sobrecogida por la importancia del momento. Los miembros del consejo no le quitan a Sara los ojos de encima. Uno de ellos incluso comienza a acercarse, como si quisiera coger el bculo.

Pero no es para él, Sara lo sabe. No entiende por qué su Señora la considera digna de ese honor, de ser su recipiente, pero si así lo ha decidido, ella no es quien para negarse. Feliz, con lágrimas de gratitud deslizándose por sus mejillas, se agacha y agarra el bculo.

Al instante la enorme piedra de su empuñadura, esa que se asemeja por la forma y el color a una perla, emite una luz blanca que se descompone en todo el espectro. Sube hacia el techo para caer al instante bañando a la joven samuae. Toda ella comienza a resplandecer, como si su piel estuviera hecha de pequeños cristales microscópicos que reflejaran la luz de mil y una formas diferentes. Brilla. Los que la rodean entornan los ojos. Cuando vuelven a abrirlos, la que era Sara parece volver a ser ella. Sostiene el bculo con una de sus manos, con delicadeza, como si estuviera tan acostumbrada a usarlo como solo lo est  quien lo ha llevado durante muchos años. Cuando abre la boca y habla, su voz suena como la de Sara pero su sabiduría es la de alguien que ha vivido milenios.

—Os agradezco que buscarais el modo de devolverme a la vida. Gabriel Sefeli, acércate.

Ante la mirada de satisfacción de su padre, Gabriel se acerca a la Diosa y esta coloca una mano sobre su cabeza. El poder fluye.

—Gabriel Sefeli, te nombro primer sacerdote. T  y tu familia liderar is mis tropas.



# Veintisiete

**Ibraxem**

Dos horas y cuarto atrás

Ibraxem ha viajado hasta la muralla que rodea una explanada a tres horas a caballo de su castillo. Nueve fuertes, uno de cada casa, nueve torres rectangulares llenas de tropas y máquinas de guerra, refuerzan la muralla con forma de eneágono en cada uno de sus vértices. Desde lo alto del fuerte de su casa, la Niven, se asoma hacia dentro. Se trata de un terreno de varias hectáreas con unas ruinas en forma de triángulo en el centro. Están hechas de una piedra negra que emite una suave radiación rojiza.

—Informe, guardián —le dice a aquel de sus hombres que ostenta el cargo de guardián, encargado de la custodia de la torre y de la puerta alienígena.

—La actividad enemiga ha aumentado. Tanto los exploradores aislados como las tríadas de guerreros son cada vez más frecuentes. Les contenemos.

—Pero presagia otra oleada —acaba Ibraxem por él.

Desde que están en ese plano, desde aquella primera vez tras las guerras donde no tenían ni idea de la amenaza que suponían los otros, cuando casi mueren todos al descubrirla, siempre ha sido así. Los exploradores y las tríadas aparecen cada menos tiempo y, entonces, llega la oleada. Miles de guerreros resistentes a la magia. Aberraciones que parecen medrar en el vacío de vida que dejan a su paso. Los huesos de animales del plano indicaban oleadas periódicas de muerte y destrucción, con tan solo los huevos enterrados bajo tierra pudiendo sobrevivir. Era un planeta condenado a ser alimento de esos seres voraces y la maldita diosa samuae lo sabía perfectamente al mandarles allí a morir.

Tras unos segundos de silencio, donde tanto Ibraxem, con sus más de dos metros de altura y su cuerpo poderoso de músculos definidos, como el otro guerrero quien, igualmente letal, aguarda a su lado, Ibraxem, sin dejar de mirar las ruinas, le da sus

órdenes:

—Solo podemos seguir vigilando y preparándonos. Dobla las guardias. Mi padre cayó con la última oleada. No lograron derrotarnos. Tampoco lo harán ahora.

—Sí, mi señor.

Pese a su aspecto serio, agradece las palabras de ánimo. Ellos son Astaquin, de acuerdo, pero el enemigo que aguarda al otro lado, que crece entre oleada y oleada, siendo cada vez más numerosos y terribles, es legión.

E inmune a la magia.

Entonces Ibraxem siente la llamada de su dama. Le indica al guardián que se retire y contesta a la conexión telepática con Eloísa, a su vínculo nupcial.

—Te necesito, hay que abrir ya el portal.

—Empezad el ritual, llegaré a tiempo.

Va corriendo hacia su caballo, en las caballerizas de fuerte. Son tres horas hasta el castillo de su familia, pero tienen paradas por el camino que le darán montura fresca.

—Lo siento, Nocturno —le dice su semental negro mientras lo monta para a continuación espolearlo hasta el galope.

Va a agotarlo, a pedirle que lo dé todo y luego lo dejará para que descansa mientras le hace lo mismo a otro caballo. Una pena no poderlos reforzar a ellos con magia. No le gusta hacerle eso a su animal hermano, una de las mejores monturas de guerra que existen. Pero su mujer y su hijo le necesitan. Y más vale que su amada tenga éxito, que la mujer de su hijo se les una y con su poder Eloísa pueda reclamar el trono. Porque teme la siguiente oleada, que ni todos los Astaquin peleando juntos puedan hacerle frente sin una reina para mantenerlos unidos.





# Veintiocho

## Victoria

Los Astaquin pelean haciendo honor a su fama. Son una línea frente al ejército enemigo, pero tan solo una vez en los diez minutos que llevamos se ha abierto un hueco entre dos de ellos y un enemigo ha intentado llegar hasta mí. He gastado la poca magia que me quedaba en un escudo que no llego a usar, pues Víctor se gira y le lanza una daga a uno de sus ojos, con una puntería letal. Uno de los dos guerreros aliados que se ha separado lo remata y yo me quedo aferrando el arma que Víctor me ha dado, con ambas manos. No creo que sea capaz de defenderme ni de uno de ellos sin energía. Entonces, hay una conmoción entre sus tropas. Se separan por el centro y se retiran. El dios está allí, entre ellos. Usando su magia, en vez de aparecer por la puerta a mis espaldas, se ha teletransportado entre los suyos. Entonces percibo una gran energía y poder sobre mi cabeza. Alzo los ojos y siento el alivio al ver, por fin, el portal del Eloísa.

Es más grande que el que yo creé, más poderoso. Sus colores se arremolinan furiosos. Como otro día me contará una de las profesoras del internado, el que yo hice fue el más sencillo: el que solo ha de transportar a su creadora. Hacerlo para que crucen otros es más complicado. Su dificultad está relacionada con el poder de quienes van a cruzarlo y con el tiempo que ha de estar abierto. Por lo visto, hacer cruzar a un humano sería más sencillo que a un ashlae. Y, entre estos, a más poderoso más difícil pues, al cruzar, el viajero gasta parte de esa energía que la hechicera ha puesto en el portal, el tamaño del cual disminuye.

En todo caso, en esos momentos el alivio me inunda para nada pues, mientras Eisuo da la voz de retirada, el dios se ilumina, extiende su mano, la aprieta en forma de puño y el portal desaparece tras colapsarse sobre sí mismo.

Siento rabia y ganas de llorar a la vez. Ya no tenemos plan de escape. Miro a

Víctor y él me lo confirma. Ahora sí que estamos perdidos.

Víctor intercambia un par de frases rápidas con Eisuo, a quien llama maestro de armas. Parecen estar de acuerdo. Los cuerpos de todos ellos comienzan a iluminarse con hilos negros.

—¡¡¡No!!!, ¡deteneos! —grito en vano.

Van a morir para darme una posibilidad de huida hasta que Eloísa o yo misma podamos abrir otro portal. No puedo verlo, no puede verle morir por mí. Agarro con fuerza la daga e intento correr hacia el dios. Su brazo me lo impide. Está muy caliente. Pues que se entere: ¡vamos a pelear y caer juntos!

La única otra muerte que quiero sobre mi conciencia es la mía.

Sus ojos me miran suplicándome que me retire. No lo hago. Me siento decidida y entonces una paz, la de saber que por fin estoy haciendo lo correcto, me invade.

—Al menos aguarda a que nos transformemos —me dice.

Asiento.

—Te quiero —le susurro.

Pero él ya no me oye. Lo que sea que se está activando en su cuerpo requiere toda su atención. Látigos oscuros restallan sobre su piel. Aparto la vista. Comienza a brillar con más fuerza.

**Fin de la cuarta parte**

## **Nota de la Autora**

Tu opinión es muy importante para mí. Si deseas dejar una reseña sincera en Amazon estaré encantada de leerla. Muchas gracias por haber llegado hasta aquí ;)



AMAYA FELICES. Licenciada en Ingeniería Química y diplomada en Filología Inglesa, es profesora de secundaria en Zaragoza. Cuando no está trabajando ni cuidando de sus dos hijos, se dedica a escribir.

Su primera novela, *El pozo de todas las almas*, fue publicada en junio de 2011 por Mundos Épicos. En diciembre de 2011 la Máquina China editó el libro *Sueños de navidad*, que recoge los cinco relatos ganadores de su I Concurso de Narrativa Romántica. La autora participa con *Hechizo de invierno*, un relato sobre fantasmas y sentimientos.

En las antologías II y III de Ediciones Evohé tiene publicados un relato y un poema (*La claridad de tu amor a través de mi ventana*, *Te veo*).

En el año 2006 ganó el primer premio de relatos de Ocafriki con *Aspirante a guerrero* y en diciembre de 2011 obtuvo el tercer puesto en el XXVIII concurso literario Picarral con su relato juvenil *Rocío Dark Violet*.

En febrero de 2012 salió publicado *Ese amor que nos lleva*, de la editorial Rubeo. Esta convocó un concurso de relatos en 2011 para hacer una antología y *Eurídice* fue uno de los seleccionados como ganadores.

En mayo de 2012 Mundos Épicos publicó su novela de fantasía juvenil *Pacto de piel*; así como Ediciones Babylon publicó su novela romántica adulta de ciencia ficción space ópera *Hipernova*, una fusión de géneros en la cual es pionera en España.

A finales de 2012 participa en la antología benéfica *Ilusionaria III* con su relato

*Despierta, dragón esqueleto*, escrito junto con su hijo Santiago e ilustrado por Laura López.

En enero de 2013 Ediciones Babylon publicó su relato *El manual de la esposa perfecta*, una comedia romántica paranormal.

En mayo de 2013 participa en la antología benéfica *Catorce Lunas*, publicada por Ediciones Kiwi, con su relato *Rocío Dark Violet*.

Por último, está representada por Agencia Autores desde inicios del año 2013 y tiene el libro técnico *Belly dance: The teacher's book*, publicado en *Create Space Amazon*, en inglés y en español, en el año 2010.